

Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Centro de Estudios Latinoamericanos

Independencia y anarquía o la conflictiva formación del orden oligárquico en América Latina

Tesis para optar al Grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos

Autor:

Carlos Ruiz Encina

Profesor Guía: Grínor Rojo

Santiago, 2003

Introducción. ¿Qué ver hoy en el pasado de América Latina? (A propósito del diálogo entre sociología e historia) .	1
1. Volver a escrutar los mitos fundacionales .	13
2. Tras los orígenes y causas de las luchas por la independencia . .	23
3. Titubeantes inicios: la pugna de las élites . .	29
4. Un curso indeseado pero inevitable: la expansión social del conflicto .	33
5. La <i>anárquica</i> constitución de las estructuras nacionales de poder oligárquico . .	43
6. Algunos casos concretos .	55
7. ¿Revolución burguesa y camino hacia la modernidad? .	75
Bibliografía .	89

Introducción. ¿Qué ver hoy en el pasado de América Latina? (A propósito del diálogo entre sociología e historia)

Este trabajo surge animado por la labor de docencia en la cátedra de Historia Social de América Latina de la carrera de sociología, que he heredado del recientemente desaparecido maestro y amigo Enzo Faletto. Con ella heredo también la preocupación por el diálogo entre historia y sociología, estimulada a su vez por mi paso por el Magíster en Estudios Latinoamericanos en mi condición de sociólogo. Lo que aquí sigue, entonces, se anima en la perspectiva de tensionar la teoría a partir de los procesos histórico-concretos, en el esfuerzo por descifrar algunos rasgos del presente y sus posibilidades a partir del proceso histórico de su construcción. De tal modo, la inquietud es por el presente, y dentro de él, por el papel que pueden desempeñar las ciencias sociales.

América Latina tiene fama de arrastrar un hilo histórico lleno de turbulencias y sobresaltos. Extendida es su reputación de recurrentes levantamientos políticos que marcan una agitada existencia desde la conquista española y lusitana, y aún más desde las contiendas independentistas, hasta nuestros días. Sin embargo, al contrario de lo que indica el corolario que livianamente se desprende de esa difundida imagen, que lleva a fraccionar excesivamente su curso bajo reiterados *cambios*, uno de los rasgos fundamentales de gran parte de la historia de América Latina es, más bien, su porfiada

invariabilidad.

Por eso, vale la pena tomar con más cautela la extrapolación de tales estereotipos, incluso invertir el planteo, indagando si no es la gran estabilidad de sus estructuras de poder -insólita si se compara con buena parte del curso europeo contemporáneo- la que a fin de cuentas, y a pesar de tanto innegable sobresalto, acaba las más de las veces impidiendo cambios de mayor hondura. Firmemente afincada en la región, existe una estructura tradicional de instituciones y un entramado no menos importante de formas no institucionales de poder, ambas mucho más elásticas, adaptativas y supervivientes de lo que habitualmente supone el recuento abocado a relevar procesos de cambio y modernización que siguen una lógica similar a la europea. De ellas se derivan preceptos jerárquicos, actitudes y valores culturales de largas raíces que inciden en modo gravitante en los procesos políticos latinoamericanos contemporáneos. Estas estructuras y formas de poder han sobrevivido durante siglos de orden colonial, movimientos de independencia, reiteradas invasiones externas y turbulentas revoluciones internas, así como a una hartó más abundante cuota de revueltas palaciegas y crisis políticas menores. En el siglo recién pasado estas estructuras y modos del poder no sólo resistieron con éxito el impacto de las enormes transformaciones tecnológicas y la llegada de la industrialización, sino que, a juzgar por el sello marcadamente conservador de las transformaciones sociales y políticas que se imponen en sus últimas décadas, no resulta descabellado pensar que éstas parecen haberse fortalecido, ocupando lugares de primera línea en la marcha con que América Latina atraviesa el umbral del nuevo milenio.

Las clases medias estuvieron en el poder por varias décadas, participaron del avance industrial, sin embargo, aunque con los matices que son propios de las diferencias regionales, finalmente fueron responsables de la perduración de la estructura tradicional en los principales países de América Latina. Llegaron a eso precisamente por proteger sus intereses y horizontes futuros. Lejos de barrer definitivamente con los cimientos del *Antiguo Régimen* criollo, su inseguridad ayudó a la sobrevivencia, adaptada a las nuevas condiciones, de importantes fuerzas y rasgos del viejo orden. En vez de ello, se esforzaron por vincularse a la aristocracia. Pues sucede que, el acceso de las clases medias al poder político en América Latina llega sin que éstas antes se hubiesen convertido en económicamente poderosas, contrariando así la ruta clásica del ascenso social según la cual un grupo primero alcanza el poderío económico, luego intenta la representación política y, finalmente, aspira al más esquivo prestigio social. En América Latina, el ingreso de las clases medias al poder y su liderazgo político no tuvo que ver con el auge industrial ni con su enriquecimiento.

Por cierto, ante la estructura social del privilegio y de poder tradicionales se plantearon trocirla por una más igualitaria en la que, por lo menos, sus partidarios urbanos encontrarán acomodo. Sin embargo, las décadas de crecimiento industrial *espontáneo* no dieron lugar a una cultura industrial capaz de erigirse en una alternativa al acervo cultural tradicional de la *clase alta*. Dicho en otros términos, no dió lugar a una *ética del trabajo*, como la que Weber distinguía para la experiencia renana, o a una nueva *hegemonía cultural*. En Europa, especialmente en la referencial experiencia inglesa, el auge de la industria trae consigo una honda renovación cultural. La burguesía industrial lejos de imitar los modales y actitudes de la vieja aristocracia, como ocurre en América

Latina, impuso su propio estilo de vida a toda la nación. Empero, si ello no sucede en América Latina, no es por la pereza de unas *lumpenburguesías* nacidas con la conquista, resignadas a un secundón rol *satelital* en su relación *dependiente* con las *metrópolis* capitalistas de turno en la economía mundial. Se debe, más bien, a la inexistencia de unas genuinas burguesías *schumpeterianas* o simplemente de unas *bourgeoisies conquérantes* en América Latina; a la debilidad endémica de las burguesías históricamente existentes, provenientes apenas del siglo XIX, incapaces de desafiar radical y frontalmente a las viejas oligarquías, situación que, aunque ascendentes, aqueja también a las clases medias criollas del siglo XX. Si el expansivo desarrollo capitalista de América Latina en la segunda mitad del siglo XIX no fue liderado por burguesías, no menos paradójal resulta que la industrialización latinoamericana del siglo siguiente no fuese producto de las actividades de una burguesía industrial en ascenso.

Fuera de su singular capacidad de supervivencia las oligarquías de los diversos países latinoamericanos tienen poco en común. Proviene de diferentes regiones de la península ibérica, a veces apenas integradas culturalmente -como *las Españas* del tiempo imperial- y hasta se forman en distintas épocas entre el siglo XVI y principios del siglo XIX. Sin embargo, todas resultan largamente aceptadas como aristocracias en sus diversos contextos sociales. Por generaciones el mismo puñado de familias permanece cerca de las fuentes del poder político y social, goza de gran riqueza y conserva un monopolio indiscutido del prestigio social. De hecho, a falta de una jerarquía alternativa de valores culturales y símbolos de prestigio, la única posibilidad de alcanzar cierto prestigio social consiste en asociarse con la aristocracia tradicional, casando los hijos con los de aquella, enviándolos a sus exclusivas escuelas, comprando tierras y caballos, aprendiendo los empingorotados juegos y deportes de esa *clase alta*, entrando en la nómina de los clubes aristocráticos, imitando sus formas de hablar. Las clases medias urbanas, al igual que las burguesías criollas, han hecho esto en forma sistemática. Y las *clases altas* no lo han visto con disgusto; más bien, a cambio de los apoyos políticos y financieros que han necesitado para pervivir, lo han alentado.

De manera que no es poco lo que sobre el presente puede alumbrar la discusión histórica. Si nos situamos en el debate de los años sesenta, uno de los cursos más prolíficos en la construcción de conocimiento sobre la realidad latinoamericana, como punto para retomar un esfuerzo por pensar la región, nos encontramos con el dilema que ésta es vista casi exclusivamente como una parte del mundo muy *dependiente* de los ritmos y necesidades de las naciones más poderosas, condición que arroja una escuálida, sino nula, capacidad de afirmarse y procurarse estabilidad interna. Sin dejar de reconocer una cuota de verdad en ello, su extrapolación desmedida, que ha pretendido ver allí el origen de todos los problemas, redujo las cosas a una lectura que no repara en la singular estabilidad de las jerarquías operantes, comúnmente ligadas a un grupo de *estructuras familísticas*, ni en la pasmosa inmovilidad de las clases y grupos por ellas determinadas, adaptadas con gran elasticidad a los diversos escenarios históricos. Lo que a fin de cuentas, a pesar de las recurrentes turbulencias, ha hecho que, en términos de las estructuras sociales y de poder, los cambios resulten menos abruptos y esenciales, más graduales y limitados de lo que parece sugerir un curso histórico con tanto sobresalto, dado que las viejas oligarquías, cuando no logran frenar las improntas de cambio, al menos han conseguido encauzar en una arrolladora mayoría de ocasiones el

rumbo que perfilaba su ímpetu original.

Vista América Latina bajo el prisma de su sujeción a los *centros* capitalistas mundiales, y derivando de ello una supuesta incapacidad estructural para afirmarse internamente, resulta que comparativamente es poca la atención que se ha puesto sobre la formación y el desarrollo de las estructuras de poder y de dominio que tienen lugar en sus propias entrañas. Mucho más ocupada -en algún tiempo casi absorta- en ver cómo y cuánto nos expolían desde fuera, la mirada repara tanto menos en qué ocurre con lo que queda aquí, el tipo de orden que, a pesar de todo, acaba produciéndose por estos lares. Y es que, vista desde este otro ángulo, la historia aparece en una forma sorprendentemente más continua e inmutable.

Empero, ¿cómo es que tanta inestabilidad no desemboca en cambios más radicales? La respuesta aconseja urgir en el proceso de formación histórica de las estructuras de poder en América Latina. Por cierto, inestabilidad no implica necesariamente ruptura. Vista desde la perspectiva del orden social y sus estructuras sociales, el devenir latinoamericano muestra una continuidad pasmosa, lo que pareciera contradecirse con su arraigada inestabilidad política. Es una crónica inestabilidad dentro de lo mismo. La escasez de rupturas sociales y culturales significativas no implica necesariamente estabilidad y calma. La alta dosis de agitación presente en la historia de la región se ubica mayormente en el terreno de pugnas que se resuelven entre facciones de los grupos dominantes, en pos del manejo de un mismo sistema de poder. Rara vez se trata del ascenso genuino de nuevos grupos sociales, casos que por lo regular desembocan -luego de las mediciones de fuerza de rigor- en pactos de integración de esos nuevos sectores a un orden reestructurado a partir de su cohabitación en el pináculo del poder con las fuerzas tradicionales, dando lugar a una estructura de poder más compleja y heterogénea en la que la vieja oligarquía se ha acomodado para sobrevivir.

A pesar de la continúa mutación formal de los órdenes políticos e institucionales a través de la historia, cuestiones como la superación del *atraso* o el cambio social -véanse o no ligadas entre sí- se estrellan porfiadamente contra los mismos muros, hoy como ayer, revestidos de nuevas formas, pero sostenidos por los mismos apellidos. Precisamente, la desconcertante continuidad en el poder por parte de ciertos grupos sociales, ya sean solos o en alianzas, ha llevado a que los cambios sociales, cuando no logran evitarse, procedan de modo trasvestido, sin que se distingan -salvo excepciones que confirman la regla- verdaderos procesos de revolución social, expresados en genuinas rupturas con el orden social y cultural antecedente. Dentro de amplios períodos se registran, producto de ello, valores, patrones de comportamiento y actitudes de una extraordinaria continuidad. Los patrones socioculturales ligados a la hacienda, la mentalidad asociada a la forja de fortuna a partir de la exportación de productos primarios o una tradición de derecho privado a los cargos públicos, son algunos ejemplos de elementos que cobran una influencia decisiva en la formación de la cultura política y, con ello, en los procesos políticos contemporáneos.

En parte importante, los procesos políticos actuales tienen que ver con la naturaleza específica que asumen esas clases dominantes en América Latina. Y dicha naturaleza no es, de ningún modo, cosa de reciente formación. De modo que, en este sentido, es preciso mirar hacia atrás para entender el presente, por más que un discurso alusivo a

una supuesta condición *posmoderna*, a guisa de importada moda de ocasión, pretenda desconocer la construcción histórica de nuestra actualidad. Frente a su discurso deshistorizante, el remedio más efectivo es problematizar históricamente el presente.

Por cierto, en la discusión local hay un esfuerzo de relectura histórica en el empeño por descifrar el problema de la *dependencia*. Pero no lo es menos el hecho de que la influencia estructuralista, con su marginación de cualquier criterio exterior de la práctica, como el desarrollo histórico, contribuyó a generar una lectura esquemática de la realidad latinoamericana, ignorante de su especificidad. Si el influyente pensamiento cepalino instalaba un economicismo como antecedente, éste se entronca con una izquierda entonces en ascenso cuyos polos más dinámicos se rinden al influjo del estructuralismo francés, combinación que marcará, en sus sugerencias y limitaciones, los resultados de la prometedora empresa de la *teoría de la dependencia*, cuyos intelectuales provienen principalmente de esa vertiente política. De ahí la importancia de los modos de recepción del pensamiento ultramarino en América Latina: emerge un estructuralismo economicista, determinista, muchas veces dogmático, que no es una réplica pasiva del pensamiento althusseriano. Mezcla con otro estructuralismo, de tipo economicista proveniente de la influyente formulación cepalina, le prodiga una aplastante atención a las estructuras, sobre todo a las relaciones económicas, principalmente externas, relegando a la oscuridad la peculiar complejidad de la dinámica política latinoamericana, y con ello la de sus relaciones internas de poder.

Pese a ello, la *teoría de la dependencia*, aunque frustrada en términos de construir una historización crítica de los procesos sociales latinoamericanos, constituye empero el punto más alto alcanzado por una tendencia intelectual orientada a la búsqueda de un anclaje político. No obstante, sigue insatisfecha la necesidad de una *historización de la política* por parte de las fuerzas subalternas del continente. Es muy probable que a ello hubiese remitido una influencia más gramsciana que althusseriana, en tanto puede ser considerada como inspiradora de una tentativa de latinoamericanizar América Latina.

Al situar la cuestión de la *dependencia* como un problema casi exclusivamente económico, como una economía externa que condiciona a una interna, la lectura predominante se desentiende de la variedad y complejidad de construcciones que arroja el proceso político y social latinoamericano. El *atraso* de América Latina, y buena parte de la fisonomía de sus sociedades, aparecen como efecto de tal subordinación económica. De ella emanan, en tal visión, condicionamientos determinantes sobre sus sistemas políticos y socioculturales. Gran parte del conocimiento sobre América Latina se moldea así bajo tal premisa, ubicándose allí la médula de su especificidad.

El debate sobre la *dependencia* se entronca con un viejo tema, casi obligado en América Latina para todos aquellos que en distintos ámbitos ejercen una función intelectual, esto es, el problema nacional y la difícil relación con el sistema internacional; sin embargo, lo hace sin prestar suficiente atención al hecho que el modo en que ambos se articulan no es ajeno a las formas en que se constituye el poder interno. La menor atención sobre las relaciones de poder internas en esta perspectiva de análisis de la realidad latinoamericana, en la que prima el interés por las estructuras, especialmente económicas, vistas muchas veces como reflejo de las determinaciones externas, lleva a que, cuando más, esas relaciones de poder internas se aprecien reducidas a la

superestructura de la sociedad, vistas además como mero reflejo de las relaciones económicas, lo que desatiende las relaciones de poder presentes en la base de la sociedad y su especificidad, los modos del *poder social* y su peso en la configuración de la fisonomía de la sociedad. En la mirada predominante el análisis del poder alcanza, cuando más, las esferas institucionales. De ahí proviene, entre otras limitaciones, esa reificación del poder del Estado en detrimento de la situación general del poder en la sociedad, distinción fundamental en la comprensión de la realidad latinoamericana.

Particularmente en el caso latinoamericano, la visión centrada en las instituciones y el ámbito formal de la política no da cuenta de la situación general del poder en la sociedad. Subvalorar las formas extrainstitucionales del poder y su histórico peso en la base de la sociedad lleva a desconocer la constante disparidad, reiterada hasta nuestros días, entre la institucionalidad y la política formal, por una parte, y las formas de regulación de las relaciones sociales a nivel de la base de la sociedad, por otra. La consideración -además de las formas del poder político formal- de los diversos y culturalmente arraigados modos del *poder social*, es fundamental para entender la realidad latinoamericana, no sólo pretérita, también contemporánea, incluidos sus procesos políticos, pues ello cobra un peso decisivo, a ratos incluso mayor que las instituciones formales propiamente tales, en la formación de la cultura. Superar esta cuestión exige una visión más amplia de las estructuras de poder, del ejercicio del poder como tal, que supere -aunque la integre- la percepción reducida al poder del Estado. Es reiteradamente claro en América Latina el hecho que el *poder social* de sus grupos dominantes trasciende al Estado (lo que no quiere decir que prescindiera de él), que muestra una desconcertante capacidad de consolidarse más allá de éste. Por lo que la mirada sobre el poder político debe incorporar las formas extraestatales de poder, dada su decisiva capacidad de proveer estabilidad sistémica y obstaculizar los cambios sociales.

Hoy, si la realidad impone otras urgencias, donde el tema de la *dependencia* pierde prioridad, también se arguyen otras razones, más dudosas, para restarle importancia. Se plantea que la situación mundial ha cambiado, y con ella el contexto local, que prima ahora un proceso de *globalización* cuya expresión más clara es la internacionalización de la economía y que además tiene correlatos políticos y culturales, como el desplome del bloque socialista, lo que termina con la vieja importancia política de los países del *tercer mundo*. A esto se sumaría el fenómeno de la *revolución científico-técnica* que, mostrado a menudo como inédito y determinante, alteraría el basamento de las viejas opciones de desarrollo socioeconómico. La idea de una *nueva modernización*, que avanza redibujando la situación mundial a través de la *globalización*, hace pensar a muchos que el tema de la *dependencia* y sus correlatos de soberanía nacional carecen ya de importancia, siendo superados por la *nueva realidad*. El imperativo de la *urgente integración a la nueva modernidad* relega así el análisis de las nuevas modalidades de *dependencia* -fenómeno que no desaparece, todo lo contrario- en la nueva etapa histórica. No obstante, si las posibilidades democráticas y los dilemas que trae la *globalización* priman hoy en la reflexión sobre América Latina, se carece de líneas de indagación claras y articuladoras. Trátase de una diversidad que parece evitar toda perspectiva integradora. La resignación a lo descriptivo, el auge de *teorías parciales*, de *alcance medio* y el encierro en los *microprocesos*, se cruza con el mismísimo *entierro de*

las ciencias sociales, del método o de la certidumbre.¹

Todo este giro no responde a un capricho intelectual. Es parte de la historia inmediata de la región que, entre otras cosas, arroja una redefinición del rol de los propios intelectuales. Como se ha dicho, luego del debate de la *dependencia*, avanza gradualmente hasta el punto en que la intelectualidad criolla acaba hablando de unas sociedades latinoamericanas inexistentes, *analizadas y pensadas para los europeos o los norteamericanos*². Así, *se habla poco de América Latina con los latinoamericanos*, marcando una dilatada tendencia que se traduce en una falta de pensamiento propio, sequía de la reflexión que va unida a una metamorfosis de la política. Pues lo que se *desvanece*, en definitiva, es un pensamiento que se desarrolló muy ligado a los procesos sociales y a una idea de la política como proceso social. Uno de los primeros hitos de este giro está en la discusión sobre los *nuevos movimientos sociales*, tema que se asume como liquidación y superación tanto de las clases sociales como de los partidos, lo que va unido a la ruptura con los partidos de la izquierda tradicional. Lo trascendente de esto es que se produce en un momento en que en los llamados procesos de *transición* o *redemocratización* enfrentan el dilema de la reforma político-institucional, es decir, están dirimiendo la concepción de la política que primará en adelante. Ahí empieza el predominio incontrarrestado tanto de la tecnocracia económica como de una reflexión política reducida a una suerte de ingeniería política. No es ajeno a ello, entonces, que los desvelos de la democratización se reduzcan a la recuperación parcial de la institucionalidad formal y no se asuma el imperativo de una *democratización social*.

El giro en la reflexión económica es ilustrativo. Si los intelectuales de los años cincuenta en adelante se forman en el predominio de la economía política, y en la idea de ligar la política al proceso social, ya desde fines de los años setenta la discusión económica se ocupa más del manejo del presupuesto fiscal o la deuda externa que de propuestas de transformación social. Por todo cambio, se asume que éste llega desde afuera con la *globalización*, cuya *modernización* acarreada -se supone- trae un bienestar socialmente extendido. Es un curso donde la reflexión pasa del análisis de la dinámica social y económica asumida como procesos de conflictos y cambios entre clases y grupos, a una mirada centrada en las formas institucionales de administración política y económica, lo que se acompaña de una reorientación de la formación universitaria bajo una óptica profesionalizante y tecnocrática.

Es un giro intelectual que va unido a los cambios sociales que ocurren en este tiempo. El predominio de la orientación tecnocrática obedece al enmudecimiento y la desarticulación de algunos grupos sociales muy relevantes en la historia de América Latina desde los años veinte en adelante, que constituían los referentes sociales de buena parte del pensamiento latinoamericano. Se trata de los sectores medios, obreros y luego campesinos. Pero desde los años setenta -en Brasil, desde la década anterior- con

¹ Véase, por ejemplo, Brunner, J.J., *Sobre el crepúsculo de la sociología y el comienzo de otras narraciones*, Revista de Crítica Cultural, No. 15, noviembre, Santiago de Chile, 1997; o el uso de las tesis de Feyerabend o de Ilya Prigogine.

² Entrevista a E. Faletto, *Enzo Faletto rompe tres décadas de silencio: Necesitamos una nueva ética del comportamiento*, Revista Rocinante, Arte, Cultura y Sociedad, Año V, No.41, Santiago, marzo, 2002.

los golpes militares y la reacción que sigue en la mayor parte de América Latina, lo que avanza es la desarticulación de aquellas clases medias y del movimiento obrero y campesino. Los grupos intelectuales quedan sin sus viejos referentes sociales, lo que estimula su figuración como una entelequia situada por encima de los diversos intereses sociales, portadora de una racionalidad impermeable a los conflictos sociales. A fin de cuentas, carentes de referentes sociales concretos e inmediatos, estos grupos intelectuales se ligan a las diversas esferas del poder imperante, reinstalando de cierto modo la vieja figura del *intelectual cortesano*. Se impone así una tecnocracia cuyo brillo intelectual radica en su eficiencia y cuyo mundo de referencia -a diferencia de la vieja intelectualidad- es el poder existente. Sus opciones se reducen al uso de sus capacidades tecnocráticas para influir en el poder constituido, sin posibilidad de cuestionar la existencia de ese poder, lo que anula la idea de transformación.

Este giro está muy ligado, además, a la metamorfosis de la política latinoamericana en las últimas décadas. De una *ciudadanía de organizaciones* se pasa a una de individuos atomizados, inorgánicos, lo que hace que la política pase de la tradicional arena de disputa de proyectos nacionales a redibujarse como un espacio de administración, elitizado como tal, delineándola así como una *gestión de entendidos*, donde la esencia de lo democrático se reduce a lo formal y su aspiración representativa a una condición meramente delegativa. Es una redefinición de la política amparada en la desarticulación de los viejos sujetos sociales.

En su celebrada *Historia del siglo XX*, haciendo un balance del siglo pasado Hobsbawm ofrece la imagen de un sombrío fin de milenio, afectado por una crisis de alternativas³. No es sólo la hondura y complejidad de la crisis mundial sino, además, un *aparente fracaso de todos los programas, nuevos y viejos, para manejar o mejorar los asuntos de la especie humana*. Por encima de otros rasgos, señala, fue un siglo XX cruzado por *el derrumbe de la civilización occidental que madura en el siglo XIX*. Un siglo XX lleno de *fracasados intentos por evitar el derrumbe de la cultura occidental burguesa*. Si ello es así, aunque sea en alguna medida, más que leer el presente latinoamericano a partir de modas foráneas, es preciso hurgar en nuestra especificidad para discernir lo que somos y lo que podemos ser, lo que implica, entre otras cosas, reconstruir el diálogo intelectual latinoamericano. La mentada *crisis de la modernidad*, de la racionalidad occidental y sus correlatos de posmodernidad, no son vectores a trasladar mecánicamente de Europa y Norteamérica a la América Latina de los inicios del siglo XXI. La modernidad asumió aquí una forma peculiar, así como el propio capitalismo y la conformación de la cultura política. La realidad latinoamericana se construye sin duda bajo la matriz de la cultura occidental, pero no se reduce a ella. Más bien la adapta. Las influencias externas se procesan históricamente en el complejo metabolismo criollo, arrojando importantes peculiaridades. Eso especifica las construcciones resultantes originando un dilema con los *corpus* teóricos predominantes, forjados para comprender una realidad moldeada por un curso histórico diferente.

La atención a la especificidad de la condición latinoamericana no significa reducirse a un singularismo folklórico esmerado en distanciarnos forzosamente de *Occidente*. Más

³ Hobsbawm, Eric, *La era de los extremos. El corto siglo XX (1914-1991)*, Ed. Crítica, Barcelona, 1995.

bien busca completar desde nuestra propia realidad un pensamiento universal, en una forma que no puede hacerlo la lectura eurocentrista sino que sólo lo pueden hacer las lecturas inscritas en mundos cuyas peculiaridades han sido ignoradas por esa orientación dominante. En tal sentido, el registro de la especificidad latinoamericana ha de ser un aporte insustituible a la forja de una concepción plenamente universal acerca de la sociedad y la historia humana, a una visión de su desarrollo que no confunda occidental con universal, elaborando a partir de su peculiaridad dilemas que deben ensanchar la edificación de la teoría, superando los límites de la experiencia puramente occidental. Plantear así la experiencia latinoamericana como la *cara colonial de la modernidad*, como una diferenciada *modernidad periférica* y no como un curso eternamente a la zaga de la modernidad occidental, vista a menudo como ideal. Si ambos procesos, allende y aquende el Atlántico, se asumen como partes del mismo curso histórico, estrechamente ligados entre sí, aunque no en forma determinista, esta perspectiva representa no sólo la posibilidad de un mayor conocimiento particular de cada experiencia histórica sino de un aporte a la teoría como tal. La visión eurocentrista conlleva una estrechez cuya superación no significa negarla sino ampliarla con nuevos dilemas, tensionando sus moldes en vez de aplicarlos rígidamente a la realidad latinoamericana. Así, nuestra singularidad debe asumirse como una parte irreductible de lo universal. Ni el poco novedoso *posmodernismo* ni el viejo determinismo son de gran ayuda en esta tarea, en tanto uno como otro evaden la historización del conocimiento sobre América Latina.

Se requieren otras vías para descifrar el ciclo político abierto en las postrimerías del siglo XX en América Latina. Una de ellas es la que pone la atención principal en la naturaleza del poder y las clases y grupos que lo encarnan. Esto exige considerar su especificidad, lo que remite a recuperar los procesos de formación histórica del poder en América Latina, para revisar la caracterización de los procesos políticos y las sociedades latinoamericanas. Replantear así la mirada sobre los procesos políticos actuales en América Latina a través de una relectura de la formación histórica del poder, recuperando su especificidad, lleva a situar de un modo distinto al habitual -plagado de modelos ideales foráneos- problemáticas como la de las posibilidades democráticas, del *crecimiento con equidad* o la del cambio social. Significa partir de sus condiciones *histórico-concretas* y no de paradigmas políticos e ideales normativos surgidos del curso histórico europeo y norteamericano, cuya utilidad reside, más bien, en el diálogo que permiten con dicha historia. Esto debiera permitir un acercamiento fructífero a cuestiones como las formas históricas de la democracia, y en particular a los tipos o formas de ésta que se corresponden a la realidad latinoamericana, a los problemas específicos de su construcción. En tanto examen de la formación histórica del poder en América Latina, esto significa un examen de las condiciones históricas de realización de la democracia en la región.

Los esfuerzos de indagación producen una acumulación de conocimientos en torno a ciertas particularidades de la condición latinoamericana, pero centrados principalmente en aquellas de tipo económico (estructurales sobre todo) o de índole cultural (mayormente folklóricas, testimoniales). En cambio, la lectura del poder y de los procesos políticos no se orienta en igual medida bajo esta óptica. Sin embargo, la lectura desde la perspectiva de los problemas de la formación histórica del poder, en tanto examen de las fuerzas y los procesos que realmente han configurado a América Latina, permite en

mayor medida una visión de la totalidad y de su especificidad, no sólo política sino también económica y sociocultural, así como de los modos reales de articulación entre sus partes o factores (problema que suele discernirse en virtud de modelos teóricos como los antes aludidos). Lo que implica asumir para ello el estado general del poder en la sociedad, las formas, sujetos, estructuras y las relaciones de poder que efectivamente se establecen, y no sólo su expresión formal en instituciones. El curso de destrucción de las estructuras coactivas particulares -los *poderes fácticos*- por la vía de procesos de secularización, de limitación de los poderes corporativos, y como contraparte de eso, la formación del único poder coactivo *legítimo* en un contexto republicano, el del Estado, presenta en América Latina un devenir *anómalo* respecto del ideal capitalista, o burgués si se prefiere, lo que particulariza a los sistemas de políticos. Este es un proceso rastreable desde la temprana etapa colonial. O el sistema de poder en América Latina no corresponde al ideal capitalista o burgués, o bien al igual que se ha postulado para la economía, en su *periferia* el capitalismo también produce en cuanto a las estructuras de poder y los procesos políticos un modo de conformación y desenvolvimiento intrínsecamente distinto, no necesariamente liderado por burguesías.

El devenir de América Latina está marcado por la acción de fuerzas cuya naturaleza no se reduce a las que registran otras realidades. Pero la originalidad que esto produce se tiende a asimilar bajo una perspectiva eurocentrista, desde la cual las peculiaridades de la condición latinoamericana aparecen como *distorsiones* ocurridas en las *orillas misteriosas del mundo occidental*. Creamos así un espejo en el que no somos lo que somos. Cómo dejar de ser lo que no somos es el dilema. La especificidad de América Latina no se agota en dicotomías como *capitalismo vs. feudalismo*, o entre lo *moderno* y lo *tradicional*. La acostumbrada asociación de capitalismo y modernidad no opera históricamente en América Latina en forma clara y sostenida. La expansión capitalista, en formas coloniales y neocoloniales, aquí lleva también a conservar estructuras *arcaicas*. Hay etapas de expansión económica pero manteniendo el poder y las estructuras asociadas a los grupos tradicionales. Otras veces hay modernización -educativa, de consumo- sin verdadero crecimiento económico.

Si se examina desde la perspectiva de los procesos de formación de las estructuras de poder la historia de América Latina muestra las dificultades del surgimiento de una burguesía. Lo que tiene efectos de gran importancia en la constitución de las estructuras económicas y sociales, y especialmente en la conformación de la cultura política. El siglo XIX latinoamericano muestra la afirmación de un capitalismo no liderado por burguesías. Empero, ¿qué consecuencia acarrea ello en la configuración de las clases dominantes, de los modos de dominación, de la cultura política, del sistema político, de las posibilidades de cambio social? En la primera mitad del siglo XX, en medio del auge de la industrialización criolla, en los países latinoamericanos no se puede hablar extendidamente de una burguesía autónoma respecto de un antiguo y persistente régimen oligárquico. El análisis de las dificultades y posibilidades que existen en América Latina para la construcción de la democracia, la ciudadanía y la libertad que las burguesías han impulsado en el capitalismo *desarrollado*, remite al examen de las posibilidades y dificultades históricas de los modos del poder, de dominio y hegemonía cultural burguesa en América Latina. Para examinar el problema de la democracia en el

contexto del capitalismo hay que revisar la capacidad histórica de las burguesías que lo habitan para erigir tal régimen político, escrutar su carácter y su fuerza como clase, y en caso de no ser unas burguesías lo que prima, hay que analizar entonces los modos específicos del poder concretamente dominante. En buenas cuentas, esto plantea la necesidad de una historización del problema de la democracia y la dominación, en general de los modos de la política en América Latina, necesidad que la *escolástica formalista* con que ha actuado mayormente el marxismo criollo, y no menos las recientes modas posmodernas y *sistémicas*, han acabado por obstaculizar.

Con raíces en el *pacto colonial*, en América Latina madura bajo el proceso independentista y luego durante la *anárquica* ruta de formación del orden nacional oligárquico, un rasgo distintivo de las estructuras de poder, que consiste en la reiteración de pactos y equilibrios de fuerzas entre grupos con poder económico y social, que en conjunto articulan un sistema nacional de poder y dominación. Esto responde fundamentalmente a la inexistencia de una clase o grupo capaz de imponer cabalmente sus intereses al resto, lo que plantea una incapacidad para forjar un poder omnipotente en América Latina capaz de imponer una dirección económica, política y cultural coherente –como proyecto de clase– sobre toda la sociedad. De esa reiterada sumatoria de poderes de alcance parcial, correspondientes a grupos sociales de diversa naturaleza, donde de haberlo, el sector dominante que encabeza la alianza no puede prescindir del resto, y por tanto tiene que dejar márgenes de realización a sus respectivos proyectos, surgen entonces los espacios para una diversidad que descoloca a menudo al analista. De aquí emanan también las posibilidades para que perdure y se proyecte la acción de múltiples *estrategias diferenciadoras*, tanto a nivel de los grupos dominantes como subalternos, conformando una realidad necesariamente heterogénea, al punto que sea ésta, acaso, su marca más distintiva (heterogeneidad que suele apreciarse en grupos subalternos, destacándose el mosaico de sus mixturas, las yuxtaposiciones culturales, pero no así en las clases dominantes). Todo esto a la rígida mirada teoricista de la historia latinoamericana se le aparece como una cuadratura del círculo, dada la coexistencia de formas históricas que en Europa resultan antitéticas, o dicho de otro modo, es debido a ello principalmente que coexisten e incluso marchan de la mano formas *modernas* y *arcaicas*, capitalistas, medioevales y hasta esclavistas, redefinidas a su vez en el contexto latinoamericano. Al estabilizarse esos pactos de poderes sociales y económicos locales, devenidos gracias a ello en poder político, proyectan sus condiciones de acumulación y se proyectan también como sujetos de negociación con los intereses externos. Y es aquí que éstos últimos, al entrar en alianza con esta miríada de grupos dominantes, refuerzan la perspectiva de un marco nacional *dependiente* en el que ambos realizan sus intereses respectivos.

De este rasgo de las estructuras de poder emana fundamentalmente la heterogeneidad especificante, tan característica de América Latina. Me refiero al hecho de que, aunque predomine un grupo social, es sólo en alianza con otros, sin resolver las contradicciones que puedan existir al interior de los sectores dominantes, ni constituir plenamente un proyecto coherente de transformación o modelación de la sociedad según sus intereses. De ahí también el devenir de América Latina como una historia sesgada por un latente -y a ratos irruptivo- estado de crisis que, sin embargo, no registra rupturas capaces de inaugurar un orden social más articulado y coherente desde alguna

perspectiva de clase. Las contradicciones que cobija esa diversidad, sobre todo al interior de los propios grupos dominantes, no se resuelven sino que se diluyen recurrentemente en pactos de distribución de esferas de poder al interior de una ambigua estructura de dominación, lo que, en definitiva, acaba mostrando un mosaico de modos de dominación política y de control social teóricamente contradictorios a los ojos de la *escolástica formalista*, empero existentes y perdurables históricamente. Al final no se constituye una clase social hegemónica, capaz de pensar y reorganizar la sociedad. Más que una abúlica *lumpenburguesía*, eternamente subordinada a fuerzas externas, las débiles burguesías históricas se diluyen como alternativa de transformación en alianzas con sectores tradicionales, generalmente en posiciones secundarias; inclusive, las más de las veces son precisamente los pactos de dichos grupos tradicionales con aquellas fuerzas capitalistas externas lo que relega a roles secundarios a estas débiles burguesías en el escenario latinoamericano. En tanto, un poder oligárquico, de origen colonial, muta sucesivamente a diversas formas económicas y tendencias ideológicas, desde el orden agrario hasta la peculiar industrialización criolla, en un curso de adaptaciones sin ruptura esencial, integrando diversas alianzas sociales en las cuales casi sin excepción acaba refrenando las improntas de cambio de otros sectores sociales. Precisar el límite de estas adaptaciones resulta central para entender el problema del cambio social en América Latina. Y, en esta tarea, vale aquello de que *el presente siempre reinterroga a la historia*, asumiéndolo como requerimiento para entender el presente y sus posibilidades.

En el contexto de la discusión que acabamos de introducir, esta tesis se ocupa de la especificidad de las estructuras de poder en América Latina. El trabajo que a continuación se expone forma parte de una elaboración más extensa, que comprende tanto períodos históricos anteriores -como la etapa colonial- y posteriores, los que se proyectan hasta el siglo XX. El objetivo es avanzar en la comprensión de los procesos políticos contemporáneos en América Latina, lo que entre otras cosas plantea la necesidad de hacer inteligible su especificidad. En nuestro caso, como se señaló, por la relativa desatención que ha recibido el tema, el análisis se concentra en las estructuras de poder y adopta como método de comprensión la recuperación de sus procesos de formación histórica. La discusión histórica, en definitiva, es ocupada como estrategia de indagación para hacer inteligible el presente.

1. Volver a escrutar los mitos fundacionales

Si se busca -como es el caso- comprender de qué modo el pasado se ha convertido en presente, indagar así en el pasado para comprender el presente, es preciso tener en cuenta los modos en que ese pasado se representa en el presente. Para discurrir, de la mano de la perspectiva de los ya clásicos *Annales* de Marc Bloch y Lucien Febvre y su invitación a *comprender el presente por el pasado y comprender el pasado por el presente*, en la indicación del primero ⁴, a asumir, como en los *combates* del segundo, la historia al mismo tiempo como *ciencia del pasado* y *ciencia del presente*, asumiendo su función como aquella de *organizar el pasado en función del presente* ⁵, es preciso entonces comprender también la complejidad que encierran las formas socialmente más extendidas de representación de ese pasado en el presente y, con ello, la relación que se establece de modo predominante con aquél. Muy oportuna resulta, en este sentido, la precaución que sugiere Hobsbawm al instalar su advertencia respecto de las *tradiciones inventadas*, especialmente -como anota- cuando se trata de aquello que se ha *convertido en parte del fundamento de la ideología de una nación*, lo que reviste *indiscutibles connotaciones políticas*. Semejante *invención de la tradición* juega un papel trascendente si, como es nuestro caso, *simboliza cohesión social o pertenencia a comunidades*

⁴ Bloch, Marc, *Apología de la historia o el oficio de historiador*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1971.

⁵ Febvre, Lucien, *Combates por la historia*, Ed. Planeta-Agostini, Bs. As, 1993.

nacionales, colabora en el establecimiento o la legitimación de instituciones o relaciones de autoridad, inculca creencias o sistemas de valores relacionadas con el comportamiento influyendo así en la formación de la cultura política⁶.

Si el orden y el sometimiento que prevalecen en América Latina durante el período colonial no descansaban esencialmente en la fuerza de un ejército de ocupación, a contrapelo de ello una arraigada figuración, cuya difusión se alargará hasta nuestros días, va a rezar lo contrario. Y no ha de extrañar. Acaso la tozuda perdurabilidad de esa contradictoria imagen no es sino expresión de otra permanencia: la de importantes rasgos de la cultura de los grupos sociales que la forjan y la propalan eficazmente. Así, su origen se remonta a las ideas que divulgan las oligarquías criollas para enrolar a las masas en el conflicto independentista, creencias que devienen tempranamente en una de las principales fuentes del *patriotismo* forjado a instancias de dichas oligarquías. Se trata de la vaga arcilla de una cultura nacional que, más que en unas prácticamente inexistentes oportunidades que la realidad *independiente* trae para las grandes masas, busca afirmarse en una forzada satanización del pasado, en una representación de aquél que infla las atrocidades de la *intrusa* dominación colonial; a lo que se suma pronto, debido a las necesidades de control territorial que para estos grupos criollos trae la ruptura del viejo lazo con la corona, la forja de una imagen no menos pérfida de los respectivos vecinos independientes.

Pero el enigma de la duradera consistencia del *yugo colonial* no radicaba en el predominio simple y llano de la fuerza. No es ahí que residía el origen y sostén principal de la carencia de libertades. Precisamente, como para los más amplios sectores de la sociedad el basamento esencial de esa falta de libertades ha de conservarse a lo largo de un *ya independiente* siglo XIX, entonces desde el mismo nacimiento de los idearios nacionales en América Latina y, con su afirmación y proyección posterior, el centro de la denuncia y del enfrentamiento en que se afirman las *revoluciones de independencia* se habrá de ubicar en los excesos del poder colonial más que en su esencia misma. La extendida reificación de los momentos y los actos de realización del poder, tan propia de la historiografía *episódica*, que resultan por lo general violentos y más espectaculares que aquellos de más lenta formación de ese poder y de su capacidad de dominio a partir, por ejemplo, de factores como el control social, el disciplinamiento y el consentimiento, favorecen en definitiva la difusión y la aceptación social generalizada de este tipo de imágenes que no sólo distorsionan la realidad colonial sino que, en su proyección, ayudan a distorsionar el nuevo curso *independiente*.

Tras estas distorsiones sobre la formación histórica latinoamericana lo que queda en la oscuridad son las formas del poder social y su determinante -aunque menos espectacular- acción cotidiana, las cuales suelen tener una incidencia mucho más decisiva en la construcción del orden y la estabilidad sistémica en la medida en que son más determinantes en la formación de la cultura de los distintos grupos y clases sociales, pese a que suelen recibir una atención considerablemente menor. A fin de cuentas lo cierto es que, más allá de estas u otras consideraciones, América Latina no conocerá otro período tan prolongado de estabilidad como el de aquellos poco más de tres siglos de

⁶ Hobsbawm, Eric, y Ranger, Terence (eds.), *La invención de la tradición*, Ed. Crítica, Barcelona, 2002.

yugo colonial, los que -paradojalmente para estas extendidas creencias- resultan los más tranquilos y menos violentos si se toma en cuenta su agitada historia posterior.

Los idearios nacionales, cuyos orígenes se remontan a esta etapa, el grado en que apelan a una exaltación de una *intrusa violencia extranjera*, no sólo ocultan la verdadera naturaleza de los modos del poder social predominantes durante la *noche colonial*, sino que, en la medida en que los grupos criollos ahora independentistas formaban parte de ello, ocultan algo entonces más importante: la prolongación de muy importantes facetas de ese poder social a lo largo de una buena parte de la historia *independiente* que le sigue. En lo inmediato, con ello se encubren también los pálidos grados de cambio social que significan estas *revoluciones de independencia*. El hecho que buscan diluir estos idearios nacionales es la permanencia de una parte importante de los grupos sociales que, en el deshecho *pacto colonial*, detentaban y siguen ahora detentando dicho poder: las oligarquías criollas, sobre todo aquellas de origen rural. El *sentimiento patriótico* que entonces surge está estrechamente ligados a esta situación.

Si se consideran, por ejemplo, no sólo la intensidad sino los resultados de la violencia y de la usurpación emprendida en contra de las comunidades indígenas, resulta que -como es sabido- esta resulta mucho mayor y sus efectos mucho más devastadores en el curso del siglo XIX que inauguran estos procesos de independencia, ejercida ahora por las propias oligarquías criollas, que aquella desplegada por una satanizada dominación colonial. Y es este un caso que puede extenderse a muchas de las prácticas más violentamente coercitivas que se estrenan tras la etapa colonial en términos de control social. Sin embargo, aún hoy esto se suele presentar al revés, debido no a otra razón que a la presencia que todavía conserva la tradición de aquellas oligarquías en la cultura de las clases dominantes contemporáneas en América Latina.

Es que el colonial no fue un orden asentado en primer término en el ejercicio directo de la fuerza, como sí lo harán estas oligarquías criollas a lo largo de buena parte del siglo XIX, militarizando el control social y territorial en un grado hasta entonces desconocido. Al contrario, si con un interminable territorio que controlar, un domino colonial apoyado en una escuálida fuerza militar logró enfrentar con éxito, por tres largas centurias, no sólo las exigencias de control interno sino también el insistente acoso de otras potencias europeas, es precisamente porque dicho orden colonial -y he aquí uno de sus rasgos más deslumbrantes, desatendido por las razones mencionadas- fue más bien, como ya se anotó, un orden basado en efectivos mecanismos de legitimación, firmemente afincados en un *pacto colonial* latamente decantado, en el que participaban activa y decisivamente las mismas oligarquías criollas que ahora lideran la resolución de los procesos de independencia. De ahí que uno de los más grandes dilemas del siglo XIX va a ser, para las nuevas naciones latinoamericanas, el de rehacer un orden legitimante tras el vacío que deja el colapso del orden colonial. Pero, como descubrirán las oligarquías criollas, ese vacío no es absoluto pues hay elementos que impregnaron hondamente la conformación de las identidades colectivas y las conductas sociales de las poblaciones de América Latina.

En estas y otras cuestiones hemos de intentar avanzar en su esclarecimiento, o al menos, en la formulación de una problematización acerca del sentido histórico que revisten los llamados procesos de independencia y *anarquía* que trascurren en esta

etapa, por doquier, en América Latina. Por una parte, se trata de elucidar los orígenes efectivos de las *revueltas de independencia*, oscurecidos tanto por una *tradicción inventada* a manos de la propalada interpretación conservadora que emana de las criollas oligarquías vencedoras y que se arraiga hasta la actualidad en la cultura de los grupos y clases dominantes (y no menos en los sectores populares), como también por la ayuda -ya sea intencionada o involuntaria- de una poco conducente *historia episódica* limitada al estrecho horizonte del anecdotario que, etapas tan agitadas y violentas como esta, proveen hasta el grado de nublar el sentido que adopta la marcha de la historia. Pero no sólo se trata de eso. También de discernir, en términos sociales, cuáles son los grupos o clases sociales que se benefician efectivamente con este proceso. Y con ello, a qué formas de poder y dominio da lugar, en el proceso siguiente de formación de las estructuras nacionales de poder. En relación a esto último, por cierto, es preciso no limitarse a la constatación de la condición *neocolonial* que sobreviene, y a la caracterización de los nuevos términos de *dependencia* que siguen, consideración que se limita a la asimilación de la relación externa y los problemas que de ella emanan, asunto que concentra desmedidamente -como se insistió al principio- la atención, sino poner interés en los menos atendidos problemas del ordenamiento interno que marchan históricamente ligados a esos nuevos términos *dependientes* de la vinculación externa y que como tales la viabilizan, los cuales resultan determinantes tanto para las posibilidades u obstáculos que se dibujan para la transformación social, como para la formación de la cultura política de los distintos sectores de la sociedad. Es, por tanto, una atención sobre los tipos de basamentos del nuevo orden interno. Muy ligado a esto aparece, además, la cuestión de los grados efectivos de transformación o de cambio social que implicó a fin de cuentas este proceso, y el por qué de ello. En definitiva, para nuestro objeto de análisis, resulta especialmente revelante discernir qué sectores sociales ascienden y, con ello, qué modos del poder y el dominio se abren paso producto de los procesos latinoamericanos de independencia y *anarquía*.

Por cierto, discurrir el análisis por senderos que ayuden a esclarecer cuestiones como estas, tan nubladas por diversas perspectivas, como la mencionada de la *tradicción inventada*, requiere asumir el énfasis histórico al que hemos apelado en una dirección que no se malentienda reducida a lo meramente historiográfico. De tal resguardo ya habló Fernand Braudel, quien compartía aquello de asumir el examen histórico en función de la comprensión del presente y como *una necesidad para desentrañar el presente*. Pero al mismo tiempo que Braudel considera a la historia *como un cierto estudio del presente*, para adelanto de la indagación histórica establece a su vez, y de modo muy claro, las limitaciones que para ello representa lo que llama *historia episódica* o *événementiel*⁷. Echar claridad sobre la especificidad de las estructuras de poder en América Latina, objeto declarado de estas páginas, no remite -como pudiera pensarse- al recuento del particularismo extraviando a América Latina como totalidad y objeto de estudio, ni permite quedar atrapados en el singularismo de una etapa específica al punto que la desligue del sentido histórico y la trascendencia que tiene sobre el curso de la formación histórica latinoamericana. En su merecidamente reputada *Historia Contemporánea de América Latina*, Halperín ha reiterado este punto de vista al considerarlo especialmente importante para la comprensión, precisamente, de la etapa que nos ocupa en este capítulo. *Se trata de un conjunto de hechos suficientemente*

dramáticos para haber apasionado a los cultores de la histoire événementielle, generalmente condenados a horizontes más grises, anota en contra de la reiterada coyunturalización anecdótica de la *crisis de independencia* en América Latina ⁸. De tal modo, el enfoque historiográfico, centrado en una *historia episódica* capaz de llevarnos a confundir especificidad con particularismos, con un anecdotario aparentemente más concreto empero muy dado a nublar la comprensión del sentido histórico y la trascendencia no menos concreta de estos procesos de independencia y de *anarquía* no resultan lo más aconsejable para nuestro propósito.

No sin relación con esto se alza una ya anotada y extendida reificación de los momentos y los actos de realización del poder, tan propia de esa historiografía *episódica*, en tanto resultan por lo general violentos y más espectaculares que aquellos de más lenta formación de ese poder y de su capacidad de dominio a través de los mecanismos cotidianos de control y disciplinamiento social, de construcción permanente del consentimiento y la aceptación del orden. Tras las distorsiones sobre la formación histórica latinoamericana a que esto lleva muy a menudo, lo que queda en la oscuridad son las formas del poder social y su determinante -aunque menos aparatosa- acción cotidiana, las cuales, precisamente por menos extraordinarias, suelen tener una incidencia mucho más decisiva en la construcción del orden y la *estabilidad sistémica*, así

⁷ Ver Braudel, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, México D.F., 1989. En torno a la controvertida cuestión de la relación entre historia y sociología como disciplinas del conocimiento, Braudel señala: *Rebasar al acontecimiento equivale a rebasar al tiempo corto que lo contiene, el de la crónica (...) cuyos rasgos nos devuelven, tan vivo, el calor de los acontecimientos y de las existencias pasadas. Equivale también a preguntarse si, más allá de los acontecimientos, no existe una historia, inconciente esta vez -o mejor dicho, más o menos conciente- que, en gran parte, escapa a la lucidez de los actores, los responsables o las víctimas: hacen la historia, pero la historia les lleva. Esta búsqueda de una historia no limitada a los acontecimientos se ha impuesto de manera imperiosa al contacto de otras ciencias del hombre, contacto inevitable* (p. 113). Así, de la misma manera que a la sociología (que también es síntesis por vocación) a la que la dialéctica de la duración obliga a volverse hacia el pasado, lo quiera o no (p.117), la historia, como disciplina, está precisada de superar el recuento *episódico* o *événementiel*, para acceder a esa *dialéctica de la duración*, es decir, *al estudio de lo social, de todo lo social, y por tanto del pasado; y también, por tanto, del presente, ambos inseparables* (p.115). Braudel invita así a no quedarse en la *historia episódica, la del tiempo corto*, que llama también *microhistoria*, e incluso va más allá y exhorta a superar los límites de la *historia coyuntural* que, aunque más amplia que la primera, no alcanza a extenderse a la *historia estructural o de larga duración*, esa que *encausa siglos enteros*, [que] *se encuentra al límite de lo móvil y de lo inmóvil; y, por sus valores muy prolongadamente fijos, aparece como un invariante frente a las otras historias, más raudas en transcurrir y realizarse* (pp. 122-3). De tal modo, así como la historia ha de superar la reducción historiográfica, aproximándose así un tanto a la sociología bajo la idea de que *el tiempo es estructura*, la sociología por su parte ha de hacer otro tanto: *No creo que sea posible esquivar la historia. Es necesario que el sociólogo desconfíe. La filosofía (de la que viene y en la que permanece) le prepara demasiado bien para no ser sensible a esa necesidad concreta de la historia. Las técnicas de la encuesta corren el riesgo de consumir este alejamiento. Todos los encuestadores, de por sí apresurados -y más todavía por aquellos que les emplean-, harían bien en desconfiar de una observación excesivamente rápida, a flor de piel. Una sociología episódica (événementielle) abruma nuestras bibliotecas, los expedientes gubernamentales y de las empresas. Lejos de mí la idea de alzarme contra esta moda o de declararla inútil. Pero ¿qué valor científico puede tener si no capta el sentido, la rapidez o la lentitud, la subida o la caída del movimiento que arrastra todo fenómeno social, si no se interesa por el movimiento de la historia, por su dialéctica que discurre del pasado al presente y hasta el mismo futuro?* (pp. 127-8).

⁸ Halperín, Tulio, *Historia Contemporánea de América Latina*, 2a. ed., Alianza Editorial, México D. F., 1988, p. 90.

como en la formación de la cultura de los distintos grupos y clases sociales, pese a que suelen recibir una atención considerablemente menor.

Es que tras esta reificación de los momentos de realización del poder está el hecho que la *histoire événementielle* resulta, muy seguido, presa de una imagen *fetichizada* del poder, no poco ligada a una visión *cosificada* de la realidad social, aparentemente más concreta. La imagen prevaleciente en esta clase de *recuento histórico* abstrae la mirada de los procesos de *formación* o de constitución de las situaciones sociales y políticas para concentrarla en sus puntos de llegada, en sus momentos de *realización* más impactantes, dejando en la oscuridad el curso más regular mediante el cual se conforman y reproducen las relaciones de poder en la sociedad, las formas de la conciencia social y la cultura política de los diversos sectores de la sociedad. Esas relaciones de poder sólo se aprecian cuando se manifiestan en sus formas más descarnadas, en sus excesos, pero se desatiende su decisiva gestación cotidiana. El ejercicio del poder parece instalarse de repente. Así la *formación* del poder, sus cursos de conformación y acumulación, quedan en la penumbra. Esa es la visión predominante: se visualiza al poder, su existencia, sólo cuando aparece ejerciéndose en formas impactantes y casi siempre incontestables, pero no se le aprecia en la marcha más regular, gradual, cotidiana en que, como sumatoria de diversos planos, ese poder se forma, reproduce y acrecenta. De ahí que parezca inderrotable, y sus formas históricas como *naturales*. Si tomamos los términos de Marx para el análisis económico del capitalismo, en que señalaba la forma *fetichista* y maniquea en que se representan socialmente los procesos de construcción de las condiciones materiales de vida, diríamos que se exageran los momentos culminantes y de *realización* del poder, y se tienden a ignorar sus procesos de *formación* o gestación⁹. En tanto más espectaculares los primeros, la visión predominante se centra en ellos. Es la forma común de ver el poder. Marx se enfrentaba a una visión predominante que deslumbra con el resplandor de los juegos en que acaba -pero no donde se gesta- el proceso de acumulación capitalista. Ahí brillan las cosas y se opacan las relaciones humanas que están en su base. De ahí que predomine en el capitalismo una mirada centrada en los objetos, una visión *cosificada* ha dicho Lukács¹⁰, que no deja ver con claridad las relaciones sociales. Es una visión que oculta el origen de la acumulación capitalista, cuyo centro está en la explotación de la fuerza de trabajo. Es el reino del *fetichismo de la mercancía*, en que la relación entre personas se presenta como cosas. Las cosas adquieren una *objetividad ilusoria* dirá Marx, una imagen de independencia y de poder intrínseco -sean dinero, oro, instituciones, leyes, armas, etc.- dando lugar a un *sistema de leyes propio, riguroso, enteramente cerrado y racional en apariencia*, anota Lukács, que nubla lo fundamental: el carácter de la relación entre los hombres. Es de este modo que el mercado, por ejemplo, se presenta como algo que no es posible conocer y controlar completamente, sujeto a una *mano invisible*, situado más allá de la voluntad de los hombres. Y esa forma de ver la realidad no sólo opera respecto de la economía sino que se expande hacia otras esferas, porque es una de las formas principales de la conciencia que se constituyen históricamente bajo el capitalismo. Para Lukács esta *cosificación*, como modo de ver las relaciones sociales en el capitalismo, es una de las

¹⁰ Ver *La cosificación y la conciencia de clase del proletariado* en Lukács, Georg, *Historia y Conciencia de Clase*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1970.

formas predominantes de representación de la realidad en las conciencias, lo cual incide en la manera de ver la realidad económica, política, militar. Es una ideología *fetichista*, de culto a las cosas.

Se constituye y difunde una visión de la realidad centrada en los objetos y deslumbrada por los actos más espectaculares, que nubla el carácter de las relaciones humanas que hacen posible el poder evidenciado. Sobre la economía se forja una visión centrada en el dinero, monopolizado por un grupo, que señala que su poder proviene de allí, ocultando su origen en las *relaciones sociales de producción*. Se atrae la vista sobre las armas que monopolizan los grupos dominantes, las que no bastan para contener a millares de individuos, ocultando el papel más importante de las complejas y cotidianas redes sociales de dominio y disciplinamiento. Se construye una imagen de las luchas de poder reducida a las instituciones y los procesos jurídico-formales, en los que dichos

⁹ Parangonando el conocido análisis de Marx sobre el *fetichismo de la mercancía*, diríamos que en este caso se trata de un *fetichismo* del poder. Marx mostraba cómo el capital forja un espejismo fantástico de las relaciones económicas, donde aparecen como lo más importante las mercancías y los medios de intercambio (el dinero sobre todo). Es una visión dominante en la sociedad, que la modela culturalmente para el funcionamiento capitalista. Para ver más allá de ese espejismo Marx diferencia los procesos de *formación del capital*, de aquellos de *realización del capital* como tal. De esta manera más allá de las cosas -los productos, el dinero, etc.- que acaparan la visión superficial, en el cuadro de la realidad que Marx traza cobran relevancia las relaciones sociales que están situadas en la base de los procesos de *formación del capital*. La mirada se aparta de los objetos y su brillo deslumbrante, para entrar en el carácter más profundo de esas relaciones sociales, centrando la reflexión en la realidad de los hombres y mujeres que dan vida a las relaciones humanas que organiza e impone el capitalismo. Sin quedarse en las relaciones mercantiles y de intercambio, la mirada entra en una esfera más esencial: el proceso de *formación del capital*, donde resultan centrales las *relaciones sociales de producción*, y desde el cual se gestan las situaciones que luego tendrán su punto de llegada -su *realización*- en el plano del intercambio, en el mercado. Entonces aparece la importancia fundamental en todo esto de una mercancía muy particular: la *fuerza de trabajo*. El análisis ya no sitúa lo esencial en el dinero ni en el dominio sobre los productos que se transan en el mercado, sino en las relaciones que entre los hombres se establecen para permitir la producción capitalista, pues sólo a partir de ellas es posible todo lo demás. Así Marx muestra cómo la mirada que instala el capitalismo lleva a ver la realidad en forma invertida, al centrarse en los medios de intercambio (el oro, el dinero) y las mercancías propiamente tales. El error que desnuda Marx en lo que llama *fetichismo de la mercancía*, es el atribuirle a las cosas propiedades que en realidad quienes las poseen son las relaciones sociales, las relaciones humanas respecto de las cuales esas cosas sólo son intermediaciones. En la visión predominante en el capitalismo el oro, el dinero, incluso las armas, aparecen como objetos intrínsecamente portadores de poder, tal como si fuesen las cosas las que dan poder a la gente, con lo cual se les atribuyen propiedades y capacidades que en realidad están en el tipo de relaciones que existen entre los individuos. Lo que parece una relación entre cosas es en realidad una relación social determinada entre los hombres. Esa apariencia de figuras independientes que asumen los productos del trabajo humano es para Marx un *fetichismo*. Eso de ver cosas donde hay hombres y formas concretas de relación entre ellos, es lo que en el capitalismo proyecta una imagen en la que todo parece quedar bajo una fuerza inhumana, bajo un poder que está más allá de los hombres y de su voluntad. El capital, para Marx, es a fin de cuentas una relación social, una forma concreta de relación entre los hombres. Marx devela estas cuestiones en el ámbito de la economía llevando la mirada hacia los procesos sociales que están tras el intercambio de mercancías, o sea a la producción, a la *formación* misma de la mercancía, más que a sus momentos de *realización* en el mercado. Ahí aparece el carácter de explotación que asumen las *relaciones sociales de producción* en el capitalismo, y se esclarece la gestación del poder capitalista en la esfera de la economía. La mirada no va a los procesos de *realización* de ese poder sino a los de su génesis, de su *formación*. Aunque esta cuestión se analiza en varias obras de Marx, puede verse el acápite *El carácter fetichista de la mercancía y su secreto*, en *El Capital*, Ed. Siglo XXI, 16a. ed, México D.F., 1978, pp. 87-102.

grupos detentan el papel principal, cuando en realidad la fuente y el escenario constante de su poder se extiende por toda la sociedad, en las formas que imponen a las relaciones entre los individuos. Así, la visión predominante sobre el poder se construye mayormente por los grupos que lo detentan. Pero ese dinero, esas armas, esas instituciones políticas, no son lo fundamental en las relaciones económicas, militares y políticas. Lo sustancial está en el tipo de relaciones sociales que se establecen.

De ahí que una *historia episódica*, en apariencia más concreta y apegada a los *hechos*, resulte en el fondo una especie de racionalidad episódica del poder, que magnifica lo inusual y espectacular ligado, por lo común, a los objetos y lugares en que se le fetichiza, como el dinero, el oro, las armas o las instituciones, hechos y procesos cuya observación unilateral oscurece el origen social del poder y la dominación. Cuestión que a la sazón marcha muy ligada a otra advertencia de utilidad para comprender esta etapa de la historia latinoamericana. Como se sabe, hay momentos de la historia en que el desarrollo acelerado de los conflictos define por largo tiempo las condiciones futuras para el desenvolvimiento de los grupos y clases sociales, situación que se mantendrá en las etapas históricas con un curso menos abrupto. Vistos estos trances desde la óptica recién anotada, podemos considerarlos como momentos de *realización* de situaciones y contradicciones, así como de grados de poder y de fuerza, acumulados y constituidos en cursos más prolongados, que anteceden con largueza a dichos momentos en que los conflictos se recrudecen y tienden a dirimirse. Pero además, la razón de ello, el por qué estas situaciones históricas suelen tener esas características, esa capacidad decisiva sobre el futuro, reside -contrario a lo que se suele creer, en no poca medida de la mano de esta *histoire événementielle*- en el hecho que en esos cambios bruscos y trascendentales, el aumento de la intensidad de los enfrentamientos que muestran no significa tanto un aumento de la drasticidad o de la violencia de éstos como una ampliación inusitada de los sectores y fracciones sociales involucradas en dichos enfrentamientos, de la medida en que involucran a gran parte de la sociedad, en que incorporan a sectores sociales que tradicionalmente no intervienen con tanta energía. Este es el caso, como veremos más adelante, de la etapa que analizamos en la historia latinoamericana.

De tal suerte, resulta que los pasajes de esta etapa que resultan más determinantes para el futuro de América Latina no son precisamente aquellos más conmovedores que suelen poblar las cuartillas de esa *histoire événementielle*. Más bien son aquellos que protagonizan en una forma más *quitada de bulla* unos grupos criollos de poder en ascenso, en avanzadas fases de su constitución en clases dominantes a través de estas luchas de independencia y, luego, a través de esa *anarquía* de las pugnas interoligárquicas que siguen, curso de sucesivas mediciones de fuerzas en que se perfilan las nuevas condiciones del poder y del dominio, del que emerge pomposa e incontrarrestable la hegemonía oligárquica.

No obstante, si la necesidad de volver a examinar estos procesos históricos y sus interpretaciones parece aceptarse hoy en buena medida, otras modas, muy *actuales* aunque acaso menos pulcras, arrastran también a extravíos, estos últimos abiertamente burdos. Así pues, esta discusión, potencialmente fructífera para la comprensión de la naturaleza de las actuales estructuras de poder y de dominio, de la construcción histórica

de la cultura política en América Latina, acaba a menudo desvariando la necesaria revisión de los preceptos historiográficos conservadores por derroteros inconducentes. Hoy cunde la *novedad* de desmitificar a los *héroes fundadores* de las naciones latinoamericanas. De pronto se *descubre* un listado de rasgos que objeta las estampas impolutas y todopoderosas de este *procerazgo patricial* en las que se apoyan los *mitos fundacionales* de estas naciones. Por ejemplo, se suceden los *hallazgos* de conductas homosexuales en algunos de estos próceres. Cual rito *posmoderno*, con patética frivolidad se persigue así *ponernos al día* en el embate a los valores homofóbicos propios de una *modernidad superada*, y distanciarnos como sea de un conservadurismo por cierto efectivamente fundante.

Poco o nada se logra a punta de semejantes esnobismos. Esta clase de *desmitificaciones* que se ciernen en Chile sobre las figuras de O'Higgins, Carrera, Rodríguez o Portales, en otros lares sobre Freire, San Martín o el propio Bolívar, anhela demoler su imagen fundadora de héroes como *santos laicos* sin cuestionarse sobre los proyectos históricos y las fuerzas que forjan y propalan esos mitos. Todo queda en la repulsa, sin ahondar en los orígenes y fuerzas efectivamente fundantes de las naciones latinoamericanas. Es posible que en esto influya el hecho que la nación ha perdido parte de su poder y otras identidades, además de la nacionalidad, hoy compiten en relevancia. Empero, si las figuras y las fuerzas realmente fundantes de nuestras naciones no son aquellas que la cultura predominante señala, la indagación no debe centrarse en los rasgos que se les atribuyen. Más que huir ridículamente de cuanto cosa de pronto parece *demodé*, vale la pena preguntarse algo mucho más conducente, básico y menos rebuscado: ¿si esos no fueron en realidad los fundamentos originarios de nuestras naciones, entonces cuales son? De ahí una línea más fértil para el afán cuestionador y la forja de nuevos conocimientos sobre nuestro origen y condición.

Ello remite a recuperar la perdurable huella que deja una impronta conservadora que a la larga acaba imponiéndose de modo abrumador en la historia latinoamericana, recuperación sin la cual no puede comprenderse a cabalidad el curso posterior, hasta el más actual, y que en los procesos independentistas, su condición determinante hace que a la distancia aparezcan como esmirriados destellos los demás enfoques presentes, especialmente aquellos de carácter revolucionario cuya importancia ha sido exagerada y mitificada. La generalizada frustración de estos últimos, a manos de su cooptación e integración en contradictorias mezcolanzas por el propio ímpetu conservador, o bien de su relegación a una orilla del poder a la que no es justo negarle su decoro e incluso su cuota romántica, impone que se deba considerar más limitada su incidencia en la construcción de las sociedades latinoamericanas, hijas de un curso en el cual, las más de las veces, las nuevas naciones emergen de las cenizas de una traición de tales idearios revolucionarios que luego mucha historiografía relega a la insignificancia.

2. Tras los orígenes y causas de las luchas por la independencia

El hilo de este examen ha de partir escudriñando los orígenes de estos procesos de independencia. Como ya se señaló, la reorganización borbónica vino a acelerar muchas de las tensiones que buscaba aplacar, abriendo divisiones sobre todo en los estratos superiores de la sociedad al violentar las bases del *pacto colonial* fraguado por dichas élites gracias a la relativa debilidad de los Habsburgos, cuya pobreza había llevado a una política que permitía algún grado de ascenso político y otro mayor aun de formación de poder económico y social por parte de ciertos grupos criollos. Las reformas borbónicas llegaron a amenazar ese desarrollo originario de las oligarquías criollas. De ahí que se incubaba una reacción en contra de la constitución de un poder centralizado que, en cierta medida, anuncia el conflicto que más tarde marcará al *anárquico* proceso de formación del orden nacional, esto es, la vocación y la capacidad de resistencia de los poderes locales frente a la formación de un poder centralizado.

De este modo, más allá de una serie de factores de contingencia que nos suelen recordar a menudo, lo que desemboca en la pugna independentista es una contradictoria situación largamente incubada y agudizada por aquellas reformas: el nulo poder político que tenían unos grupos criollos de gran poder económico y social. Se trata, en sus orígenes, de lo que algunos llaman una *crisis por arriba*.

La reformulación del *pacto colonial* que intentaban las reformas borbónicas, consideradas en este sentido como una *segunda conquista de América*¹¹, pese a que

abría nuevos horizontes a la economía local, acentuaba el peso de una metrópoli que imponía muy altos lucros por una forzada intermediación entre sus colonias y la pujante Europa industrial. En este sentido, la lucha por la independencia aparece como la pugna por un nuevo *pacto colonial* que conceda a los productores locales un contacto directo con la que es, de modo cada vez más claro, la nueva metrópoli económica, permitiéndoles una llegada menos restringida al mercado ultramarino y una parte más generosa del precio en que allí se transan sus productos. Pero en el origen de la rebelión no sólo anida una demanda de mayor libertad de comercio. También gravita otro factor, todavía más oscurecido por el recuento abocado a la forja de los mitos patrióticos, muy ligado a la estructura de poder interno. La aversión a las reformas también responde al hecho que los grupos criollos de poder prefieren una administración ineficaz, y por lo mismo menos poderosa, como ocurría en los tiempos del viejo *pacto colonial* que las políticas de los Borbones amenazaban con dejar atrás, particularmente a partir de aquellos aspectos político-administrativos que acompañan a los de índole económica en dichas enmiendas.

Aunque no han de exagerarse las tensiones desencadenadas por este intento de reordenamiento de las *Indias*. Si ellas auguran algún peligro sobre el futuro del dominio colonial, de ningún modo presagian un desenlace inminente. Al contrario, los conflictos que ellas anticipan sólo hubiesen podido madurar en un futuro remoto, puesto que si algo anunciaban, más que un desplome cercano, eran unos delicados y graduales reajustes de una transición necesariamente prolongada. En fin, puesto en la lacónica jerga de los matemáticos, esta situación interna ofrece las *condiciones necesarias pero no suficientes* para la irrupción de la llamada *crisis de independencia*.

Entonces, ¿en una sobreatendida renovación ideológica ocurrida en ciertos círculos de la América Latina colonial, más claramente desde fines del siglo XVIII, puede ubicarse una causa más directa del fin del orden colonial? Contrario al mito difundido, no lo parece. Si se mira más allá de un abstracto examen de las ideas, se aprecia que esa renovación -puesta bajo signo ilustrado- no tiene necesariamente, a diferencia de sus fuentes originarias, un contenido políticamente revolucionario por estos lares. Por el contrario, transcurre durante una muy larga primera etapa en el marco de una escrupulosa fidelidad a la Corona, fundada muy pragmáticamente en el hecho que, pese a todas sus vacilaciones, era en definitiva la Corona la más poderosa de las fuerzas renovadoras que actuaban en el mundo colonial. A contrapelo de mucha representación posterior, conviene recordar que la crítica de la economía de la sociedad colonial, incluso la de ciertos aspectos de su marco institucional o jurídico, no implica entonces una revisión del orden monárquico o de la *unidad imperial*.

Cierto es que, ya a fines del siglo XVIII, aparecen algunos escépticos entre las élites criollas. En tal hecho se ha centrado a menudo la explicación de las rebeliones que abundan ya en esa etapa, en las que, a su vez, sitúan los antecedentes inmediatos de las *revoluciones de independencia*. Empero no es tan clara ésta última vinculación, como tampoco la que se postula entre esas sediciones y la renovación de las ideologías políticas. Aunque tales rebeliones, que se repiten desde *Nueva Granada* hasta el *Alto*

¹¹ Lynch, John, *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, 7a. ed, Ed. Ariel, Barcelona, 1998, p. 14 y siguientes.

Perú, presentan un aspecto difícilmente semejante y, por lo demás, poco novedoso. Si bien hay en las tensiones creadas por la reforma administrativa un factor común desencadenante, en cambio las respuestas resultan muy variables localmente. El más vistoso y mentado de estos sucesos, la *guerra de las castas* que sacudió al Perú, muestra a manos de los alzados una contradictoria mezcla de la nostalgia por el pasado prehispánico con la lealtad al rey español, en donde este último aparece supuestamente ajeno a las iniquidades que en su nombre se cometían de este lado del Atlántico. Dicha guerra, como es sabido, avivó las tensiones entre las castas peruanas, pero con efectos desiguales: mientras en el *Bajo Perú* los mestizos se unían a los blancos en contra de los indígenas, en el *Alto Perú* lo hacían con estos últimos en contra de los blancos. En este sentido, más que constituir un antecedente de las luchas de independencia, estos alzamientos ayudan a explicar el empecinamiento con que buena parte de las élites criollas se aferra a la *causa del rey*, en tanto avistan en el mantenimiento del orden colonial la mejor opción de preservación de su propio dominio y posición ante la eventualidad de verse arrasadas por unas populosas castas indígenas y mezcladas¹². En cambio, la forma de otros movimientos menos llamativos, como el alzamiento comunero del Socorro, en *Nueva Granada*, se acercan más bien a la de las protestas locales que abundaron desde la conquista, agudizadas ahora por las reformas.

Más clara es la relación entre las *revoluciones de independencia* y los signos de descontento manifestados en círculos, por cierto muy estrechos, dentro de algunas ciudades latinoamericanas en las postrimerías del siglo XVIII. Aunque es preciso tener en cuenta que *esos signos fueron, sin duda, magnificados primero por sus represores y luego por sus historiadores*, como alega Halperín en la línea ya mencionada¹³. Es claro que en distintos rincones de los *reinos del Nuevo Mundo* hay señas de una nueva inquietud. En Bogotá, Antonio Nariño traduce en 1794 la *Declaración de los Derechos del Hombre*. En Caracas y sus vecindades, la *Conspiración* de Manuel Gual y José María España, de adelantado programa social y político pero de limitados efectos concretos, es reprimida por el poder colonial con el activo apoyo de los *mantuanos*, la aristocracia

¹² Al respecto, véase López Soria, José Ignacio, *La época del rompimiento (1780-1824)*, en Alberto Flores Galindo, *et. al, Nueva Historia General del Perú*, Ed. Mosca Azul, 3a. ed, Lima, 1982, pp. 92-98. Más allá de la conocida rebelión cuzqueña, uno de los levantamientos más reveladores, en términos de un reiterado dilema en el curso latinoamericano entre revueltas elitistas y revoluciones de masas, es el que transcurre en la zona de Oruro. Hostigados por los apremios financieros y las cargas impositivas, los propietarios mineros de la zona llevan más lejos una *peligrosa alianza con las clases más bajas, sin retroceder a las características de extrema violencia con que se manifestó esta coalición*, siendo muchas veces rebasados. Véase Cornblit, Oscar, *Levantamientos de masas en Perú y Bolivia*, en Torcuato Di Tella (compilador), *Sociedad y Estado en América Latina*, Ed. Eudeba, 5a. ed, Buenos Aires, 1987. Pero acaso más terminante es el examen de Alberto Flores Galindo en cuanto a cuestionar la caracterización de estas rebeliones, y en particular del movimiento tupamarista, como *antirreformistas* o el mero vínculo entre las reformas borbónicas y estas rebeliones andinas, e incluso la propia relación entre éstas últimas y el subsiguiente curso independentista. De modo desmitificante anota, para el caso del *ejército tupamarista*, la reproducción que éste realiza de la estructura jerárquica de la sociedad colonial, en donde *la aparente restauración de la monarquía incaica, en realidad, muestra la incorporación de concepciones patrimoniales entre la aristocracia indígena*. Ver Flores Galindo, Alberto, *Buscando un inca: Identidad y utopía en los Andes*, Ed. Horizonte, Lima, 3a. ed, 1988, p. 166 y especialmente los capítulos IV y V.

¹³ Halperín, *op. cit.*, p. 85.

criolla de Caracas. En 1871 se descubre en Santiago de Chile la *conspiración de los tres Antonios* o *de los franceses*, en realidad un grupo de conversaciones privadas sobre las ideas de la Ilustración, sin mayor trascendencia, fiel a la monarquía y aspirante a reformas que estimularan el progreso de las colonias. En Minas Gerais, en 1789 la *Inconfidencia Mineira*, secesionista y republicana, es descubierta e implacablemente reprimida. El desenlace más común de estos sucesos son los mártires y los desterrados. Uno de los más renombrados entre los primeros, José da Silva Xavier, el dentista brasileño apodado *Tiradentes*, apresado y descuartizado. Uno de los más notorios entre los segundos, el venezolano Francisco de Miranda, que gracias a sus inmejorables vínculos en el *Viejo Mundo* desnuda ante dichas potencias la existencia de un problema iberoamericano.

Innegablemente en esta inquietud gravitan las nuevas ideas políticas. La difusión que alcanzan se hace más clara tras la retirada de los peninsulares, cuando en círculos ya no tan estrechos aflora de inmediato un manejo de la nueva terminología política. Pero esto responde a un proceso más amplio, puesto que lo nuevo después de 1776 y sobre todo de 1789 no son las ideas, sino la existencia política misma de una América republicana y una Francia revolucionaria. Esa es la novedad que interesa cada vez más a ciertos círculos en América Latina, dado que tanto Portugal como España traslucen de forma creciente su debilidad en medio de las colosales luchas que el ciclo revolucionario ha abierto. En tales condiciones, hasta los más fieles servidores de la Corona no pueden sustraerse a la idea de que ésta, como otras, también desaparezca. En la América española en particular, la *crisis de independencia* es el desenlace de una degradación del poder español que, desde las postrimerías del siglo XVIII se acelera en los inicios de la siguiente centuria, curso que se empalma con la gradual pero sostenida maduración del poder social y económico de ciertos grupos criollos, origen -en definitiva- de las oligarquías latinoamericanas.

El poder español se hace más distante. Su guerra con una Gran Bretaña que domina el Atlántico lo aísla de sus *Indias*, inviabiliza el monopolio comercial y entorpece el envío de soldados y gobernantes. En una continuidad sólo aparente y en oposición real con las reformas mercantiles de Carlos III, un puñado de medidas de emergencia cautamente emprendidas por la Corona, que autorizan una progresiva apertura del comercio colonial con otras regiones (colonias extranjeras, países neutrales), y conceden a los colonos libertad para participar en la ahora más riesgosa navegación sobre las rutas internas del *Imperio*, si bien produce entusiasmo en las colonias, provocando que, desde La Habana a Buenos Aires, todo el frente Atlántico del imperio español aprecie sus ventajas, al mismo tiempo genera una conciencia más viva de la divergencia de destinos entre España y sus *Indias*, una confianza (que los hechos desmienten luego) en las fuerzas económicas locales, que se creen capaces de valerse solas en un sistema comercial alterado por las guerras europeas. Pronto desplomadas esas ventajas ocasionales -que donde más se alargan, apenas pasan de la década- ello acentúa la impaciencia ante las viejas limitaciones y atiza la aversión frente al *yugo colonial*, avivando en definitiva la aspiración a la libertad comercial entre los colonos.

Pero esa aspiración no llegaría muy lejos sino fuese gracias al espectáculo de una metrópoli que no consigue gobernar la economía de sus colonias, pues su inferioridad en

el mar la aisla cada vez más de ellas. Si en el ámbito administrativo el debilitamiento de los vínculos entre metrópoli y colonias es más tardío que en lo comercial, es en cambio más celérico. En ambos campos los años que corren de 1795 al mítico 1810 borran los resultados de esa lenta *reconquista* de su imperio colonial que fuera una de las hazañas de la España borbónica, la cual trastocó demasiado las cosas en las *Indias* para que, en medio de las tormentas posrevolucionarias, fuese posible un retorno puro al pasado.

De este modo, aparece tempranamente un recurrente dilema en la interpretación del curso latinoamericano, a saber, sobre el origen interno o externo de sus cambios históricos. A diferencia de otras ocasiones, en ésta es claro el efecto catalizador de un convulso contexto europeo que apremia a las metrópolis de las colonias latinoamericanas, sobre unos poderes locales criollos ansiosos de acrecentar, a través de su proyección política, un poder social y económico latamente madurado. De tal modo, los llamados *primeros movimientos de independencia* tienen que ver tanto con la tensión adicional y, por cierto, detonante, que introduce un a menudo unilateralmente reificado dato externo, consistente en el vacío de poder que provoca la invasión napoleónica en España y la prisión y abdicación forzada del rey, como con el dato interno, menos señalado, pero sin el cual la explicación del curso independentista es imposible, del gradual pero sostenido proceso de maduración de grupos de poder social y económico de origen criollo, germen colonial de unas oligarquías de dilatada gravitación en la historia latinoamericana, que ansían mayores espacios dentro de la estructura de poder, y cuyo desarrollo ya se veía limitado por los marcos del viejo *pacto colonial* bajo el alero del cual germinaran. La atención a estos datos internos es fundamental para comprender el peculiar carácter de estos grupos locales emergentes, evitando que dicha comprensión se limite -como ocurre con gran parte del prometedor esfuerzo interpretativo del pensamiento latinoamericano al que el estructuralismo economicista estrechaba sus horizontes hace unas tres décadas atrás- a concebirlas como mera expresión de la expansión capitalista por estas tierras. La relevancia del tema radica en que dichos grupos representan la semilla y raíz, en definitiva, de las clases dominantes, las estructuras de poder y los modos de dominio en América Latina. Indicador del sello conservador que asume el camino de estos grupos locales hacia el poder político es el dubitativo y zigzagueante curso inicial de las luchas de independencia, así como los términos de su resolución, que los coloca al frente del orden nacional emergente.

3. Titubeantes inicios: la pugna de las élites

Ciertamente menos invocado, es preciso recuperar el hecho que en los titubeantes inicios de lo que será la rebelión independentista, y mientras la mayoría de los grupos locales de poder conservan aún cierta lealtad hacia la Corona, los grupos rebeldes conservan el marco de legitimación del dominio colonial, por lo que la pugna se expresa dentro de las instancias formales del poder colonial. De tal modo, lo que se impugna no es el *yugo colonial*, sino otra cosa.

La reorganización borbónica es un intento absolutista de centralizar el poder a través de la constitución de una burocracia que responda enteramente al monarca, superando la anterior administración colonial que cargaba con la adaptación de importantes antecedentes medievales, los que habían permitido la construcción de delicados equilibrios de poder con unos acrecidos intereses locales. Por tanto, la primera reacción de estos grupos criollos es, como tal, ante la construcción de una burocracia que, como tal, se proyectaba como un importante antecedente en la formación del Estado. Tal rasgo se reiterará a lo largo de la historia latinoamericana, ya no sólo tornando conflictiva y *anárquica* la forja del Estado nacional tras las pugnas de independencia, sino en el curso siguiente, hasta la historia inmediata, bajo la forma de unos poderes extrainstitucionales, *fácticos*, que resistirán, limitándola, la construcción de un poder político centralizado, impersonal y suficientemente racional cuya formación significa la constitución de un único poder coactivo *legítimo* y, como contraparte, la destrucción de estructuras coactivas

particulares.

Aunque con la *crisis de independencia* estallan tensiones largamente acumuladas, en inicio no apuntan siquiera vagamente al lazo con la Corona. Al contrario, tensionados mutuamente, criollos y peninsulares se disputan la *verdadera lealtad* hacia ésta ¹⁴. Mientras las élites peninsulares alegan que los americanos sólo esperan la ruina militar de la España antinapoleónica para conquistar la independencia, las élites criollas aducen que aquellos se adelantan a esa ruina buscando asegurar las *Indias* a una futura España adosada al sistema francés. Y si bien ambas acusaciones aparecen algo artificiosas, en todo caso son los peninsulares quienes dan los primeros golpes a la organización administrativa colonial. Luego, siguiendo prácticamente los mismos pasos -recogidos vastamente ¹⁵ - los movimientos criollos reiterarán sustancialmente el mismo esquema de los antes dirigidos por peninsulares. Desde México hasta Santiago y Buenos Aires se reiteran unas luchas de facciones que, a punta de destituciones, golpes de mano, intempestivos giros en las alianzas, pugnas entre los grandes cuerpos administrativos, intentos de formalizar institucionalmente de fuerzas de ocasión, así como de conferir legitimidad institucional a las soluciones de fuerza que se imponen, se esmeran a fin de cuentas en expresarse dentro de la institucionalidad colonial.

Estos episodios plagados de intrigas preparan la rebelión, puesto que, más allá de la común veneración declarada por el rey cautivo, es cada vez más claro el agotamiento de la centenaria organización colonial. Por lo avanzado de las circunstancias, un problema que se instala con fuerza es el de los términos en que se producirá una ya obligada redefinición de las relaciones con la metrópoli. Pero acaso otro que lo hace aún con más

¹⁴ A guisa de ilustración del grado que estas muestras de fidelidad de ciertos grupos criollos alcanzan, Flores Galindo apunta, respecto de la aristocracia limeña, que *no se trató sólo de reafirmar la unidad esencial entre España y América; la reiteración de esta convicción fue acompañada con sólidos aportes a la Corona o al Virrey que permitieron organizar expediciones punitivas contra los rebeldes, armar ejércitos, acondicionar navíos, todo ello para intentar detener vanamente los avances patriotas*. Véase Flores Galindo, Alberto, *La ciudad sumergida. Aristocracia y plebe en Lima, 1760-1830*, 2a. ed, Ed. Horizonte, Lima, 1991, pp.165-167. Y este caso no es excepcional. La conducta del *mantuanaje*, la aristocracia criolla de Caracas, en contra del *bestiario de la insurrección*, no dista mucho de aquél. Malavé Mata se adentra en las razones de ello: *Cualquier tentativa revolucionaria contra el orden erigido no podía progresar sin enfrentarse a la más reacia oposición de los mantuanos como clase que detentaba los privilegios auspiciados por el poder español. Aunque persistían con el mismo vigor las contradicciones de intereses entre los grandes propietarios y la Corona, el sistema siempre congregaba a la clase dominante y al gobierno de la Colonia en actitud que abroquelaba su conservación frente a las alternativas de subversión popular*. Véase Malavé Mata, Héctor, *Formación histórica del antidesarrollo de Venezuela*, Ed. Casa de las Américas, Premio Ensayo 1974, La Habana, 1974, pp. 79-80. Ahondando en esto, Malavé recurre al historiador Brito Figueroa: *La posición de la oligarquía caraqueña es un elemento más para comprender los intereses de clase en juego. Los terratenientes, lesionados en sus intereses por la dominación colonial, aspiraban a liberarse, pero estaban más cerca de la condición de clase de los dominadores extranjeros que de las categorías sociales oprimidas. Conspiraban secretamente por la independencia, pero dirigida por ellos, limitada a sus intereses, y no por gente baja y servil, que por su propio origen conducirían la lucha hasta una tormenta que podía lesionar la base material del orden: la institución de la esclavitud, la servidumbre y la propiedad de la tierra*; en Brito Figueroa, Federico, *Ensayos de historia social venezolana*, Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Caracas, Caracas, 1960, p. 199.

¹⁵ Un desarrollo detallado de este curso puede verse en Lynch, John, *op. cit.* Una descarnada síntesis, en esta misma línea, se encuentra en Halperín, *op. cit.*, pp. 91-94.

fuerza es la redefinición del lugar de los peninsulares en las colonias, frente al cual los procesos independentistas registran un inicio común como tentativas de los sectores criollos de las oligarquías urbanas por reemplazarlos en el poder político¹⁶. Aunque, todavía en estos tiempos prerrevolucionarios, allí donde la disputa entre las elites blancas criollas y peninsulares lleva a un palmario ascenso de sectores indígenas, negros y mestizos, como ocurre en el caso de México y las Antillas, especialmente en Haití, por el peligro que ello representa por igual para ambos grupos, las cosas llevan rápidamente a la formación de una oposición conjunta entre esos peninsulares y criollos blancos.

Así pues, inicialmente no se cuestiona el orden monárquico ni la *unidad imperial*, por lo que los rebeldes no son ni se asumen como revolucionarios, sino más bien como herederos de un poder caído. Es más, a pesar de vacilante, resultaba políticamente más renovador el empeño de reorganización borbónica si se le compara con los objetivos de estos rebeldes iniciales. En este sentido, el inicio del proceso independentista parece más una pugna por un nuevo *pacto colonial*, que conceda a los productores locales un acceso menos limitado al mercado internacional y una parte menos reducida del precio allí pagado por sus productos, que una perspectiva de ruptura con dicho *yugo colonial*. Para los sectores de más peso, sobre todo para los productores, la libertad no es mucho más que una libertad para comerciar. Incluso esa autonomía mercantil resulta relativa al resignarse al marco de una alianza desigual con potencias europeas.

No es de extrañar entonces que, a pesar de la insistencia con que se suele destacar la influencia de una renovación ideológica de signo iluminista en las élites criollas, anidada en los orígenes de los procesos independentistas, ésta no resulte de mayor incidencia histórica. Por lo demás, a parte de una gravitación muy acotada, tales ideas adoptan en América Latina un contenido político no necesariamente revolucionario. Los grupos potencialmente revolucionarios no adquieren mayor peso en el curso de este proceso, como tampoco en la serie de luchas que se agolpan a fines del siglo XVIII ante la reorganización borbónica, las que además tienen poca solución de continuidad con las luchas independentistas. Empero, un recuento histórico que reifica el desarrollo de las ideas y las figuras más liberales, y las maneja como factores en sí mismos, orientado en definitiva a la forja de los *mitos fundacionales*, nubla la comprensión de las correlaciones de fuerzas efectivamente imperantes en estos procesos independentistas y el sentido conservador en que estas empujan, y con eso distorsiona el escaso poder real de dichas ideologías, asumidas en su connotación revolucionaria original.

¹⁶ Un acontecimiento expresivo del peso de los poderes locales así como de su opción por la Corona, ya a poco tiempo de la independencia, es la centralidad que revisten en la resistencia y recuperación para aquella de la capital del virreinato del Río de la Plata de manos de sus temporales conquistadores ingleses en 1806 y 1807. Restituida Buenos Aires a la Corona por la acción de milicias locales, formadas en su mayoría por americanos, además de peninsulares, se recupera la legalidad, aun cuando el régimen colonial está deshecho. De tal suerte, son las milicias las que hacen la ley. El virrey que huyó frente al invasor es declarado incapaz y la Audiencia tiene que inclinarse también ante su voluntad.

4. Un curso indeseado pero inevitable: la expansión social del conflicto

Es en la medida en que la rebelión inicial de las élites criollas urbanas no logra un éxito inmediato que se requiere ampliar progresivamente el conflicto, impulsando con fuerza el reclutamiento entre la plebe y las castas. Y es sólo recién con esta apelación de las élites criollas a las masas populares que la pugna adquiere el carácter de guerra civil. Entonces se impugna el dominio colonial como tal y se integran al conflicto otras contradicciones acumuladas por siglos. El proceso de independencia se transforma ahí en un complejo conjunto de guerras en las que se expresan las tensiones raciales, regionales, grupales, por largo tiempo contenidas. Ciertamente es que esta cuestión opera en diversos grados según regiones y que marca con ello los distintos cursos de la epopeya independentista y luego los de formación nacional. Pero en todas partes avanza lo suficiente como para imposibilitar la clausura de la lucha como un mero conflicto entre las élites del orden colonial. La idea de libertad pasa a erigirse recién entonces en el principio legitimador de la lucha criolla. Pero aun así, a diferencia del ideal burgués, se trata aquí solamente de libertad frente a la metrópoli.

Ciertamente es que, en aquél sacudido año de 1810, había razones para que un supuesto ideario independentista maduro prefiriese ocultarse en vez de manifestarse pues, además de una tradición de lealismo monárquico a la que menudo se le atribuye un fuerte peso entre las masas populares (cuya exageración no explica cómo es que bastan algunos años de revuelta para hacerla desaparecer), pesa una coyuntura internacional que obliga

a contar con la anuencia inglesa. Sin embargo, en medio de la crisis del sistema político español, el pensamiento de los inconformistas iniciales parece ser auténticamente más fluctuante de lo que la socorrida tesis de la simulación quiere suponer¹⁷. Es que los protagonistas de las primeras sediciones no se sienten rebeldes, sino herederos de un poder caído, probablemente para siempre. Claro que los términos de resolución de la crisis abierta se dirimen en un curso en el que intervienen otras fuerzas, lo que lleva -como se consigna más adelante- a un resultado histórico más complejo. No obstante, esto resulta indicativo de las conductas y aspiraciones de estos grupos criollos en avanzado camino de constitución en clases dominantes, en particular de un carácter retardatario poco asimilable al patrón burgués -que se insiste en atribuírselo desde distintas perspectivas analíticas y políticas contemporáneas- que ello asume. No hay razón alguna para que disientan de ese patrimonio político-administrativo que ahora creen poder poner a servir para sus fines. De ahí que, estos insurgentes que no quieren serlo, convoquen a las instituciones jurídicas en su apoyo. El nuevo régimen aspira a ser heredero legítimo del viejo sistema. En casi todas partes las nuevas autoridades se esmeran en mostrar signos de esa legitimidad que tanto les interesa. Los inicios, que se dan sin violencia, tienen por centro al Cabildo (la institución del Cabildo Abierto -reunión de notables convocada por las autoridades municipales en las emergencias más graves- asegura la supremacía de las élites criollas sobre las peninsulares). Y son estos los que establecen las Juntas de Gobierno que reemplazan a los gobernantes designados desde la metrópoli, momentos o fechas que dan lugar a las conmemoraciones independentistas (en Caracas, Bogotá, Santiago de Chile, Buenos Aires). Así pues, se trata de una *revolución* tremendamente prudente en el cuidado de fundar sus actos en base a la vieja legitimidad -*revolución municipal* se le ha llamado en consideración a esto¹⁸ -, hecho que

¹⁷ Para el caso venezolano, que no constituye rareza frente a las demás situaciones coloniales, Malavé ahonda en este dilema de la élite criolla en los inicios del curso independentista: *Si deseaba la independencia para usufruirla en términos indivisibles, en principio debía domesticar las razones y los factores que amenazarán sus intereses de clase. Como tal anhelaba supeditar la emancipación a su indemnidad reaccionaria, a la invulnerabilidad de su privanza. Antes como entonces no podía aceptar la abolición de la esclavitud, ni el reparto de la tierra entre los indios, ni la supresión de los tributos indígenas. Nada, en suma, que disminuyera sus usufructos o menoscabara su poderío señorial. Mientras comprendía que la emancipación política podía transportar el peligro del derrumbamiento de sus exclusivismos y derechos, era todavía parte o aparentaba ser fiel sostenedora del régimen español, y en todo caso no quería aún la revolución sino de un modo que no destruyese sus privilegios oligárquicos*. Malavé, *op. cit.*, p. 88; la cita es de Gil Fortoul, José, *Historia constitucional de Venezuela*, Tomo I, 5a. ed, Librería Piñango, Caracas, 1967, p. 163. Y agrega respecto de las conductas y aspiraciones de estos grupos criollos: *Su falsa fidelidad* (a la Corona) consistía en pretender conservar su supremacía social, ampliando, con el amparo del poder político imperante en la colonia, la finitud temporal de su dominio. No significaba esto que su visión y su conducta hayan estado jamás signadas por una sicología inmanentista. En realidad esperaba el momento propicio para declarar y dirigir -irónicamente en nombre del pueblo subyugado- la independencia política respecto a la metrópoli (...) Si la coyuntura histórica era oportuna para una revolución, juzgaba la aristocracia nativa que esa revolución debía ser trivializada, despojada de sus objetivos radicales, rebajada a la categoría de un simple movimiento separatista, para así mantener las mismas relaciones estructurales de la sociedad y ganar la autonomía política para imponer su dominio cabal en la constitución del nuevo orden. Los mantuanos querían (...) no una revolución en el sentido de una transformación de toda la estructura colonial, sino un cambio de poder político, un cambio de formas y no de contenido, con el cual consagrar otro ordenamiento que rescatara del sistema precedente la validez de sus logros y prebendas. Malavé, *op. cit.*, pp. 91-92.

se corrobora en la proveniencia de la burocracia colonial de los primeros jefes del movimiento de emancipación.

Hasta aquí la revolución es un proceso muy limitado, casi reducido a la venganza de las élites criollas de las capitales por las postergaciones padecidas. Estas élites, herederas en definitiva de sus adversarios, si acaso están dispuestas a abrir a otros sectores alguna participación en el poder, no propugnan cambios de alguna hondura en las bases efectivas del poder político. Así pues, no parecen advertir hasta qué punto su propia acción ha comenzado a destruir el orden colonial que piensan heredar (no tanto en términos de orden social sino de distribución del poder entre las élites). Y por mucha que sea su habilidad para envolverse con el manto de la legalidad, aunque ello facilita el desafío a sus adversarios locales, no los doblega. Concientes de los propósitos de estas élites criollas, en todas partes, funcionarios, clérigos, militares peninsulares usan su poder para resistir un movimiento que saben tramado en su contra. Así, una pugna surgida en los sectores dirigentes, pronto cada bando procura extenderla como pueda, buscando sumar fuerzas fuera del estrecho círculo en que se ha originado con tal de obtener superioridad en la confrontación.

Las primeras formas de expansión de la lucha siguen también derroteros poco innovadores, dado que entre las nuevas autoridades criollas prima la búsqueda de una adhesión sin cuestionamientos entre aquellos sectores que les resultan socialmente subalternos. Aún así, la voluntad de ampliar socialmente las fuerzas de la sedición toma diversos rumbos, que van desde el recelo que ante tal posibilidad muestra la clase criolla dirigente, por ejemplo en zonas como Buenos Aires, hasta fogosas declaraciones de emancipación a los indígenas del añoso *tributo* y a los esclavos de su total igualdad, como es el caso del *Alto Perú* (lo que despierta suficiente inquietud en otros grupos criollos como para identificarse con el bando opuesto), pasando por el forzado reclutamiento de peones, capitaneado por los grandes propietarios y hasta comerciantes. En la *Banda Oriental* Artigas, el *Protector de los Pueblos Libres*, impulsa un radical alzamiento rural que transgrede las viejas divisiones sociales, ya de por sí debilitadas, ganándose la hostil oposición de unas élites criollas bonaerenses claramente más apegadas al anterior ordenamiento social. De este modo, a poco andar ya decae en casi todos lados el marco inicial de una suerte de *revolución municipal*. Una lucha de facciones, apenas atenuada por la imperiosa necesidad de coordinación que plantean las contraofensivas peninsulares, deshace la unidad inicial de los movimientos criollos producto de dilemas como el recién anotado.

El debilitamiento temporal de las tendencias criollas más conservadoras en esta segunda etapa del curso independentista, ocurre a manos del ascenso de grupos y líderes más radicales (entre los que figuran varios seguidores de Miranda), en los cuales se representan igualmente algunas grandes familias, las más de las veces capitalinas, aunque no por ello menos ricas en tierras. Pero más pronto que tarde estos grupos y líderes serán aplastados por los sectores criollos conservadores. Es el caso de Carrera en la zona central de Chile, de Artigas en la *Banda Oriental*, del propio Miranda en Caracas o Nariño en *Nueva Granada*, entre otros. A pesar de unos cursos históricos muy

¹⁸ Halperín en referencia al movimiento de Buenos Aires. Halperín, *op. cit.*, p. 104.

variados en cuanto a sus formas, que cobijan la alternancia entre criollos radicales y conservadores, e incluso entre éstos y los peninsulares que a ratos retoman el control, lo cierto es que, de una u otra forma, los desenlaces acaban siendo iguales, esto es, además de la consabida retirada definitiva de los peninsulares, esta la más significativa derrota de los criollos más radicales y la imposición de aquellos sectores que sientan las bases de un orden conservador. Empero, serán las epopeyas que protagonizan muchos de estos grupos radicales las que, luego de afianzadas en el poder las fracciones conservadoras, servirán de material para forjar el patriotismo del nuevo ideario nacional (aunque a veces ni siquiera eso permitirá recuperarlos plenamente, como ocurre con los hermanos Carrera en Chile, o con Miranda en Venezuela, éste último siempre odiado por los aristocráticos *mantuanos* de Caracas).

En una primera etapa, sólo en Venezuela y en algunas zonas marginales del Río de la Plata se da una movilización popular en un grado capaz de desbordar el marco institucional preexistente. Pero sus efectos son suficientemente alarmantes para los dirigentes políticos, tanto criollos conservadores como realistas propiamente tales. En situaciones más extremas, la disciplina social parece en peligro de disolución, y las persecuciones tanto contra las élites *realistas* como *patriotas*, muestra el riesgo de que el conflicto devenga en una guerra de los pobres contra los ricos.

La imposibilidad de resolver claramente la correlación de fuerzas a favor de alguno de los bandos en pugna obliga, incluso hasta a los más prudentes jefes *realistas* y *patriotas*, a una opción cuyo futuro les plantea una alarma cierta. Tienen que formar ejércitos cada vez más grandes, en los que las élites sólo proporcionan la oficialidad. Eso significa armar a una masa creciente de soldados reclutados entre la plebe y las castas. Se origina así el proceso de construcción de un hombre-armado que, sobre todo en sectores de la oficialidad intermedia, las clases *altas* tendrán que mantener de ahora en adelante pasablemente satisfechos, lo que implica una tolerancia hasta entonces impensada en términos no sólo del ascenso militar sino también social. Ello tanto en el ejército *realista* como en los ejércitos *patriotas*. Es pues el caso de generales mestizos como Castilla, Santa Cruz, Gamarra en Perú y Bolivia, cuyo ascenso se iniciara en las filas realistas.

Tanto entre las filas realistas como independentistas la plebe y las castas quieren tener su parte en la victoria y, en tal sentido, es claro que no tienen las mismas razones que las oligarquías locales ni la oficialidad metropolitana para querer moderar sus consecuencias y limitar su impacto transformador. El camino de conversión de esta lucha en un proceso que interesa a otros grupos sociales, más allá de las élites criollas y peninsulares, avanza de un modo distinto según las regiones del viejo imperio colonial, desde una situación más aguda en Venezuela hasta una mínima en *Nueva Granada*, pasando por otras menos extremas como la del Río de la Plata que, aunque menos que Venezuela, sí más alterada que Chile por este fenómeno. Sin embargo, lo cierto es que avanza en todas partes lo suficiente como para hacer imposible cualquier intento por clausurar todo el episodio como una deplorable rencilla interna de las élites del orden colonial.

Tras una pasajera *reconquista* española, las élites criollas comprenden que las empresas militares que siguen no se reducirán a focos aislados. Sus jefes que descubren

con alarma lo que significa lanzar una revolución, muestran una tendencia no desdeñable a quedarse en el camino, dilema este que a menudo soslaya el recuento atosigado de mitos *patrióticos*. Las nuevas campañas militares ya no serán víctimas de aquél zigzaguo inicial entre revolución y lealismo, que creyeron hábil y se reveló suicida, pero tampoco consistirán en un lanzamiento desordenado de la plebe sumisa para que, a manera de alud, derribe los muros del *intruso yugo colonial*. Las élites criollas comprenden que se ha abierto un proceso más complejo, marcado por una guerra en regla en la que las soluciones políticas se subordinan a las militares. Lo que no significa que los grupos conservadores vayan a ver desvanecerse su decisiva influencia sobre el curso del proceso. Por el contrario, son más bien las ya mencionadas figuras radicales, e incluso los más grandes jefes militares revolucionarios, quienes pierden gravitación a manos de dichos grupos conservadores. Dada la pesada distorsión que pesa sobre este problema, a manos de unos *mitos fundacionales* que precisamente esos grupos conservadores habrán de forjar, y cuya propagación alcanza nuestros días, valga anotar, aunque sea apretadamente, algunos ejemplos significativos de ello a guisa de ilustración.

En el caso rioplatense el tono del proceso resulta, ya hacia mediados de la década de 1810, claramente más conservador. Ya entonces los miembros del congreso independiente prefieren el tradicional término de *señores* para referirse a sus colegas, que el más republicano de *ciudadanos* que emplearan en sus inicios. Pero acaso la mejor expresión de su rumbo conservador estriba en la hostilidad del régimen de Pueyrredón, y con ello de la élite criolla de Buenos Aires a la impronta artiguista, lo que los lleva incluso a consentir un avance colonialista portugués sobre la *Banda Oriental*. Por lo demás, el débil apoyo de la élite criolla porteña a las campañas de San Martín, que pasando por Chile con su *ejército de los Andes* apuntan hacia la Lima virreinal, muestra lo poco que éstas siguen ya en la segunda mitad de esa todavía convulsa década compartiendo los ideales anticolonialistas como centro articulador de sus preocupaciones y, en cambio, la distribución del poder entre los diferentes grupos locales al interior de la nueva situación *emancipada* consume sus atenciones y aviva ya las tensiones entre *federalistas* y *centralistas*. Y eso que el propio San Martín no es precisamente un liberal. Creado a su llegada a Lima un gobierno del Perú independiente, con San Martín mismo como *Protector*, el nuevo estado peruano resulta marcadamente conservador y continuador de la hostilidad al radicalismo político que prima desde la segunda mitad de la década de 1810. Más allá de la controversia sobre si en San Martín la monarquía es o no una convicción honrada y ajena a un interés personal, lo trascendente es el carácter de las élites limeñas que éste encuentra, las que en buena medida gobernarán el Perú independiente. El *Protector* se topa con una aristocracia con heráldicos pergaminos y refinamientos de cortes, integrada por un duque, cincuenta y siete marqueses, cuarenta y cinco condes, un vizconde y ciento ochenta y nueve caballeros cruzados de diversas órdenes. No es tal un terreno abonado para la forma republicana. En efecto, sólo siete títulos de Castilla y dieciséis caballeros de hábito firmaron el Acta de Independencia, ello por lo demás en la idea de conservar sus rancieros papelorios y contajos¹⁹. Se trata pues de un conservadurismo que no sólo refleja las ideas del *Protector del Perú*, sino que además busca ganar el apoyo de la aristocracia limeña, tanto para consolidar el nuevo orden como para proseguir su campaña *emancipadora* en la sierra, empresa ésta última en la que, al igual que sucedió con el *olvido* de las élites criollas bonaerenses, sufre

también el de sus homólogas limeñas por similares razones.

Lo de Bolívar, en la *Campaña del Norte*, ciertamente es distinto. Aunque, como se sabe, pese a las orientaciones y aspiraciones de su líder, su desenlace a fin de cuentas es similar. Acaban primando las disputas de poder entre los grupos locales, y entre éstos, la balanza se inclina hacia los más conservadores. Y si bien, a diferencia de San Martín, Bolívar es un decidido republicano que entiende a la nueva autoridad guiada por la virtud, concibe, sin embargo, una república autoritaria. Ciertamente que *su maestro lejano fue Rousseau*²⁰, a través de un seguidor suyo como Simón Rodríguez, y luego su formación sigue a manos de un más moderado Andrés Bello, pero Bolívar no promueve necesariamente una revolución liberal. Claro que el carácter de este proceso no está determinado sólo por la vocación, sino sobre todo por las necesidades políticas que plantean los persistentes, y a menudo exitosos, empeños de las élites criollas urbanas por conquistar mayor gravitación política, en una dirección no precisamente liberal ni abocada a profundizar o extender el esfuerzo emancipador. Una vez que la causa patriota es marginada por la pugna venezolana, sólo puede afianzarse allí rompiendo sus nexos con los *mantuanos* de Caracas, apoyándose más decididamente en una masa popular cuya organización, a falta de otras expresiones y desarrollos, tiene que ser esencialmente militar. Y por más que Bolívar logra extender su sueño de la *Gran Colombia* hasta Guayaquil, e incluso su influencia hasta Potosí, su más segura base de poder sigue estando en su Venezuela y en sus jefes guerrilleros devenidos en sendos generales.

La labor de Santander, que por orientación del *Libertador* sigue hacia el Perú a orquestar una organización política más centralista, así como a impulsar cierta modernización social, se entrapa ante la oposición de los grupos favorecidos por el viejo orden y apoyados por la Iglesia. Los propietarios de esclavos no simpatizan con la emancipación de su cautiva fuerza de trabajo que anuncia el programa de la nueva república, mientras que grandes mercaderes y pequeños artesanos aúnan fuerzas en contra de una idea de libre comercio que los abandona ante el insuperable poderío económico británico. En tales condiciones, el empeño de imponer una idea de progreso que cuenta con el rechazo de los más influyentes grupos de poder locales está destinada al fracaso. Muy pronto esa reticencia se expresa bajo la forma de tendencias localistas que se enfrentan a la pretensión centralista de esta política. En 1823, con Bolívar ya en Perú, se proclama una constitución notoriamente liberal que nunca será aplicada. La conservadora élite criolla limeña ha soportado ya varias fórmulas, todas repulsivas para ella, y a inicios de 1824 parece clara su añoranza por el debilitado antiguo régimen, que le resulta más blando y permisivo que el dominio militar colombiano que sustituye al chileno-argentino²¹. Al final, como se ha afirmado y hasta novelado magníficamente²²,

¹⁹ Y así fue. San Martín mantiene los títulos, alterando sólo algunas denominaciones, como la del marqués de Torre Tagle, a quien convirtió en marqués de Trujillo. Creó la orden del Sol y autorizó el funcionamiento de la *Sociedad Patriótica*, donde muchos de sus personajes abogan por la monarquía como forma de gobierno para el Perú. Palma, Ricardo, *Tradiciones peruanas*, Ediciones Huracán, La Habana, 1971, Tomo II, p. 550 y sgtes.

²⁰ En estos términos lo encuadra una reconocida biografía. Véase Frank, Waldo, *Bolívar. El nacimiento de un mundo*, Ediciones Huracán, Editorial de Arte y Literatura, 2a. ed, La Habana, 1974, Tomo I, p. 43.

desde adversarios reconocidos hasta no pocos seguidores, se entienden para deshacerse del *Libertador*, figura que, por cierto, esos mismos intereses encumbran pronto como uno de los más socorridos *mitos fundacionales* de los sistemas nacionales en que resulta cercenado su sueño de la *Gran Colombia*, elevándose en una inemulable cantidad de estatuas e instituciones y políticas signadas bajo su nombre hasta muy adentrado el siglo siguiente, aun cuando en realidad éste acaba sus días abandonado y traicionado, declarando con despecho -como famosamente se conoce- que *el que sirve a una revolución labra en el mar*.

Es en México donde, ya en la segunda década del siglo XIX, las cosas son distintas. Aquí, debido a sus extremos, muchas de las características anotadas sobre el proceso de la independencia latinoamericana son más visibles, tanto en los rasgos de la movilización popular como en la conducta de otros sectores sociales. La vieja tarea de la comprensión social de los procesos políticos, que desde Aristóteles, pasando por Montesquieu y, más tarde, por Marx y Weber, progresa sobre la historia centralmente occidental, pero que por estos lares no puede hacerlo de idéntica forma -insistimos al inicio de estas páginas- sin dar cuenta de la especificidad de la formación histórica de América Latina (a la que, en este caso, intentamos acercarnos desde la perspectiva de sus estructuras y modos del poder), encuentra pues en el caso mexicano una experiencia paradigmática en este sentido.

A los prototipos europeos o norteamericanos hay que añadir los nuestros y, en vez de unos jacobinos y girondinos de las barricadas de París, hay que pensar en *pipiolos* y *pelucones*, *unitarios* y *federales*, *insurgentes* mexicanos o esclavos rebeldes de Haití. Si en el sur la iniciativa de los procesos independentistas corresponde a las élites urbanas criollas, en el *Reino de Nueva España* éste comienza siendo una protesta indígena y mestiza en la que, luego, la nación independiente tardara décadas en reconocer su propio origen. Son peones rurales y de las minas los que junto a las fuerzas rebeldes ocupan Guanajuato, donde la toma de la Alhóndiga de Granaditas -el granero público en que, a guisa de fuerte, se concentra la resistencia unida de los soldados del rey, los notables peninsulares y criollos de la ciudad- y el posterior saqueo de la ciudad por las masas enardecidas, distancian del movimiento a los criollos ricos. Este hecho, que se ha comparado con la toma de la Bastilla en el París revolucionario, vale la pena considerarlo

²¹ Véase López Soria, *op. cit.*, pp. 100-105. Al respecto, puede consultarse igualmente a Espinoza Soriano, Waldemar, *La sociedad colonial y republicana (siglos XVI a XIX)*, también editada en Flores Galindo, *et. al, Nueva Historia General del Perú*, *op. cit.*, pp. 224-228. Ambos estudios forman parte de un fructífero empeño de reinterpretación histórica que, en las décadas más recientes, se abre paso en Perú en confrontación con la *historia tradicional*.

²² Tal desenlace de Bolívar puede consultarse en múltiples biografías y ensayos históricos. En términos de la novela, precisamente centrada en esta etapa, me refiero a la obra de Gabriel García Márquez *El general en su laberinto*, de diversas ediciones. No obstante, todo esto no ha sido suficiente para contrarrestar los mitos que la difundida visión conservadora ha sembrado, donde Bolívar aparece como responsable y guía, intelectual e incluso práctico, del curso que sigue la fundación de muchas naciones latinoamericanas. Escandalizado por tan inescrupulosa versión histórica, un reconocido biógrafo como Emil Ludwig declara con estupor en la presentación de su obra sobre quien considera como el *nuevo Don Quijote: ¡Qué poco se sabe de Bolívar en este continente!* Lo que, a vistas del análisis que venimos siguiendo, no debiese sorprender. Véase Ludwig, Emil, *Bolívar*, Editorial juventud, Barcelona, 1983.

en el sentido aludido ²³. Son los indígenas y mestizos que, bajo la bandera de la Virgen de Guadalupe, siguen a Hidalgo, un ilustrado cura rural, y siguen avanzando sobre Querétaro, San Luis Potosí y Guadalajara, hasta ser detenidos cuando se aproximan a la ciudad de México. No obstante, incluso una sublevación claramente popular, como el levantamiento del padre Hidalgo, no es excepción en términos de la lealtad inicial a la Corona. En efecto, su irredento *grito de Dolores* va de la mano de la mano de un *¡Viva Fernando VII! ¡Abajo el mal gobierno!*, que ubica su movimiento en la idea de defender *nuestra religión, nuestro rey, nuestra libertad, nuestras costumbres...* Una vez recuperada la hebra de la lucha emancipadora, esta vez en el sur, y tras Morelos, otro *cura agrarista* y arriero, y un programa que incluye la independencia, la supresión de las diferencias de casta y la división de la gran propiedad (incluidas las tierras eclesiásticas), bajo una perspectiva más radical de transformación social, es de nuevo con los sectores populares que prosigue la lucha. A lo que se debe que los criollos ricos opten de modo cada vez más claro por el frente realista, e intervengan decididamente en el sofocamiento del alzamiento rural. Tanto en la primera como la segunda experiencia, la movilización súbita de las masas indígenas produce enorme violencia y represión, y en suma, la anulación del movimiento independentista por más de una década, ante el repliegue de unas atemorizadas *clases altas* que optan por no mover esas aguas.

Es sobre la base del aplastamiento de la sublevación rural que surge y se proyecta el grupo criollo que encabeza una independencia capaz de abrir un nuevo orden más moderado ²⁴, capaz de conservar los rasgos fundamentales de las jerarquías sociales, enrielandó así al México *independiente* en el canon de independencia que se impone en el resto de América Latina. Son estas condiciones las que constituyen las bases de la alternativa *patriótica* de unos criollos más hostiles a la revolución que adictos a la metrópoli, al frente de la cual se ubica Agustín Iturbide, un criollo militar y terrateniente que, precisamente, hiciera rápida carrera en las filas realistas por sus victorias en la lucha contra Morelos ²⁵. Y es de consignar que, todavía a estas alturas del curso emancipador, bajo el dominio conservador de Iturbide se profesa una cautelosa lealtad al rey como principio de legitimación del ejercicio del poder. En efecto, en 1821 el *Plan de Iguala* firmado por éste, si bien proclama *la independencia absoluta de este reino*, en unos

²³ Para una imagen fresca de este episodio, entre la abundante bibliografía existente destaca el relato de un escritor y político liberal de la época, José María Mora, *Los insurgentes mexicanos*, original de 1832, editado por Torcuato Di Tella en *Estado y Sociedad en América Latina*, op. cit.

²⁴ Derrotero cuyo parecido con el curso y desenlace de la revolución mexicana de principios del siglo XX es notable. Precisamente, a partir de estas experiencias, François Chevalier discurre sobre la naturaleza de las crisis políticas en América Latina, diferenciándolas entre revueltas elitistas y levantamientos en que *los de abajo* se constituyen en actores gravitantes, así como las formas en que transcurre el paso de unas a otras y sus formas de resolución predominantemente conservadoras. Véase Chevalier, François, *América Latina. De la independencia a nuestros días*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1999, capt. XI.

²⁵ Al respecto puede consultarse la reconocida interpretación de Luis Villoro, en la *La revolución de independencia*, contenida en la ya clásica *Historia General de México* que dirigiera Daniel Cosío Villegas, recientemente actualizada en una *Versión 2000*. Véase Cosío Villegas, Daniel, *Historia General de México*, Versión 2000, El Colegio de México, México D. F., 2000; sobre el tema en cuestión véase pp. 509-516.

pocos párrafos más se apura en llenar de ambigüedad tal osadía con una fórmula que raya en el ridículo, a saber, que *si Fernando VII no se decide a venir a México, la junta o la regencia ejercerá el poder en nombre de la nación mientras se escoge la cabeza que habrá de ser coronada*²⁶. Es sólo recién hasta la Constitución de 1824 que desaparece la vieja fuente formal de legitimidad y se proclama *para la nación la forma republicana representativa popular federal*²⁷.

²⁶ Véase Tena Ramírez, F, *Las leyes fundamentales de México, 1808-1957*, Ed. Porrúa, México D. F, 1957, pp. 114-115, citado en Chevalier, *op. cit.*, p. 507.

²⁷ Tena, *op. cit.*, p. 168.

5. La *anárquica* constitución de las estructuras nacionales de poder oligárquico

Pero no bien culminadas estas llamadas *revoluciones de independencia*, aparece aquí un problema cuyas formas históricas de solución resultarán determinantes en la posterior formación del orden nacional. Para las élites criollas, la incorporación de las masas al conflicto independentista se convierte rápidamente en una amenaza de disolución de la disciplina social, por lo que, entre otras cosas, se ven requeridas de producir aceleradamente todo un cuerpo de oficiales. Este es un problema que se origina en esta etapa y que se proyecta sostenidamente, con una intensidad variable según regiones, durante el *anárquico* período que sigue al triunfo de la causa emancipadora, dado el arraigo que alcanza en estos grupos locales de poder la opción de recurrir a las masas para dirimir las pugnas interoligárquicas. Ante los problemas de control social que esto trae consigo, una forma de manejo que las élites criollas instalan crecientemente en casi toda América Latina, es la subordinación de las soluciones políticas a las militares. El ejército se proyecta así como elemento central del poder político, y en cierto modo en la formación de una burocracia.

La ruptura colonial, y sobre todo la organización nacional, plantea a estos grupos locales de poder la necesidad de la formación de una capacidad para articular un sistema de control político y económico. El dispar proceso de formación colonial de dichos grupos

ahora cobra incidencia en la variedad de formas y resultados que arrojan los esfuerzos de resolución de este problema. Como han enfatizado Cardoso y Faletto²⁸, la formación nacional les plantea el desafío de mantener un control local del sistema productivo exportador heredado, así como articular un sistema de alianzas entre los grupos económicos y sociales de las antiguas colonias que asegure la nueva vinculación exterior y un control interno capaz de procurar estabilidad y de devenir en expresión política del dominio económico del sector exportador. Los grupos que controlan los sectores productivo-exportadores tienen entonces que redefinir sus relaciones político-económicas: el vínculo externo hacia los nuevos centros hegemónicos, y las alianzas con aquellas oligarquías no integradas al sistema exportador.

Empero la resolución de estos problemas, decisiva para la configuración de la nueva vida independiente, no transita en la gran mayoría de los noveles países latinoamericanos por una senda jurídico-política, sino por cruentos conflictos que se prolongan hasta la mitad del siglo XIX, e incluso más allá en varios casos. Es que, ¿cuánto ha cambiado el panorama del pasado colonial en esta realidad ahora *independiente*? Valga recapitular un poco. Si los movimientos de independencia latinoamericanos tienen como finalidad acabar con el monopolio metropolitano de la toma de decisiones económicas, por lo que representan una lucha por la libertad económica -y nadie puede negar que esto es lo que lograron- empero, es una simplificación afirmar que ésa era la meta principal de los primeros insurgentes. De hecho, la aceptación de esta generalización ha oscurecido la interpretación de las décadas posteriores a la independencia. Es más preciso señalar que gran parte de la élite colonial espera seguir siendo leal a la España en guerra, disfrutando a la vez del derecho de comerciar directamente con toda Europa y Estados Unidos. No desea echar abajo la sociedad sino más bien ampliar un poco el acceso y el disfrute de las posiciones del lucrativo monopolio. En inicios es una libertad bajo tutela política colonial. El conflicto abierto sobreviene cuando la intratabilidad y negativa real respecto a la cuestión clave del comercio directo es respaldada por el empleo de la fuerza militar contra los reformadores. De ahí la apelación a las masas por parte de los grupos de poder locales.

De este modo se explica el escaso grado de cambio que en términos de sistema social y económico significa la independencia. Incluso visto desde el ángulo de la gran mayoría de la sociedad, no hay mayor cambio en el sistema político. Más allá del ascenso de las nuevas cúpulas militares y el espacio que se abren dentro de las viejas élites, así como del peso del factor militar en la resolución de pugnas de poder y en el control social, no hay mayores alteraciones en el paisaje que viene de la colonia. Claro que, las oligarquías evolucionan aceleradamente en estas etapas de independencia y *anarquía*. Su vinculación al mundo exterior se acelera, así como el desarrollo de unos grupos oligárquicos en base a su predominio sobre otros, y en la formación de alianzas a partir de la distribución de esferas de poder según resultan tales *anárquicas* mediciones de fuerzas. De ahí las tensiones entre la sierra y la costa peruanas, entre las oligarquías guayaquileñas y quiteñas en Ecuador, las cruentas guerras de los *llaneros* venezolanos, o las sonadas pugnas entre *federalistas* y *centralistas* en los países de mayor extensión

²⁸ Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo, *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*, 13a. ed., Ed Siglo XXI, México D.F., 1977.

territorial. Las nuevas capitales nacionales, generalmente ejes de la red económica colonial, buscan mantener su posición monopolista en el comercio nacional e internacional. Pero las regiones, muchas de las cuales se desarrollan en el siglo XVIII, prefieren la autonomía económica regional. Esta es la razón por la que frecuentemente se hacen *federalistas* unos y *centralistas* otros, es decir, las conveniencias y alianzas determinan más que los *corpus* ideológicos a los que, importados como son, se recurre más para intentar afirmar sus luchas de poder sobre un fundamento racional legitimado. En México, Guadalajara ataca al eje colonial Ciudad de México-Veracruz. En Argentina, las provincias occidentales del interior se resisten a los ánimos expansionistas de Buenos Aires, apoyados por las *provincias del Litoral* y por Uruguay y Paraguay, antiguas divisiones del virreinato colonial.

De modo que, en lo poco memorable que resulta la forja de la unidad nacional estriba la razón de que los grupos conservadores que encabezan el orden nacional oligárquico, apelen a la imagen y las hazañas de muchas figuras liberales que ellos mismos abatieron, para erigir los llamados *mitos fundadores*.

Es en las luchas entre estos grupos locales de poder -la llamada *anarquía*-, en sus marchas y contramarchas que, en tanto procesos de formación de una estructura nacional de poder, se definen esas alianzas, se perfilan los mercados nacionales y se delinean los límites territoriales del control de los grupos hegemónicos. Y es precisamente en este agudo proceso de pugnas interoligárquicas en que, a través de factores como su drasticidad, del nivel que alcanza la incorporación de las masas al conflicto, de la capacidad que despliegan uno o más grupos para imponerse sobre los demás, que se definen los distintos cursos nacionales que suceden al derruido imperio colonial. De ahí que esta etapa inaugura las historias nacionales, dificultando de paso las generalizaciones en América Latina como se hicieron para el período anterior. Los levantamientos que rompieron el molde colonial, introdujeron a América Latina en la era de las historias nacionales. Unos de mayor prolongación de esta *anárquica* fase, como es el caso de Colombia o México, en donde dicha dilatación y el grado de involucramiento de las masas da origen a una verdadera *cultura de la violencia*. Otros, en los que su resolución es más pronta, como el caso de Chile, de rápido enriamiento social tras la temprana formación de un *orden portaliano*, bajo el control de las fracciones oligárquicas que raudamente se imponen en las pugnas entre los grupos criollos de poder.

De tal suerte, hacia 1825, una vez terminada la guerra de independencia, lo que se abre como ruptura de las estructuras coloniales es fundamentalmente una transformación de los sistemas mercantiles. En términos sociales, sin embargo, y a pesar de toda la revuelta producida, las cosas vuelven, más pronto o más tarde según regiones, a sus viejos cauces. De las ruinas del viejo orden se espera que surja un nuevo orden, pero éste tarda en aflorar. La socorrida explicación de la herencia de la guerra como causa central de esa inquietante demora, concretamente en términos de que al concluir la lucha no desaparece la gravitación del poder militar, en lo que se acusa la responsabilidad de las tendencias centrífugas y de la inestabilidad política, no sólo resulta insuficiente sino que ofrece una imagen deformada del problema. Claro, sostener que lo sucedido no es una genuina revolución social y que por ende la estructura social prosigue mayormente inalterada, no puede llevar al otro extremo de pensar que nada ha cambiado. Lo que

sucede, es que los cambios producidos anidan en una dirección distinta a la que difunden unas aristocracias tradicionales centradas en ensalzar la construcción de un *nuevo orden*, exagerando el grado de ruptura real con el pasado. Contrario a lo divulgado, la más visible de las novedades que exhibe el panorama poscolonial es la violencia. Prácticamente no hay sector de la vida latinoamericana que no haya sido sacudido por ella en uno u otro grado. Pero un cuadro del origen de ello no está completo si se reduce unilateralmente a los jefes militares, obviando a unas élites criollas que los convocan, primero a alzar a las masas en contra de la resistencia peninsular, y luego para devolver al redil a esas masas insurrectas, echando las bases de un peligroso juego de la violencia del cual ellas mismas no estarán a salvo. Como se ha dicho ya, en la medida en que la pugna inicial de las élites criollas urbanas no logra éxito inmediato, debió ampliarse progresivamente, mientras idéntico esfuerzo realizan quienes buscan aplastarla, y he aquí el origen de una violencia creciente, y también una creciente intensidad del conflicto, no ya en términos de drasticidad sino de involucramiento de mayores sectores de la sociedad en él.

En México, en Venezuela, en el Río de la Plata, más limitadamente en Chile o Colombia, la movilización militar va precedida de una movilización política realizada bajo demasiadas premuras como para disciplinar rigurosamente a quienes convoca a la lucha. La lucha de independencia, transformada en un complejo haz de guerras en las que hallan su expresión tensiones raciales, regionales, grupales demasiado tiempo reprimidas, desata una violencia popular anónima e incontrolable, invocada luego por las élites tanto criollas como peninsulares como única responsable de los excesos. Empero, como reacción, al lado de la violencia plebeya surge un nuevo estilo de acción de la élite criolla, y con ello el germen de un nuevo rasgo de la dominación que transforma su carácter, ahora más coercitivo, a saber, que en quince años de guerra saca de sí todo un cuerpo de oficiales, caudillos locales y jefes de milicias, que resultan un instrumento de poder para el sector que ha desencadenado la rebelión y que pugna con más fuerza por gobernarla. Aunque algunos grupos criollos se quejan de esta capa en ascenso, que rápidamente se hace un espacio en la estructura de poder emergente, no dejan de convocarla y emplearla en la represión de las disidencias, sean las de signo realista, pero luego predominantemente, sobre las que se dan del lado patriota; como es el caso de los ejércitos de Buenos Aires sobre la vecina y artiguista Santa Fe, o en la opción de las élites criollas mexicanas por el militarismo de Santa Anna.

Esa violencia llega a dominar la vida cotidiana, y los que recuerdan los tiempos coloniales en que era posible recorrer sin peligro una América Latina casi vacía de hombres armados, quizás podrían haber adivinado -aunque algo tardíamente- el secreto de su sabio régimen. El hecho es que ya no es posible, porque luego de la guerra se han difundido las armas por todas partes para mantener el orden interno. Así, la militarización sobrevive a las luchas de independencia.

Pero la militarización es un remedio costoso e inseguro. Los generales que un día levantan su espada para defender la república, otro día lo hacen para combatirla. Y lo que no es menos problemático, los oficiales de guardias rurales no siempre dejan pasar la oportunidad de transformarse en bandidos, si la posibilidad de lucro es grande. Así los jefes de grupos armados, desde generales hasta oficiales de guardias rurales, se

independizan muy pronto de quienes los han invocado y organizado. Para conservarlos su favor, estos últimos deben tenerlos suficientemente satisfechos, lo que significa gastar en armas, y aún más en el pago de quienes las portan, lo mejor de las rentas del Estado. De ahí que, en esta etapa, resulte excepcional que el ejército consuma menos de la mitad del presupuesto estatal con que cuentan las nuevas naciones. Estas nuevas repúblicas llegan a la independencia con cuerpos de oficiales demasiado nutridos y raramente pueden y/o se atreven a deshacerse de ellos. Pero este es como el *cuento de nunca acabar*, pues para pagarlos tienen que recurrir a más violencia como medio de obtener recursos de países a menudo arruinados, con lo que dependen cada vez más del exigente apoyo militar. En los países que hacen la guerra fuera de sus fronteras (es el caso de *Nueva Granada*, Chile, Argentina, en parte de Venezuela), al lado de ese ejército se forman rústicas milicias para guardar el orden local, las cuales, más cercanas a las estructuras regionales de poder, si bien resultan también menos costosas, comienzan a menudo su ingreso en la lucha política expresando la protesta de las poblaciones agobiadas por el peso del ejército regular.

Además de las penurias económicas siguientes a las guerras de independencia, la dificultad para articular un orden estable proviene -en general- del hecho que el factor que actúa regularmente como árbitro entre los dirigentes urbanos y mineros, los de las zonas rurales de economía semiaislada, la plebe urbana que comienza a hacerse escuchar, o la plebe rural (que en algunos casos, como Perú, no ha sido despertada por la lucha), es un ejército que pronto alcanza suficiente arraigo en la nueva situación, razón por la cual su intervención sigue, más que pauta ideológica o política definida, el azar de las coincidencias inmediatas posibles entre las oposiciones que se dan en la sociedad civil y las rivalidades entre los jefes militares. Por ello, imprescindible para el orden, sobre todo para la disciplina social restaurada violenta y coercitivamente (en México, por ejemplo, la plebe rural es brutalmente devuelta a la sumisión), el ejército y los demás actores no tienen otra opción en política que un caótico tacticismo coyuntural, lo que impide el avance de cualquier política programática.

De aquí proviene la imagen de una América Latina prisionera de los *guardianes del orden* (y a menudo causantes del desorden). Empero, semejante imagen, a menudo reiterada en la visión externa que existe sobre América Latina, requiere ser matizada. Sólo en parte puede explicarse la fuerte gravitación militar en la estructura política y de poder de las naciones latinoamericanas en base a una imposibilidad de desarmar a los militares. Para comprender este aspecto de la formación y la naturaleza de las estructuras de poder latinoamericanas, es preciso considerar que tal centralidad de los cuerpos armados, a ratos preocupante y vista como desmedida, surge en el momento mismo en que se produce una ampliación, sin duda limitada pero real, de la vida política y de la incorporación social en la historia de América Latina, y cuando incluso hay una amenaza de que dicha ampliación pueda ser mayor aún. Por esta razón, desde sus propios inicios, dicha gravitación militar comienza por ser un aspecto mismo de esa ampliación política e incorporación social, dentro de la cual, bien pronto deviene en un resguardo -el único posible para quienes están, ya de antiguo, acomodados en la cúspide de la pirámide social- en contra una excesiva expansión de ese curso democratizante. Por eso, y no sólo porque parece inevitable, aun quienes deploran algunas de las

modalidades de esa militarización, hacen muy poco por terminar con ella (lo que expresa, en definitiva, una más de las ambigüedades del liberalismo latinoamericano).

Esa ampliación política y social es otro de los cambios que la lucha emancipadora trae consigo. Pero es limitada, y es necesario precisarla. Cambia la vieja significación de la esclavitud, pues si bien los nuevos estados son renuentes a su abolición, por lo que intentan fórmulas intermedias de mínimo efecto inmediato, como la prohibición de la *trata* y la libertad de los futuros hijos de los esclavos, la guerra los obliga a concesiones cada vez mayores en este sentido con el objeto de conseguir soldados, exigencia que se proyecta con las guerras civiles. Si bien la esclavitud doméstica pierde importancia, la agrícola la conserva en las zonas de plantaciones que dependen de ella; es el caso de Venezuela, donde cuenta con la empecinada defensa de los terratenientes. Pero aun donde sobrevive la esclavitud, las disciplina de este tipo de fuerza de trabajo ha perdido buena parte de su vieja eficacia; en la propia Venezuela, en las zonas mineras de *Nueva Granada*, como en la costa peruana, su productividad decae. Por otro lado, su reposición no está exenta de problemas, pues es claro que la esclavitud no puede sobrevivir ilimitadamente en América Latina a una *trata* que, sobre todo en Hispanoamérica, cuenta con importantes trabas que ya han disparado el precio de los esclavos allí donde se emplean en actividades productivas; como en la costa peruana, por ejemplo. Antes de ser abolida -en casi toda Hispanoamérica hacia mediados de siglo- la esclavitud ya perdió su anterior importancia. Sin bien, los negros emancipados no son reconocidos como iguales por la población blanca, ni aun por la mezclada, tienen sin embargo un lugar muy cambiado en una sociedad que, aunque no es igualitaria, organiza sus desigualdades de manera distinta que la colonial.

Aunque tampoco acaba con ella, la lucha emancipadora también altera el sentido de la división en castas. Si apenas modifica la situación de la masas indígenas de México, Guatemala y la zona andina, y allí donde la población indígena es más densa el estatuto particular de éstas permanece en los textos legales, y lo hace aún mejor en los hechos, no es menos cierto que, bajo el conservadurismo que sigue a la lucha independentista, las zonas indígenas donde sobrevive la comunidad agraria (extensas en México y el macizo andino) no son sustancialmente disminuidas por el avance de hacendados, comerciantes y letrados urbanos ansiosos por conquistar tierras. Esta vez, a diferencia de antaño, ello no se debe a una intención tutelar de las nuevas autoridades, por lo general hostiles a la organización comunitaria, sino que la propia coyuntura defiende esa antigua organización rural. El debilitamiento de los sectores altos urbanos, la falta de una expansión del consumo interno y, sobre todo, de la explotación agrícola, capaz de desatar una codicia inmediata por las tierras indígenas, hacen que éstas sigan todavía por algún tiempo en manos de las comunidades labriegas. Luego, igual que la esclavitud, las viejas divisiones de castas se sujetan al curso más general de reorganización de las desigualdades que, a fin de cuentas, las hace perdurar bajo nuevas formas.

Cambia también la relación entre las élites urbanas prerrevolucionarias y aquellos grupos de los sectores subalternos que dan origen a la nueva élite militar. Ya la guerra -como se dijo- creó posibilidades de ascenso, en las filas *realistas* aún más que en las *patriotas*. Así lo atestiguan Iturbide en México o en Perú de Santa Cruz, Castilla y Gamarra, quienes logran posiciones antes inaccesibles. Se trata, en este sentido, de una

ampliación de los grupos dirigentes a partir de las viejas élites urbanas, lo que se entronca con otro fenómeno también inducido por la lucha emancipadora, a saber, la pérdida de poder de esas élites urbanas prerrevolucionarias ante los sectores rurales. En efecto, en tanto arma a vastos contingentes, el proceso independentista introduce una nueva lógica de poder en donde la fuerza de las masas cuenta más que antes, lo que termina favoreciendo a un mundo rural cuya población en casi todas partes resulta abrumadoramente mayoritaria, en detrimento del más esmirriado mundo urbano. Y favorece con ello, evidentemente, a los dirigentes de aquél mundo rural.

En este sentido, la desmedida atención que concede a los pasajes más radicales de esta lucha una divulgada historiografía *episódica*, puede confundir en tanto haga suponer que en el campo ocurren cambios de significación en el ordenamiento social. Por el contrario, en casi todos lados no surgen movimientos rurales espontáneos y su conducción sigue, en el nuevo orden político como en el viejo, en manos de los terratenientes o de los agentes que instalan al frente de sus propiedades. Unos y otros manejan milicias organizadas para asegurar el orden rural. Aun en donde hay mayor radicalización en la etapa más agitada de la lucha, esa hegemonía no desaparece; por ejemplo, se mantiene en algunas zonas del litoral argentino que siguen a Artigas, el insurrecto *Protector de los Pueblos Libres*. Al contrario, a pesar de lo llamativa que resulta y de su desmesurada centralidad en el recuento destinado a erigir los *mitos fundacionales* de las naciones latinoamericanas, los resultados de tal radicalización son efímeros. Esta sólo preside la organización para la guerra, y su alcance no va más allá. En cambio, dato mucho más determinante, la urgente necesidad de volver al cauce de una economía de paz obliga a ceder ante el poder de los hacendados, grupo que comparativamente está en mejores condiciones de recobrar un grado de control social suficiente. Tratase de un curso desatendido por ese recuento *episódico* tan distorsionador de los procesos efectivos de formación del poder en América Latina, que transcurre bajo diversas fórmulas que colorean unos distintos cursos nacionales cuyo cauce desemboca, a fin de cuentas, en un orden similar. Así pues, si en algunos lados los jefes revolucionarios más radicales tienen que ser apartados del camino de la construcción de ese nuevo orden, en otros, en cambio, los antiguos guerrilleros transformados en hacendados proporcionan la nómina dirigente a la república conservadora.

A su paso por las zonas rurales, la lucha emancipadora provocó bajas y nuevos ingresos en el grupo terrateniente. Pero más allá de esos cambios, un efecto más importante es que el grupo terrateniente en su conjunto, ése al que el viejo orden había mantenido en oposición subordinada, es el que asciende en una sociedad que recién estrena su independencia, para imponerse política, social, económica y culturalmente en las naciones latinoamericanas del siglo XIX. Ante este ascenso las élites urbanas no tienen otro camino que resignarse y adaptarse. La guerra las ha empobrecido, y aunque lo hace también con las élites rurales, quedan éstas últimas con la importante ventaja de la tierra para reconstituir su riqueza, ahora tanto más fácilmente puesto que su peso político es mayor.

Pero el proceso independentista no priva a las élites urbanas sólo de una parte de su riqueza. De modo mucho más trascendente, también despoja de poder y prestigio al sistema institucional con el que se identificaban, lo que agudiza su debilitamiento y

subordinación como grupo social. En este sentido, la victoria criolla muestra un resultado muy opuesto al anhelo de los grupos criollos que inician la pugna independentista, provenientes de las élites urbanas en su abrumadora mayoría, a saber, que la lucha ha destruido lo que debía ser el premio de los vencedores: las instituciones tradicionales del poder político. Ahora las nuevas fuerzas independientes tienen que reemplazar la nómina de las altas magistraturas, ubicando en ellas a quienes les son leales, lo que en definitiva, y contrario a un desarrollo republicano, las priva de modo más permanente de poder y prestigio, al transformarlas en agentes escasamente autónomos de los nuevos centros de poder de facto, es decir, del poder social de los hacendados y de la fuerza material del ejército, sentando el germen de una pesada herencia en la historia latinoamericana. La lucha emancipadora trae consigo, para estas instancias, y en particular en esta etapa para las magistraturas municipales y judiciales, una decadencia irremediable.

Un proceso similar es el que afecta a la Iglesia. Debido a lo muy ligada a la Corona que se encontraba en el mundo colonial, la inevitable depuración de obispos y párrocos, por la vía de expulsiones, prisiones y su reemplazo por sacerdotes *patriotas* designados por el nuevo poder civil, no sólo trastoca la composición del clero en América Latina, sino también la relación entre éste y el poder político. Como a otros sectores, la guerra también ha empobrecido a la Iglesia y, producto de la lucha independentista, la subordina además al poder político. Aunque en ciertas zonas tal cambio es más limitado y se compensa, en cierta medida, por el surgimiento de un fuerte prestigio popular, como es el caso de México, Guatemala o de *Nueva Granada*. Al final, tal como las autoridades civiles, las eclesiásticas pierden buena parte de los privilegios materiales, y acaso pierden aún más en prestigio.

En estas condiciones la perspectiva de las élites urbanas no es muy promisorias. Con las bases económicas de su poder menguadas por la guerra (lo que se ve agudizado por la inabarcable competencia de los comerciantes extranjeros), y despojadas de las bases institucionales de su prestigio social, no queda a las élites urbanas otra opción que resignarse a ser integradas en una posición subordinada en el nuevo orden político, cuyo núcleo principal es militar. Sus fracciones más pobres encuentran en esa adhesión no exenta de rencor una forma de sobrevivencia, apelando a la utilidad de sus saberes administrativos -único patrimonio que subsiste en su dominio- para ese nuevo poder político. De manera que, la aversión que las nuevas formas de la política generan entre la élite urbana, haya sido ésta *realista* o *patriota*, no impide que ésta acepte, resignadamente, un reordenamiento de las esferas del poder en el cual guarda una ubicación subordinada.

La razón de ello estriba en el hecho que la lucha independentista, aunque trastoca algunos de los viejos modos en que solía manifestarse, no suprime -sino acaso ensancha las bases de su proyección- un rasgo esencial de la realidad latinoamericana ya anotado: el apoyo imprescindible del poder político-administrativo para alcanzar y conservar la riqueza. Es su conciencia de que al margen del aparato estatal, por vagamente autónomo que éste resulte ahora de los poderes militares y hacendales, no tiene mayores posibilidades, lo que sostiene su resignada subordinación. Si en el mundo rural esta especificante característica del panorama latinoamericano continúa de forma prácticamente inalterada, donde la obtención de tierras sigue dependiendo no tanto del

dinero como del favor del poder político, en los sectores urbanos, en cambio, esa continuidad no eclipsa otras más importantes. El favor por excelencia que se buscaba en tiempos coloniales apuntaba a la posibilidad de comerciar con ultramar, pero eso ya no plantea mayores dificultades en tiempos independientes. En cambio, la miseria del Estado crea en todas partes una plaga de prestamistas, los execrados agiotistas que, aparte de subidos intereses obtienen garantías estatales increíbles -desde las rentas de aduana hasta la propiedad de las plazas públicas- gracias a la voluntaria ceguera de los gobiernos frente a las *hazañas* de esos *reyes del mercado*. Tanto en uno como otro caso, la relación entre el poder político y los grupos económicamente poderosos ha variado, en el sentido que el poderío social de los hacendados, expresable en términos de poder militar, y la relativa superioridad económica de los agiotistas, los coloca en una posición nueva frente a un Estado al que no solicitan favores, sino que imponen concesiones.

Pero si los aspectos que hemos considerado parecen apuntar hacia una continuidad casi inmóvil de las estructuras sociales, o bien, si se prefiere, a ciertas adaptaciones necesarias para perdurar bajo las nuevas condiciones, otras esferas en cambio sufren mutaciones más profundas, generando nuevas realidades dentro de unas estructuras nacionales de poder que resultan bisoñas en cuanto a su condición ahora nacional independiente, pero que su origen data de antiguo. Se trata especialmente de las estructuras mercantiles, y ligada a ellas el condicionamiento ideológico externo y los cambios en las formas de la dependencia económica. Como se sabe, entre 1810 y 1825 toda Hispanoamérica se abre plenamente al comercio extranjero. La guerra se acompaña entonces de una brutal transformación de las estructuras mercantiles. Como se ha señalado reiteradamente, en la primera mitad del siglo XIX, ni Inglaterra ni país europeo alguno realizan apreciables inversiones de capitales en América Latina. Ello se suele justificar entonces recurriendo a la imagen del desorden posrevolucionario, explicación que cobra amplio eco, mostrando cómo las relaciones con las nuevas metrópolis se apoyan en lo que muchos autores han signado como una *dependencia ideológica*, ahora más sólida que la de la última etapa colonial.

Inglaterra no mira a América Latina con los mismos ojos de las viejas metrópolis. Hasta mediados del siglo, exceptuando las tierras atlánticas del azúcar, no radica en los productos de la agricultura y la ganadería local el interés principal de los nuevos dueños del mercado. Aunque más atractiva, la minería -incluidas las fuentes de metal precioso- tampoco lo es tanto como para atraer inversiones necesarias para devolverle su gloria pasada. Como se ha destacado suficientemente -así lo hacen diversos autores *dependentistas* en los años sesenta del siglo recién pasado- lo que se busca en América Latina es sobre todo un destino para la exportación metropolitana, lo que requiere el control de los circuitos mercantiles locales por estos nuevos intereses metropolitanos.

Menos atendido, en cambio, aunque más relevante para la comprensión de la naturaleza de las estructuras locales de poder, y con ello de la realidad interna, resulta el menoscabo que estos cambios significan para quienes dominaran las estructuras mercantiles coloniales. Y no sólo en aquellas ciudades que se vinculaban privilegiadamente con Cádiz, sino también en los circuitos internos en los que la guerra introduce innovaciones a las que unos debilitados grandes mercaderes locales no pueden adaptarse eficazmente. El hecho que los centros locales del comercio sean reubicados

-en realidad ya desde las reformas de 1778- hace más fácil el triunfo de los agentes de la penetración mercantil británica sobre rivales locales, reales y potenciales, puesto que también para éstos últimos el ambiente es extraño. En toda América Latina la parte más rica y prestigiosa del comercio local queda en manos extranjeras. Y en pocas décadas, en Valparaíso o Buenos Aires, los apellidos ingleses abundan en la aristocracia local. Incluso, esa situación privilegiada va más allá de los puertos, por lo que en muchas partes las casas más ricas de los pueblos pasan a manos de comerciantes extranjeros. Así, la ruta de Liverpool reemplaza a la de Cádiz, y sus emisarios pasan a dominar el mercado como antaño lo hicieron los del puerto español. Pero, como se dijo, el cambio no acaba aquí, puesto que el comercio de la nueva metrópoli es en muchos aspectos distinto del anterior. Los comerciantes ingleses buscan a la vez conquistar los mercados y colocar un excedente industrial cada vez más amplio.

Pero aquí no acaban los pesares para los viejos grupos comerciales urbanos. La ruina de la estructura mercantil heredada no despierta nostalgia precisamente entre los productores locales, pues los nuevos dueños del comercio introducen en un circulante monetario que sus predecesores -esos en los que, sin mucha distinción, Gunder Frank²⁹ ve a los implantadores del capitalismo por estas tierras- se cuidaron de difundir, elemento con el cual la economía confirma el curso de la política, impulsando a la emancipación del productor rural frente al mercader y prestamista urbano, ahondando con ello la pérdida de centralidad de las élites urbanas ante las rurales. Es que, si bien los ingleses de esta etapa son emisarios de una economía industrial, lo que protagonizan fundamentalmente es una conquista mercantil. Por esta razón, en tanto beneficiaria de una situación de monopolio, Inglaterra parece más una heredera de las viejas coronas coloniales, aun cuando tal monopolio se defina más por medios económicos que jurídicos. Pero igualmente se contenta con demasiada facilidad con reservarse los mejores lucros de un tráfico mantenido dentro de límites relativamente fijos (la rivalidad norteamericana es, entonces, apenas incipiente), lo que hace que no exista mayor movilidad en la estructura social y las posiciones dentro de ella no se definan, ahora como antes, a partir de *situaciones de mercado* como las que se han considerado propias de la constitución de las clases sociales en el capitalismo contemporáneo³⁰. Lo que no significa que la América Latina que emerge de los procesos de independencia sea igual a la anterior a 1810. Al lado de la conquista del mercado existente surge un cierto mercado nuevo, cuyo límite se encuentra, empero, en la escasa capacidad de consumo popular.

La avalancha de productos fabriles de Glasgow, Manchester o Sheffield vence sin dificultad la resistencia de las artesanías locales, lo que origina toda una literatura nostálgica que no se fatiga de evocar esa derrota. Pero su consecuencia más trascendente acaso no es esa. La crecida de las importaciones parece no poder frenarse, no sólo porque sería impopular, sino debido a que traería pesados vacíos en las arcas de unos nuevos estados que, por presión de los terratenientes, son muy dependientes de unas rentas aduaneras que se concentran casi siempre en la importación y representan

²⁹ Véase Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1971.

³⁰ Véase Weber, Max, *Economía y sociedad*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1971, principalmente el ya referido capítulo IV, *Estamentos y clases*.

la mayor parte de los ingresos públicos. Ello sería un peso muy grave para la economía en su conjunto, sobre todo cuando no hay una crecida paralela e igualmente rápida de las exportaciones. El dramatismo de las dificultades es así más patente, pues al igual que sus predecesores, el interés principal de los nuevos dueños del mercado es obtener metálico y no mayormente productos de la agricultura y ganadería locales. Es que ahora la fragmentación del *antiguo imperio* ha separado a zonas enteras de sus fuentes de metal precioso; es el caso del Río de la Plata, por ejemplo. Pero incluso aquellas zonas que las logran conservar, no están a salvo de las consecuencias que los nuevos *términos del intercambio* internacional imponen, a saber, de la pronta pérdida de la masa de moneda en las nuevas naciones. Es pues, una época anterior a la de las grandes inversiones como lo será la segunda mitad del siglo XIX en América Latina.

En fin, desde la perspectiva de la economía aparece una América Latina detenida. Incluso la victoria relativa del productor -léase, en casi todos los casos, del terrateniente-sobre el mercader se debe, más que nada, a la decadencia de éste. Victoria relativa, además, como se subraya, pues tal superioridad se subordina a su vez a aquella que impera en la relación externa con las nuevas metrópolis. Al final, la relación más abierta con la economía mundial no estimula la producción local en el grado en que se esperaba en 1810. América Latina aparece atrapada en un nuevo equilibrio que, como indica mucha literatura, resulta acaso más resueltamente estático que el colonial. Ya sea por acción, y sobre todo por omisión, la responsabilidad de las nuevas metrópolis en el establecimiento de ese equilibrio es muy grande; aunque acaso ha sido a veces exagerada, o bien, vista otras veces de modo unilateral y subvalorante de la incidencia de los procesos de formación histórica de las estructuras internas de poder, lo que obliga a tomar en cuenta también la parte que en esto lleva la política interna de las naciones que surgen entonces en casi toda América Latina, llenando en parte el vacío dejado también en este aspecto por las viejas metrópolis.

Vista desde una perspectiva general, la hegemonía británica aparece discreta. Si se afirma durante la guerra de independencia, se consolida hacia la segunda mitad de la década de 1810. Entonces esa hegemonía se apoya en un uso -discreto, por cierto- de las ventajas de su predominio comercial, además de su poder naval. La potencia dominante protege mediante su poderío político una vinculación sobre todo mercantil, y no ansia intervenir con más hondura en la economía latinoamericana, fijándose así objetivos políticos adecuados a esa finalidad. No aspira a una dominación directa, capaz de implicar gastos administrativos y de comprometerla en las luchas de las facciones locales. Por el contrario, se propone dejar en manos criollas, junto con la producción y buena parte del comercio interno, la costosa tarea de gobernar estas vastas tierras. Lo que no quita que tenga sobre esos aspectos puntos de vista muy definidos, y que haga sentir su poder para imponerlos. Esa política prudente explica así que la hegemonía inglesa logre seguir consolidándose cuando algunas de sus bases comienzan a aflojar, puesto que, si a mediados del siglo XIX el comercio y la navegación británicos se mantienen a la cabeza en América Latina, están ya muy lejos de gozar del cuasi monopolio de los años que siguen a las luchas de independencia. Es que, pese a la proliferación de las pugnas locales, el influjo inglés, que en general no interviene directamente sino que apoya a los grupos a los que las cambiantes evoluciones locales

van dando el predominio, resulta favorecido por éstas.

6. Algunos casos concretos

Como ya se señaló, aunque los procesos de independencia siguen distintos derroteros, siendo esta la etapa en que se abren los cursos nacionales en la historia latinoamericana, de una forma u otra, todos ellos llevan al final a la frustración de los anhelos revolucionarios de transformación política y social a manos del dominio de los grupos más conservadores. Unos cursos con más revuelta social que otros, y por ello con más dificultades de reconstitución del control social, llevan por igual a la formación de un conservador orden nacional oligárquico, en donde lo agitado y *anárquico* de tal constitución del orden nacional tiene que ver más con el enfrentamiento entre los distintos grupos conservadores de poder que con una amenaza real que pudieran protagonizar los grupos más radicales. A guisa de ilustración, valga echar una mirada general a dichos cursos nacionales.

Entre aquellas situaciones que registran mayor agitación social, y con ello más agudos problemas para las élites en términos de restablecer el control social (cuestión que en general se acompaña de las situaciones de más drásticas pugnas interoligárquicas), se pueden anotar el fracaso de Bolívar ante una miríada de poderes que impiden la integración regional que busca; el de Venezuela, con una cruenta guerra que arrasa con todo, dejando tras de sí un inestable orden conservador-militar con una dura oposición liberal; el de México, en que una honda ruptura de la disciplina social colonial conduce a un precario orden conservador inevitablemente subordinado a los militares, que sucumbe ante el liberalismo para volver inestablemente; el de Argentina, que es el caso del caos y la ausencia de estructura política ordenadora que desemboca en la dictadura de Rosas; o el de Uruguay, el pequeño estado donde, para afirmarse, la

élite urbana busca apoyo externo para librarse de los caudillos militares. Veamos.

El registro de los fracasos que se repiten en gran parte de América Latina después de la independencia es conocido. Como su principal consecuencia se suele señalar la fragmentación política. Aunque más útil para la comprensión de esta etapa y del curso siguiente resulte -acaso- indagar en la incapacidad de superarla, claramente manifiesta en la frustración de las tentativas de reorganización orientadas a desbordar el estrecho marco de los nuevos estados, herederos de los límites territoriales de los viejos virreinos, presidencias y capitanías. Desde luego, la más importante es la de Bolívar, que va de Caracas a Potosí. ¿Por qué fracasan los intentos por superar la fragmentación heredada tanto de la colonia como de la lucha independentista? ¿Por qué fracasa el de Bolívar, que parte con recursos que no tendrá ninguno de sus imitadores más tardíos? Por loable que pueda resultar, el proyecto bolivariano parece demasiado ambicioso para las condiciones políticas en que se intenta, en tanto se basa en una imagen no suficientemente ajustada de la nueva realidad independiente. Pues, si Bolívar se impresiona por el peso de las herencias del viejo régimen y con no poca cuota de realismo busca respetarlas para dotar al nuevo orden de un arraigo suficiente en zonas apenas tocadas por la lucha independentista, ocurre que esas herencias no se dan sólo del modo en que las concibe el *Libertador*. Las élites urbanas, a las que busca atraer entregándoles una parte del poder en las asambleas censitarias, han quedado debilitadas tras la contienda independentista. Las élites rurales, en cambio, tocadas también por ese curso, pero con su poder intacto y aun acrecido, buscan apoyo en los poderes militares locales, a los que la lucha da un peso decisivo. Más allá de una interminable controversia por establecer el norte de las intenciones del *Libertador*³¹, lo cierto es que Bolívar se presenta en Bogotá o en Lima como el representante de un orden militar con el que no se identifica, pero que le granjea la desconfianza de los sectores con los que a largo plazo se plantea compartir el poder. Por otro lado, los militares en los que Bolívar debe apoyarse se conforman cada vez menos con el papel de instrumentos de gobierno destinados a ser superados en el futuro. No es extraño entonces que en casi todas partes los adversarios y los partidarios del *Libertador* se entiendan para librarse de su tutela y éste acabe sus días atormentado por la idea de que *el que sirve a una revolución labra en el mar*.

Por una década en Venezuela una guerra de independencia especialmente cruenta arrasa con todo. Sus aristocracias costeñas quedan arruinadas y a merced del errático curso que imponen unos ejércitos de mestizos *llaneros* y mulatos isleños. José Antonio Páez, adalid de una independencia que separó a Venezuela de la *Gran Colombia* bolivariana, afamado jinete de los *Llanos*, caudillo de proezas legendarias en la guerra contra los españoles, además de su tropa de *llaneros* y gente de pueblo atrae a *gente distinguida* luego de controlar la *barbarie a caballo* desencadenada por las guerrillas de José María Boves. Bajo la égida de Páez y otros jefes militares, asentados en unos *llaneros* que antes los habían combatido, viene una *reconstrucción* de trazos muy parecidos a los del viejo orden. Pero pronto ese orden conservador muestra sus fisuras, por las que se abre paso el convulso curso venezolano de la segunda mitad del siglo XIX. Sus beneficiarios son los grandes comerciantes del negocio cafetero -cuyo cultivo

³¹ Al respecto, puede verse Frank, Waldo, *Bolívar. Nacimiento de un mundo*, op. cit.

realizan agricultores medios- y los grandes propietarios, que en el litoral buscan rehacer una *economía de plantación* devolviendo al grillete de la esclavitud a los negros -con historias de *cimarroneras* y *cumbes*³² - que fueran apuradamente emancipados bajo las exigencias de la guerra, y en los *Llanos* intentan reinstalar por la fuerza una disciplina de trabajo para aprovechar las posibilidades que abre la demanda externa de cueros³³. Además, las guerras integran nuevos sujetos en las franjas privilegiadas: los jefes militares que ahora gobiernan Venezuela. Páez antes capataz en una hacienda *llanera*, ahora es gran propietario de tierras, y no es el único³⁴. Pero a mediados de los años cuarenta ya se cansan algunos grandes señores de Caracas de secundar en la política a estos rudos generales de la guerra, y orquestan una oposición liberal que prende en franjas de la plebe capitalina. Y a diferencia de otras situaciones vecinas, la protesta liberal no se limita a la ciudad, envuelve a los ex-soldados inadaptados a la recompuesta disciplina de trabajo y a los agricultores pequeños y medianos que culpan a la aristocracia mercantil de su ruina, arreando así tensiones aún más serias que las de la ciudad, cuyo torbellino anuncia nuevos tiempos de conflicto.

En México la independencia se logra sin que pierdan preponderancia los que durante la lucha apoyaron al orden colonial. Pero ello, como ya se dijo, tras un turbulento curso que a ratos pareció llevar las cosas por otro rumbo³⁵. Por eso, tras las luchas de independencia, a algunos sectores de las élites locales e incluso extranjeras les preocupa la autonomía de acción que esas rebeliones les dejan a ciertos sectores populares, así como las aspiraciones de los sectores medios que, en la capital y las cabeceras provinciales, esperan entrar al andamiaje burocrático del nuevo Estado. Luego, el precio a pagar por la paz implica el peso creciente del ejército en las finanzas mexicanas para enfrentar dicha autonomía popular, mientras que las apetencias de esos grupos medios expresan el sentido último del federalismo. Tal es la lógica del nuevo orden nacional mexicano. Pero aún temeroso de esos factores, el conservadurismo mexicano busca apoyo en la Iglesia para enfrentarlos. La considera como la única institución capaz de disputar la orientación de la plebe mestiza e indígena a los agitadores liberales, por lo que se opone tenazmente al avance de la intolerancia religiosa y a la reforma inmobiliaria que acecha la propiedad eclesiástica, intocada hasta ahora.

En una confrontación creciente con unos liberales que no cejan, y que se prolonga hasta bien adentrado el siglo XIX, el conservadurismo mexicano y su centralismo se imponen en un resignado matrimonio con el ejército, abriendo a éste último un peso gravitante en la política de la mano de Santa Anna, que juega así el papel de garante del

³² Las primeras refieren a la fuga y el levantamiento de los negros esclavos, mientras que los segundos indican comunidades de esclavos que huían de la severa disciplina de los amos.

³³ Véase Malavé Mata, *Formación histórica del antidesarrollo de Venezuela*, op. cit, capítulo IV.

³⁴ Para mayor ilustración puede consultarse la forma en que el propio Páez aprecia este proceso. Véase Páez, José Antonio, *El general Páez y los llaneros*, en *Sociedad y Estado en América Latina*, op. cit, tomado de Páez, José Antonio, *Autobiografía*, 2 volúmenes, 1869, Nueva York.

³⁵ Véase Vázquez, Josefina Zoraida, *Los primeros pasos*, en *Historia General de México*, op. cit.

orden conservador. Precario orden, por cierto. Ya al finalizar la primera mitad del siglo se reavivan las tensiones mal acalladas por el orden conservador con la derrota mexicana en la guerra con Estados Unidos y la pérdida de Texas. Es el inquietante despertar liberal, ante el que sucumbe el México conservador posrevolucionario de Santa Anna y Lucas Alamán, esa peculiar y duradera alianza en que éste último, como astuto ministro, simboliza a los conservadores amigos del orden en su resignada unión con el caudillo organizador del desorden, imprescindible pieza para los primeros. Es el drama de los conservadores en los tiempos que siguen a la independencia en América Latina: su resignación ante el ascenso de las élites militares, porque las necesitan. Aunque extremo, México es ilustrativo de esta etapa del curso latinoamericano. Es el incombustible México de Alamán y Santa Anna, una incongruencia difícil de evitar, cuyo episodio más rutilante acaso sea el entierro solemne de la pierna de Santa Anna con el ilustre héroe presidiendo el duelo, inestable cojera a la que la ironía popular atribuirá su caída; en efecto, *cayó Santa Anna y su fe, y cayó el desventurado porque estaba mal parado sobre un pié*. De ahí que la castiza y discriminante cultura conservadora choca con la realidad bajo la obligación de sus insoportables transacciones con un voluble Santa Anna. Pero ¿es inevitable el acuerdo con el ejército? Como herencia de la guerra éste conserva un inmenso poder, imprescindible para mantener un orden interno. El drama está en que ese orden interno se tiene que mantener a un costo que no hace perdurable el orden conservador más allá de 1850, puesto que no se recuperan los niveles de la economía colonial y las arcas públicas cargan con un ejército insaciable³⁶. En definitiva, el México conservador fracasa por la falta de una dirección homogénea.

En Argentina también fracasa la búsqueda de un nuevo orden estable, pese al esfuerzo de Rosas. La disolución en 1820 del Estado *unitario* destroza no sólo el centralismo de Buenos Aires sino también el federalismo del resto del litoral, que tuvo su paladín en Artigas, el *Supremo Protector de los Orientales*. Es el agitado camino del surgimiento de un centro de poder autónomo entre las vicisitudes de una élite política creada, destruida y vuelta a crear por el movimiento independentista, en un curso rico en altibajos que desemboca en un resultado de ningún modo inevitable a partir de las condiciones precedentes³⁷.

Desde un inicio, Buenos Aires parece llevar un rumbo que la separa de las provincias del *Litoral* y del *Interior*, en tanto heredera del derrotado poder central. Al inicio de la etapa independiente no sólo es la más próspera de las provincias *rioplatenses*; políticamente esta *Atenas del Plata* es un modelo para las demás provincias, que da lugar a la ruina –hacia 1820– y la siguiente resurrección. Aunque proviene de la élite criolla la dirigencia revolucionaria es diferente, y durante la lucha crece su distancia con ésta. Esa polarización desemboca en el choque del cardinal año de 1820. La élite económico-social *porteña* decide participar, por primera vez, abiertamente en la contienda política. El proceso se complejiza. Las alianzas son frágiles y frecuentes los golpes de escena, lo

³⁶ Vázquez, *op. cit.*, pp. 551-560.

³⁷ Halperín desentraña este proceso, tan atendido y polémico para los historiadores argentinos, en una obra de merecido renombre. Véase Halperín Donghi, Tulio, *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1972.

que trastoca esas alianzas y las fórmulas políticas de largo plazo con que se identifican los grupos. La élite *porteña*, aunque cobija la formación a menudo mentada de una burguesía como es difícil distinguirla en América Latina, también es presa de un tacticismo más determinante que cualquier ideologismo en esta confusa etapa. Es el *largo drama político de 1820*³⁸.

Se señala repetidamente a éste como un año decisivo en la historia argentina, sobre todo por las transformaciones operadas en Buenos Aires. Es el año en que Rosas y los ganaderos bonaerenses saltan de la actividad empresarial a la política. Si ven amenazados sus intereses, desde entonces la figura del empresario-político no será ajena a una sociedad *porteña* que optará por dejar la administración del poder –y aún lo hará durante un tiempo más- a cargo de profesionales de la política. Han aparecido pues *las vacas en la política*. A partir de las ruinas de la empresa política con que Buenos Aires se identifica desde 1810, la élite *porteña* no sólo logra contener la amenaza que sectores populares y discursos igualitaristas representan para el orden social, sino además, proyectar a la provincia al sitio dominante de la economía *rioplatense* desde un mundo rural donde, bajo su vieja imagen, asoma gradualmente la nueva riqueza. Desde una ciudad que ahora renuncia temporalmente a su primacía política para refundar sus bases económicas, asoma en Buenos Aires un nuevo estilo de vida pública. Atribuida a la visión profética de Rivadavia, de ese conato emerge la *feliz experiencia* de Buenos Aires que, aunque corta, será largamente mitificada, acaso por cimentarse sobre la derrota de la facción militar y plebeya a manos de la acción de los rurales y sus tropas *de frontera*.

La lucha de facciones ahora sigue otro cauce. Buenos Aires halla en la expansión ganadera una opción económica más segura. Depuesto el aparato administrativo y militar heredado del disuelto poder central revolucionario, ocupa su lugar un sistema más reducido centrado en viabilizar el progreso económico de la provincia, controlado sin mayor intermediación por los sectores altos. No por eso la empresa política iniciada a fines de 1820 está exenta dificultades. Los derrotados son la oposición popular urbana y el ejército de diez años de lucha revolucionaria³⁹. Las élites en el poder impulsan la reforma militar y administrativa, aliviando el erario fiscal del peso que ambos aparatos significaban. El Estado se pone al servicio de la economía privada, y los sectores marginales que ya no se requieren para la guerra y la fuerza de trabajo son disciplinados bajo severas disposiciones. Es una política que actualiza normas tomadas a menudo del aparato colonial⁴⁰.

Así, derrotada en 1820, Buenos Aires deviene en una provincia dentro de una vaga federación sin instituciones centrales, para alcanzar luego la hegemonía indiscutida en el litoral argentino. Su apego al curso de disolución nacional se debe a que gracias a él la provincia, dueña de las comunicaciones de ultramar, y con eso de las rentas aduanales,

³⁸ Halperín, *op. cit.*, p. 358. Para esta y la siguiente etapa véase el capítulo II en los apartados b) *1820 en Buenos Aires: ruina y resurrección*, pp. 351-364, y c) *la "feliz experiencia" de Buenos Aires*, pp. 365-392.

³⁹ Halperín, *op. cit.*, pp. 368-369.

⁴⁰ Halperín, *op. cit.*, p. 371.

ya no debe destinarlas a mantener un aparato administrativo y militar que excede sus límites. Libre de compromisos externos, puede consagrarse a su economía y su organización interior, opción que prefiere una clase hacendal a la que se allega buena parte de la riqueza mercantil expulsada de su campo tradicional por la competencia británica. Comienza la *admirable experiencia de Buenos Aires*, de la mano de la opaca pero siempre influyente figura de Rivadavia. Un éxito de Buenos Aires ligado al hecho que los problemas de la organización general de las *Provincias Unidas del Río de la Plata* se han dejado de lado, pero no resuelto.

La guerra con Brasil devuelve la centralidad al ejército, y con ello a los oficiales veteranos de la independencia, trayendo la ruina del fisco. El orden que Rivadavia intenta luego no agrada a las provincias interiores ni a las clases altas *porteñas* y se allana el camino hacia la guerra civil. El desorden vuelve no tanto por el desinterés en la política de los poderosos económicamente ni por la ruptura de su pacto implícito de unidad, sino por las disputas en el mismo grupo gobernante por los beneficios del favor oficial. Y ello entronca con un problema mayor: el retorno de la provincia a su sitial hegemónico revigoriza en el país entuertos temporalmente eludidos. Termina la tregua interprovincial y con apenas cuatro años termina también la *feliz experiencia* de Buenos Aires. Pero deja un legado.

En Buenos Aires, igual que en el *Interior*, la crisis de 1820 revela las bases rurales en que debe apoyarse todo poder político ⁴¹. Las carencias del orden surgido de *los derrumbes de 1820* no se dan sólo en las relaciones interprovinciales; en cada provincia la inestabilidad es clara. El ascenso del sector rural y la fragmentación política no se dan tan sólo allí donde la crisis revolucionaria trajo el empobrecimiento de las viejas élites sin reemplazo por otras; se da también donde el reemplazo del orden económico colonial no tiene efectos tan duros: en un Buenos Aires que va hacia la prosperidad, y en provincias donde el nuevo orden económico arroja un éxito menor pero indiscutible, como Córdoba, Santiago del Estero o Mendoza. La necesidad del tráfico comercial internacional e interregional exige a las áreas políticamente separadas sostener un vínculo que, en definitiva, clama por la reconstrucción del Estado central. La ruralización, la falta de un marco institucional o al menos de un sistema de alianzas estable, hace buscar un modo de adaptarse mientras a ese marco tan inhóspito, esquivando los peligros de nuevas crisis que amagan en perpetuarse.

Prima la *barbarización* de la política, la militarización y ruralización de las bases del poder. Pesa el señalado *arcaísmo cultural* de las provincias interiores, pero la ortodoxia liberal-constitucional bonaerense cobija un socorrido uso del aparato institucional heredado del virreinato (los amagos de reforma no llegan lejos). Luego, tal *arcaísmo* es menos exclusivo del *Interior* de lo que se alega para exaltar la fuerza transformadora de un movimiento autodenominado liberal, que en Buenos Aires acusa a sus enemigos de salvajismo rústico. La *barbarie política* es más extendida de lo que muestra una tradición historiográfica ocupada en presentar esta pugna faccional como un dilema entre *civilización y barbarie* ⁴².

Una reducida élite política urbana sobreviviente se liga ahora, como administradora,

⁴¹ Halperín, *op. cit.*, p. 391.

a los rústicos dueños del poder asentados en el campo. Es una relación no exenta de tensiones, una *rencorosa colaboración* que desemboca en el dominio de Rosas. Es una distancia entre ambos grupos mucho menor de la que sugiere el análisis social esquemático, pues el *sector letrado*, condenado por el *derrumbe de 1820* a una función auxiliar, mantiene entonces una rivalidad apenas fugaz con los dueños del poder. Conservado en tamaño mínimo, el aparato estatal es estrecho cobijo de esas debilitadas élites políticas urbanas que, en tanto, no hacen gala de unidad interna. En tal precariedad, brilla el peso de formas extrainstitucionales de poder. Bajo esta centralidad rural, la solidaridad familiar es el punto de partida de alianzas y rivalidades en las que se teje la trama cotidiana de la política. Aunque en el caso argentino no alcanza los extremos de los *feudos sangrientos* como en México o Brasil, Halperín no duda en considerar a éstas familias como *máquinas de guerra*. Claro, esas alianzas no dan lugar a formaciones políticas sólidas, capaces de asegurar el orden regional y nacional. La crisis política es, pues, latente. En esas inestables alianzas escasea la lealtad política fuera de esas *estructuras familísticas*. Enfrentadas entre sí las *desunidas provincias*, chocan en un juego en el que los disidentes de las áreas vecinas gozan de la protección de la dirigencia de la provincia rival. En buenas cuentas, de 1820 surge un equilibrio de imposible estabilidad en el que las pugnas priman dentro de cada provincia y entre ellas.

Ahí, nada parece más lejano que la reconstrucción de una autoridad nacional efectiva. Pero lentamente asoma, primero en la provincia de superioridad económica y política clara pero insuficiente para asegurar una hegemonía nacional, un consenso político que sin enfrentar esas alianzas políticas, y aún usándolas, va reuniendo la fuerza para afirmar una primacía sobre éstas y vencer su resistencia cuando es necesario. Es la solución lentamente madurada en los años treinta bajo el empuje de Rosas. Sólo ahí emerge un orden posterior al virreinal. Tras la guerra con Brasil, Lavalle intenta un orden con apoyo *unitario*. Un alzamiento rural instala a Rosas en el poder, un próspero estanciero que organizara una rústica pero eficaz milicia regional -los *Colorados del Monte*- en su rincón *de frontera*, y que ya en 1820 figurara como salvador del orden social amenazado por el desborde plebeyo. La caída del régimen militar le abre el camino al poder. No sin conflictos, pronto Argentina es de nuevo una laxa unión de provincias dominada por Rosas, el *Restaurador de las Leyes*, miembro de la élite económicamente dominante de Buenos Aires, *la capital de Rosas*. Pero su retorno enfrenta una extendida faccionalización. Como plantea una arraigada disyuntiva en América Latina, el orden sólo se logra con la victoria total de una alternativa sobre otra. Pero en Argentina, como en todos lados, éstas carecen de cohesión: eficientes para deshacer la paz interna, no bastan para afirmarla. Rosas intenta imponer el federalismo motejando a sus enemigos de herederos de los *unitarios*. El clima de *la Argentina rosista* es de guerra civil. Con aliados en el litoral, tiene adversarios en el norte. El sur ganadero bonaerense, antes cuna del federalismo rosista, también le da la espalda. La victoria de Rosas sobre sus adversarios internos en 1842 lo lleva a detentar un poder inigualado sobre todo el país. Como otras veces, actúa la dura presión externa y, bajo su alero, una nueva coalición termina, a fines de los cuarenta, con la época de Rosas.

El fenómeno rosista resulta paradójico. Si las ideas republicanas que desembarcan en

⁴² Halperín, op. cit., pp. 395-400.

Buenos Aires siguen políticamente una dirección centralista y *unitaria*, que trae en las provincias *federalistas* el alzamiento de los caudillos locales y sus *montoneras*, curiosamente es Rosas, un caudillo federalista que se impone en un Buenos Aires, quien promulga las constituciones republicanas *unitarias*. Pese a ser aborrecida su figura por los intelectuales liberales admiradores de la Europa ilustrada (Sarmiento lo alude como *salvaje y bárbaro* junto a sus fuerzas rurales), bajo la etiqueta de *federalista* o la de la *unidad del país*, la *tiranía* de Rosas acaba con la anarquía e impulsa la restauración del Estado y las finanzas, conquistando una adhesión popular que lo ubica en una senda temprana de los populismos latinoamericanos del siglo XX más que de un *cesarismo democrático*, encarnando metas más accesibles que aquellas representadas por una idea abstracta, por prestigiosa que fuese. Es un dilema de un peso creciente en el curso político latinoamericano. Aunque su examen conviene posponerlo hasta el siglo XX, dada la madurez que alcanza allí el fenómeno, es preciso anotar que éste no se reduce –como indica Chevalier al caracterizar la experiencia rosista- a un problema de *incomprensión* de la ideología liberal por parte de una masa popular no preparada para ella por ser *más propia del estilo colonial*⁴³. Además de estar la responsabilidad de ello en las élites y su peculiar constitución política, arrojando una eterna indeterminación ante la aplicación cabal de tales preceptos ideológicos, cabe cuestionar su adecuación a las condiciones no sólo culturales, sino económicas y sociales locales. La dictadura de Rosas llega respaldada por la organización y la movilización de las masas populares urbanas y rurales de Buenos Aires. Ahí la sagacidad y capacidad de Rosas brilla por sobre el resto de sus pares. Pero una vez en el poder, Rosas impulsa la desmovilización y la despolitización de esas masas instalando con dureza un orden social y político.

Es el *hombre del orden*, obsesionado con él tanto en la organización de sus *estancias* como en la acción de gobierno. A pesar de ver en Rosas un *restaurador del orden colonial* –lo que no implica un promonárquico ni opositor a la independencia sino, como ocurre con Portales en Chile, en los términos más adecuados de reconstrucción del orden, contrarios a cualquier innovación *modernizante*- Ansaldi consigna en torno a su figura el proceso de constitución de la conciencia política de una dudosa burguesía terrateniente bonaerense⁴⁴. Aun cuando el caso argentino, como se verá, es el que más claramente distingue la forja de una burguesía en América Latina, resulta esa una excesiva extrapolación de un concepto propio de clases sociales que ascienden junto con las ciudades en Europa y su imposición sobre el mundo rural, considerar como burguesía a estas oligarquías de Buenos Aires. En todo caso, Ansaldi reconoce en Rosas claramente a un conservador. Antes prima bajo Rosas –al igual que otras figuras asimiladas al *realismo político* en esta convulsa etapa- un afán adaptativo, puesto que –reconoce Ansaldi- *se carece de una clase o fracción capaz de imponer su hegemonía o*

⁴³ Véase Chevalier, *América Latina. De la independencia a nuestros días*, op. cit., pp. 602-604.

⁴⁴ Véase Ansaldi, Waldo, *La forja de un dictador. El caso de Juan Manuel de Rosas*, en Labastida Martín del Campo, Julio (coord.), *Dictaduras y dictadores*, Ed. Siglo XXI - UNAM, México D.F., 1986, p. 31 y sgtes. Para Ansaldi la etapa de Rosas cobija el afianzamiento de un nuevo orden capaz de asegurar la afirmación de la *burguesía terrateniente de Buenos Aires* en su fase de *acumulación originaria*. Por tanto, concluye, *en el Río de la Plata el proceso de acumulación originaria del capitalismo rural requiere el ejercicio de un poder político dictatorial que –reconoce- transcurre bajo elementos ideológicos del orden colonial*.

su dominación al conjunto de la sociedad argentina. Eso, más que la razón que da Chevalier, explica tal ambigüedad del liberalismo y la impronta republicana. En este sentido, Rosas encarna la urgencia de los grupos dominantes más dinámicos de establecer orden para asegurar su poder económico.

La tendencia economicista consignada en los inicios de estas páginas, que lleva a establecer una vinculación mecánicamente determinada entre las clases o fracciones y sus expresiones políticas, no ayuda a comprender el proceso histórico sino que lo nubla. Caracterizar al *partido unitario* como expresión política de los comerciantes y de los intelectuales y al *partido federal* como de los terratenientes o -en sus variantes- de alianza entre éstos y clases subalternas, soslaya la interpenetración existente entre las distintas fracciones o grupos de una misma clase, como tal en proceso de formación. Aún en el especial caso argentino, que como ninguno cobija la formación de cierta burguesía, es un error considerar a las clases como homogéneas, sobre todo políticamente. Las divisiones políticas no siguen con precisión a las económico-sociales, menos en esta convulsa etapa, cuyo movimiento real es preciso capturar sin rigideces. Las diferencias políticas ocurridas en el seno de la élite dominante bonaerense indica un curso de constitución de una idea y una práctica del Estado y de una concepción de la nación. Se trata de una confrontación en torno al modelo societal que ella pretende definir para el conjunto de la sociedad, tarea ésta que no se resuelve hasta las décadas finales del siglo y sólo después de largas y cruentas luchas.

Por último, Uruguay, antes *Estado Oriental*, ha estado sometido a la acción contrastante de caudillos rurales como Lavalleja y Rivera. Oprimida hasta el hastío por los caudillos de campaña, la élite urbana de Montevideo busca apoyo contra ellos fuera de Uruguay, ya fuese en Buenos Aires (para lo que bandea entre el *unitarismo* de Rivadavia y el neofederalismo de Rosas), ya en el Brasil.

En tanto, con menos agitación social y con relativamente menores problemas en las élites para recuperar el control social sobre los sectores populares, y acompañado también de una relativa menor tensión interoligárquica, se puede anotar los casos de Brasil, con una crisis menor y unos cambios menores, aunque con una experiencia en que indicativamente los liberales gravitan más; del Perú, en donde una menor incorporación de las masas a la lucha independentista permite a la élite limeña una mayor libertad ante los militares; en Ecuador, donde el escaso grado de cambio mantiene la vieja contraposición entre la sierra y la costa; en Colombia, donde se da un orden conservador con oposición liberal, y un menor peso del ejército; una América Central que, sin guerra, reproduce de todos modos las crisis políticas y se divide en pequeños países; o Chile, en donde un temprano orden conservador de la oligarquía central proveniente de la colonia, se adapta e incorpora a los nuevos sectores ascendentes. Veamos.

Allí donde a pesar de todo la crisis política y económica fue menos honda, las soluciones llegan más pronto y cobijan cambios más tenues. En este sentido, la experiencia brasileña aparece como una de las más *exitosas* adaptaciones al nuevo orden de cosas⁴⁵. Si bien para una América española que se ve a sí misma como muy *republicana* el término imperio, tan presente en la experiencia brasileña, resulta un escandaloso referente de comparación, lo cierto es que el *éxito* brasileño que le enrostra a aquella su fracaso en la forja del nuevo orden, descansa en algunas peculiaridades. En

Brasil el viejo orden se parecía más al nuevo hispanoamericano, dado el menor vigor de su metrópoli, el menor peso de los agentes de la Corona ante unos poderes locales acostumbrados a imponerse, además de la existencia de un contacto ya directo con la nueva metrópoli económica. Tales rasgos ya anticipan en el Brasil colonial el orden independiente facilitando su *exitosa* transición. Lo que no niega que existan cambios y que su instalación comporte dificultades. Pero finalmente, siguiendo la norma latinoamericana, se acaban imponiendo los intereses rurales sobre los urbanos. Y entre éstos últimos, más que los comerciantes es aún más perjudicada la masa asalariada, entre la que figura una clase media que en el imperio esclavista es más nutrida que la clase baja libre. Aun así, en el Brasil las posiciones liberales alcanzan mayor gravitación que en muchas de las demás naciones latinoamericanas, situando ya hacia inicios de la década de 1830 el comienzo del *imperio parlamentario*.

Por cierto, la legitimidad del *emperador constitucional* del Brasil al frente del nuevo gobierno independiente, aceptada por todos los grupos de poder de esta singular élite luso-brasileña que cobija a su Corona de la invasión napoleónica, evita esas guerras de independencia que devastan a gran parte de América Latina. A ello se añade el equilibrado y original sistema político de la Constitución imperial de 1824 que instaura a Pedro I, cuyo influjo alcanza quizá más allá de 1889, año en que cae el imperio, cuyo centro estriba en el llamado *poder moderador*⁴⁶ que constitucionalmente le otorga al Jefe de Estado o monarca constitucional para arbitrar entre los restantes poderes. Las posteriores modificaciones de orientación federalista mantienen intacta esta condición superior del *poder moderador* del monarca, que fue efectivamente ejercida en su largo período de vigencia. Pero tal éxito no significa que el proceso de independencia brasileño cobije la formación y ascenso de una burguesía ni que represente una *revolución burguesa*⁴⁷. ¿Cómo concebir la implantación de un régimen siquiera parecido a una *democracia burguesa* y la construcción de la ciudadanía política a ella asociada en un país en donde, hacia 1850, las tres cuartas partes de sus siete millones de habitantes todavía son esclavos? Si en la época de la independencia se instala el *sufragio universal* -universalidad, como se sabe, masculina- inspirado en las revoluciones europeas, en realidad éste se restringía de una u otra forma a lo censitario. De este modo, en Brasil

⁴⁵ Por la persistencia del viejo orden social y la inexistencia de movilizaciones de masas para la lucha política, se suele describir a la independencia brasileña como *una transformación política pacífica, inteligente y segura de la casa de Braganza*. Véase Fernandes, Florestán, *La revolución burguesa en Brasil*, Ed. Siglo XXI, 1978, México D.F.

⁴⁶ Para Chevalier se trata de una figura inspirada en las tesis de Benjamin Constant. De cualquier forma, como construcción histórica, la brasileña resulta completamente original. Véase Chevalier, *op. cit.*, pp. 613-619.

⁴⁷ Cardoso asocia este proceso con la formación de una burguesía en Brasil -y en América Latina en general- y al desarrollo de una consiguiente revolución burguesa; véase Cardoso, Fernando Henrique, *Clases sociales y crisis política en América Latina*, en Benítez Zenteno, Raúl (coord.), *Clases sociales y crisis política en América Latina. (Seminario de Oaxaca)*, 5a. ed., Ed. Siglo XXI - Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, México D.F., 1988. *op. cit.* La misma caracterización formula Florestan Fernandes en *Problemas de conceptualización de las clases sociales en América Latina*, en Benítez Zenteno, Raúl (coord.), *Las clases sociales en América Latina (Seminario de Mérida)*, 10a. ed., Ed. Siglo XXI - Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, México D. F., 1987; o en la obra que le dedica al tema, esto es, Fernandes, *La revolución burguesa en Brasil*, *op. cit.*

todavía en 1886 los votantes no pasan de un 0.8% de la población ⁴⁸ .

Más ajustado es destacar una alternancia en el gobierno de los partidos rivales bajo la vigilancia de tal *poder moderador*. Mientras en gran parte de América Latina impera la acción política violenta, en Brasil se alternan pacíficamente en el gobierno figuras, cientelas y clanes políticos, aunque no gracias a un sistema político genuinamente democrático. Casi sin choques se suceden liberales y conservadores sin que se pueda poner en duda el *poder moderador* imperial, evitándose mayores desbordamientos extraconstitucionales, frecuentes en otros lares; pero no por una vía asimilable al orden burgués, al menos como se entiende en su acepción clásica. Por algo este peculiar arreglo político oligárquico es presentado también como *una paz de violencia institucionalizada*, pues Brasil es el país que más tarda en abolir la esclavitud. Lo que, por cierto, no le resta mérito a la capacidad de dominio de las oligarquías brasileñas y al éxito relativo de su régimen político, único en su género.

A diferencia de México, en Perú los sectores populares resultan menos tocados por la lucha independentista, por lo que las élites, especialmente la aristocracia limeña, y dentro de ella esa Lima comercial y burocrática, pueden expresar con más libertad su rechazo por un mestizo como Gamarra al frente del ejército y del gobierno, y sobre todo por su esposa, una mestiza oriunda de una aldea cuzqueña, aborrecida por la aristocracia de la que fuera la *Ciudad de los Reyes* ⁴⁹ . De modo que una menor incorporación de las masas a la lucha independentista le permite a la élite limeña mayor libertad ante los militares. Empero, esta posibilidad de prescindir del *gendarme necesario* no redundará en un curso más republicano, *atraso* en el desarrollo político que esta vez no se puede atribuir al militarismo, como suele hacerse en esta etapa en América Latina. Esto que a menudo se refiere como *atraso político* expresa un fenómeno más complejo: la inexistencia de clases o grupos sociales con la capacidad y el interés -fundado en su condición social- de reiterar en América Latina el curso del desarrollo político clásico de occidente. Anota Flores Galindo que *la carencia de una clase burguesa hizo de la República sólo en apariencia un Estado burgués. La democratización de la vida pública fue obstaculizada por el militarismo y hasta por los propios legisladores* ⁵⁰ . Al contrario, la interesada debilidad del Estado central y la extinción de la burocracia colonial posibilitan que en las zonas alejadas de la capital los hacendados añadan a la propiedad de la tierra el monopolio del ejercicio político, originando el *gamonalismo* que destaca Mariategui, o sea, el terrateniente más el poder local ⁵¹ .

⁴⁸ Chevalier, *op. cit.*, p.616.

⁴⁹ Tras la independencia, la aristocracia limeña mantiene entre sus costumbres la dureza de la segregación social a extremos impensados en otros lares. Es el caso de un curioso privilegio existente en algunas escuelas protegidas por la *nobleza* capitalina, donde los hijos de condes y marqueses concurren acompañados de un niño negro de su misma edad, *hermano de leche del amito*, para hacer de *editor responsable* de las culpas de su aristocrático dueño y recibir las consiguientes azotainas. Palma, *op. cit.*, Tomo II, p. 278.

⁵⁰ Véase Flores Galindo, Alberto, *El militarismo y la dominación británica (1825-1845)*, en Flores Galindo, *et. al.*, *Nueva Historia General del Perú*, *op. cit.*, p.109.

No obstante, como en otros lados, la guerra de independencia abrió la necesidad de acudir a las masas indígenas. De ahí un intento de tejer puentes -ni tan sólidos ni consistentes- entre la cultura occidental y la andina del Perú⁵². Aquí también el problema es derrotar a los españoles evitando una revolución social, en este caso con antecedentes en las ya referidas *guerras de castas*. Aunque los *montoneros* aportan un estilo popular, parecen más un bandolerismo social, de rasgos individualistas, que una sublevación campesina. En la zona sur del Perú grupos indígenas de Huanta y de las *punas* protagonizan una alianza con los realistas. Encabezados por Navala Huachaca, resisten con más fuerza a los *patriotas* tras su victoria en Ayacucho, y siguen peleando hasta 1839. Más allá de los elementos religiosos y de coerción con que se suele explicar esta alianza, para Flores Galindo *más que defender al rey, parecen querer preservar la autonomía local*. En su empeño por relevar la peculiaridad de la formación de la cultura política en los sectores populares del Perú, y rastrear la existencia de una *utopía andina*, atisba en el origen de esta alianza la presencia de intereses comunes. Las *montoneras*, formadas inicialmente en función de ambos ejércitos en pugna, adquieren autonomía y terminan luchando por otros intereses. Es que las masas indígenas ven el conflicto como algo relativamente ajeno a sus intereses. Esto podría llevar a asimilar al Perú al otro grupo de nuestra tipología, entre los casos de mayor agitación social durante la lucha independentista, de consiguientes mayores dificultades para recuperar el control social por parte de las élites, y ligado a ello, una mayor tensión interoligárquica. Sin embargo, no se trata de un fenómeno capaz de amenazar el dominio social; aunque es un problema -anota Flores Galindo- que se mantiene latente en la zona hasta nuestros días.

En Ecuador, según reza el aforismo, con la emancipación de España llegaba el *último día del despotismo y el primero de lo mismo*, exiguo cambio que proyecta la vieja oposición entre la élite costeña -plantadora y comerciante- y la aristocracia de la sierra⁵³. Si la economía de la costa se recupera pronto de los escasos trastornos de la lucha independentista, en la sierra el orden de herencia colonial no es tocado sustancialmente y los grupos de poder permanecen dominantes sobre una masa indígena vinculada sobre todo por el peso de deudas que se heredan de padres a hijos.

En Colombia avanza paulatinamente el conservadurismo *neogranadino*. Es en las regiones *neogranadinas*, de marcado conservadurismo político y tradicionalismo religioso, donde se apoya el orden conservador. Es la zona montañosa del sur, que resiste tenazmente a la revolución, y el Valle de Cauca que cobija a los comerciantes y terratenientes de Antioquía. De creciente poder, a mediados de los años cuarenta la Iglesia controla la nueva enseñanza básica y los ensayos de enseñanza media y superior. Frente a ello, la costa atlántica es hostil a un orden que ha perjudicado a sus clases mercantiles. También en Bogotá hay una tenaz oposición liberal. Crecida gracias a sus funciones políticas, esa ciudad reúne además una masa de empleados insatisfechos,

⁵¹ *Ibid*, p.110.

⁵² Véase Flores Galindo, Alberto, *Buscando un inca: Identidad y utopía en los Andes*, op. cit, pp. 253-255.

⁵³ Véase Benites, Leopoldo, *Ecuador: drama y paradoja*, Fondo de Cultura Económica, México D.F, 1950, citado en Cueva, Agustín, *El proceso de dominación política en el Ecuador*, Ed. Planeta, 4a. Ed, Quito, 2000.

una élite cuyos hijos critican las fórmulas de *Nueva Granada* y miran hacia París, y artesanos descontentos con un librecambismo que asegura las exportaciones de los ganaderos de la sabana y de otros rubros agrícolas pero condena a la ruina a las artesanías locales. Esos descontentos, a veces contradictorios entre sí, confluyen en una oposición que, pese a llamarse liberal, toma hartos del orden conservador.

El relativo éxito del modelo político de *Nueva Granada* en el concierto latinoamericano recién independiente se atribuye sobre todo al papel relativamente secundario del ejército *neogranadino*, así como a unas fuertes diferenciaciones regionales que producen una singular división en la clase alta, en grupos locales algo indiferentes a la política nacional mientras ésta no afecte no su predominio local ni sus intereses específicos.

Si en América Central la ausencia de revolución y de resistencia realista pudo anticipar menores dificultades, al final prima la pauta latinoamericana de las crisis políticas. Así, tras una breve y aciaga vida, las *Provincias Unidas de América Central* se fracturan bajo la pugna de liberales y conservadores que se identifican con la oposición entre una Guatemala de economía semiaislada e indígena, dominada por una minoría de estilo señorial, y El Salvador, rincón mestizo y de propiedad más fragmentada que provee la mayor parte de las exportaciones centroamericanas. En Guatemala, donde Carrera domina la escena mientras vive, la alianza entre la aristocracia tradicional y el poder militar adopta un cariz peculiar al ser este último el de una milicia improvisada, ajena a tradiciones militares coloniales o revolucionarias, y su jefe constituye un claro ejemplo del *homo novus* llevado al poder por la militarización posindependentista.

Vista a menudo como *exitosa*, la experiencia chilena ha de volver a escudriñarse para indagar el secreto de semejante *éxito* que desde siempre se le ha atribuido, juicio heredero al fin de la historiografía tradicional⁵⁴. Ello, por lo demás ha comenzado a ser rediscutido por una intelectualidad vinculada a la propia derecha chilena que enarbolará el mito de tal *éxito*, dado el uso que dicho discurso adquiere en la legitimación de las experiencias chilenas más autoritarias del siglo XX⁵⁵.

Al principio no hay tal éxito. Quizás de forma efectivamente más modernizante, O'Higgins intentó organizar *un autoritarismo progresista de raíz borbónica*, pero fracasa ante el rechazo de los terratenientes por su reforma al sistema de herencia y de la Iglesia por su intolerancia con los disidentes. Le sigue una experiencia liberal y federal que no logra fundar un orden estable, y como reacción a ella Portales echa las bases del aplaudido orden conservador. Cabeza del grupo de los agiotistas, recoge el clamor tanto plebeyo como terrateniente por un orden más estable. La victoria conservadora del

⁵⁴ Aunque a ese juicio sucumben también enfoques más progresistas, dispuestos a disculpar el autoritarismo en aras de una supuesta modernidad adquirida. *La forma autoritaria pero legalista que adoptó el liberalismo desde 1830 con Portales y sus sucesores, aseguró la modernidad liberal y su continuidad*, aprecia Chevalier; véase Chevalier, *op. cit.*, p. 604. Más cauto, Halperín se limita a destacar que *es en la primera mitad del siglo XIX el éxito más considerable de la Hispanoamérica independiente: el de la república conservadora de Chile*; véase Halperín, *op. cit.*, p. 221.

⁵⁵ Véase Jocelyn-Holt Letelier, Alfredo, *"El peso de la noche". Nuestra frágil fortaleza histórica*, Ed. Planeta - Ariel, 2a. ed, Santiago de Chile, 1998.

general Prieto sobre los liberales de Freire hace a Portales ministro todopoderoso, y desde el gobierno impone un rígido orden político y restaura el control social, combatiendo decididamente al bandidaje rural. El sistema conservador -católico, autoritario, reacio a las novedades- se expresa en la constitución de 1833, y bajo su égida Chile conoce un orden que va despersonalizándose, capaz de sobrevivir al asesinato del propio Portales y a la guerra con la confederación peruboliviana.

Especialmente distingue a este orden conservador el grado de institucionalización que alcanza. Hacia los años cuarenta el régimen experimenta una lenta liberalización, no sin que el presidente Montt tenga que enfrentar a los sectores más cerradamente conservadores. Pese a lo limitada, esa liberalización tiene su razón de ser. Marcha junto a la expansión minera del *Norte Chico*, que crea, al lado de la clase terrateniente del *Valle Central* que es la gobernante de la república conservadora y que domina desde tiempos coloniales, un grupo de riqueza más nueva que introduce también en la capital un estilo de vida menos sencillo y tradicional. Por otro lado, una aristocracia como la chilena, que vive de la exportación, en atención a sus intereses económicos tiene que limitar su preferencia -basada en criterios ideológicos y religiosos- por el aislamiento. De tal suerte, las más tenaces resistencias no impiden los progresos hacia la libertad de culto disidente, que es el de los ingleses que dominan el comercio de Valparaíso. Pese a ello, al igual que otros países latinoamericanos que conocen regímenes conservadores menos gloriosos (como Colombia o Venezuela), Chile aparece marcado por un descontento muy vasto, tras el cual se dibujan nuevos sectores altos, como los mineros, que aspiran a compartir el poder y combaten por él desde posiciones de fuerza económica considerables.

El caso del Paraguay merece mención aparte. Las encontradas interpretaciones que suscita, son indicativas de las dificultades para comprender plenamente el desarrollo histórico latinoamericano, y en particular la especificidad de sus estructuras y modos del poder, desde *corpus* teóricos erigidos a partir de otras experiencias históricas. Es que, aparte de los demás casos, agrupados -como se ha hecho- en una tipología según la cual la estructura nacional de poder oligárquica sigue rumbos de constitución que registran más o menos dificultad de reconstrucción del control social, producto de los grados de agitación popular que implica la lucha emancipadora, en el caso paraguayo, ello da lugar a un régimen que no se puede asimilar mecánicamente al formato de las soluciones conservadoras que se reiteran en el continente. Tempranamente, en Paraguay aparecen algunos rasgos que más tarde distinguirán al populismo contemporáneo en América Latina, ése que tanta dificultad de caracterización traerá después. Un quebradero de cabeza que ya se asoma en las dispares lecturas que motiva el régimen del abogado José Gaspar Rodríguez de Francia.

De un régimen que, en el léxico institucional y corrientemente manejado, se reconoce a sí mismo como una *Dictadura Perpetua*, y a su cabeza -tal y como se le proclama en 1814- como *Dictador Supremo de la República*, los retratos van desde aquellos que destacan un despotismo sin más razones que la ambición de su figura más señera, mero *hombre con pujos de César*, hasta su calificación como una *dictadura nacional revolucionaria* necesaria para impulsar las transformaciones sociales más radicales de esta etapa. Lo cierto es que el curso vivido bajo la indiscutidamente férrea mano del

Doctor Francia, lleva a un riguroso aislamiento de sus vecinos, ya sea para unos porque juzga sus turbulencias como un ejemplo peligroso o bien, para otros, por una voluntad de defender la independencia del Paraguay ante las pretensiones anexionistas externas, razón que, sumada a su posición geográfica, *lo empuja a la autarquía*⁵⁶.

Claro que esas presiones externas significan un incesante acoso sobre el curso paraguayo siguiente a la independencia, de parte de potencias relativas como Brasil y Argentina, ante las cuales es conocido cuánto hubo de maniobrar el *Perpetuo Dictador* y cuya ilustración de algunos pasajes hace Roa Bastos con mordaz agudeza, cuya documentada y reconocida obra permite aproximarse a ciertos rasgos de un peculiar modo y discurso del poder característico de la realidad latinoamericana⁵⁷. Ante la presión de Buenos Aires, la *Hidra del Plata* en boca de *El Supremo*, cuando a través de Belgrano insiste en que *el medio de contener en sus límites al príncipe del Brasil no puede ser otro que el Paraguay conforme su opinión, conducta y movimiento con el gobierno de Buenos Aires*, a lo que *El Supremo* alega que la élite porteña sigue pensando en términos de virreinato -*fea palabra, inmenso cadáver*- y ante la llosa idea de una *nueva hermandad* es que lanza el proyecto de una *confederación* como *confraternidad de Estados Libres*, donde unión no resulte anexión⁵⁸. Es la negativa de la *Revolución Paraguaya*, como la llama, a integrarse a las *Provincias Unidas del Río de la Plata*. El dictador resiste con denuedo las ansias porteñas por *meter al Paraguay en el rodeo vacuno de las provincias pobres*. Para el ideal nacionalista, significa eso abdicar de un futuro promisorio, resignándose a un desdichado destino como el que el orden bonaerense -*más feretral que federal*, alega- depara a sus *Desunidas Provincias*. De ahí la razón dictatorial del autárquico aislacionismo paraguayo. *Sólo cuando la bandera de la República sea libre de navegar hasta el mar, se admitirá que vengan a comerciar con nosotros los extranjeros en igualdad de condiciones*, es el dictado.

Sea frente a unos u otros, donde no falta nadie, la defensa de la soberanía paraguaya es para el dictador una de sus grandes obras, y con eso, pilar del discurso nacionalista. *Impedí las sucesivas invasiones que proyectaron someter nuestro país a sangre y fuego. La de Bolívar, desde el oeste, por el Pilcomayo. La del imperio portugués-brasilero, desde el este, por las antiguas rutas predatorias de los bandidescos bandeirantes. Desde el sur, las constantes tentativas de los porteños; la más infame de*

⁵⁶ De lo primero, véase por ejemplo Halperín, *op. cit.*, p.211 o bien Di Tella, *Estado y Sociedad en América Latina*, *op. cit.*, p.50; por cierto, ambos autores argentinos. Del otro caso, véase Guerra Vilaboy, Sergio, *El Paraguay del Doctor Francia*, en Labastida Martín del Campo, Julio (coord.), *Dictaduras y dictadores*, *op. cit.*, pp.103-106; o también, Díaz de Arce, Omar, *El Paraguay contemporáneo (1925-1975)*, en González Casanova, Pablo (coord.), *América Latina: Historia de medio siglo*, Tomo I, América del Sur, 4a. ed., Ed. Siglo XXI - Instituto de Investigaciones Sociales UNAM, México D.F., 1984, p.329.

⁵⁷ Véase Roa Bastos, Augusto, *Yo el Supremo*, Ed. Sudamericana, 3a. ed., Buenos Aires, 1992, pp. 203-235.

⁵⁸ Si Roa Bastos acierta, *la primera vez que resonó en la historia americana la palabra Federación, tan famosa después en las guerras civiles, en sus congresos constituyentes y en sus destinos futuros*, fue a propósito de los urgididos malabares diplomáticos del *Doctor Francia* por evitar la coronación de los ánimos anexionistas de Buenos Aires, en medio de los amagos que, por el otro costado, sufría desde el Brasil. Como respuesta a la comisión argentina, encabezada por Belgrano, *el Paraguay regalaba pues a los porteños esta idea que podía resolver de golpe todos sus problemas*. Véase Roa Bastos, *op. cit.*, p. 209.

todas, la que planteó el infame Puigredón... Y además de esas embestidas, el *Fundador de la República* tiene que defender sus fronteras de esos *pequeños atilas de las Desunidas Provincias*, los bandidos argentinos, *montoneros* como los Ramírez, los Bustos, los *Disgustos*, los López, Facundo Quiroga -el *Tigre de los Llanos*-, y sus amagos de invasión al alero de la voluntaria ceguera del gobierno *porteño*.

El *Arca del Paraguay* puede mucho más que el gris destino que le ofrece la anexión. De esa idea se ocupa con fuerza -y esa gracia propia de quien apela al apoyo popular inorgánico- el discurso del poder. Es un ideal de futuro que se funda en una cultura eminentemente rural, ligada a los grupos populares, de origen campesino, que conforman la base de sustentación del régimen del *Doctor Francia* y su enconada hostilidad hacia la vieja aristocracia. Como en todos lados, pero esta vez no desde el poder hacendal, aparece aquí también la primacía del campo sobre la ciudad y hasta el acoso cultural sobre ésta última, en este caso a partir de sectores campesinos, lo que atisba formas propias de los populismos criollos del siglo XX, antiaristocráticos, nacionalistas, autoritarios, promotores de algunas franjas populares, que reviven algo de las formas de control social rural-tradicionales dentro de las ciudades latinoamericanas. Claro, lo que se acosa principalmente es la cultura de las élites urbanas, pues en el caso del nacionalismo de la *Primera República del Sur*⁵⁹, su capital es centro de referencia, *Madre de Pueblos y nodriza de ciudades* que, *su pueblo de adeptos y fervorosos*, hace de ella una verdadera *Jerusalém sudamericana*.

El discurso oficial, y el dictador en especial, dirige sus diatribas contra esas élites sin que escapen los intelectuales, unos *cultos idiotas* que miran al pueblo como una *inmensa bestia*. Rechaza en esa *plaga de letricidas* su sello aristocrático y dictamina que tales *convulsionarios engreídos (...) no tienen cabida en nuestra sociedad campesina*. Ajenos al pueblo, *¿qué pueden significar aquí sus hazañas intelectuales?* Y como, a diferencia de otros países latinoamericanos, el discurso del poder forja una imagen de nación no sólo ligada a la cultura rural -lo que no resulta distintivo- sino además a la del pueblo campesino, entonces ese elitismo, principalmente urbano, aparece como antipatriota. De ahí que les enrostre que *cuanto más cultos quieren ser, menos quieren ser paraguayos*.

A contrapelo de las experiencias más bien elitarias de afirmación nacional que abundan en el continente, en Paraguay se vinculan las nociones de nación y pueblo en el discurso del poder. Bajo este prisma el *Dictador Supremo* le niega a la vieja élite la autenticidad de su patriotismo. Reniega de los inicios elitistas de la lucha por la independencia, aunque *lo malo a veces trae lo bueno (...) poco iba a durarles el triunfo* (pues) *yo me llevé el huevo de la Revolución para que empollara en el momento oportuno*. De ahí atisba la necesidad no sólo de desarticularlas, sino de un orden en el que no tengan cabida. Así pues, *objetivo primero: armar en lo anárquico lo jerárquico*. El nacionalismo del *Perpetuo Dictador* censura el empeño de esas élites por agradar a los *del otro lado del charco*. Opuesto a una independencia protegida, el dictador acusa el oportunismo con que esos grupos criollos ven al poderío inglés: unas veces adversario, otras casi como protector. Alega que en el mismo año Miranda intenta con dinero británico la *independencia* de Venezuela y los ingleses saquean Buenos Aires⁶⁰.

⁵⁹ Así es como la exalta un acosado Artigas, en 1820, en la carta en que pide asilo al *Doctor Francia*.

Contrario a ese extranjerismo de las élites urbanas, como eje de enseñanza propugna el dictador su *Catecismo Patrio*.

El Supremo le enrostra a la aristocracia paraguaya su entreguismo a los afanes anexionistas y con eso su falta de patriotismo. *El principal tabaquero del país no esperaba regalías de los regalistas sino de los porteñistas unitarios*, alega. Al tiempo que acusa a *los estancieros uniformados* de la independencia de buscar *el contubernio con los porteños* reluciendo sus *guerreras mili-tabaco-yerbateras*. Y del ataque a esas *doradas veinte familias*, parte de una afirmación no sólo nacional sino popular, no escapa la Iglesia, y en especial la orden de los jesuitas. Secunda así una vieja tradición, de cuando la Corona viera en ella el amago de *un imperio dentro de otro imperio* y los echara en 1767. Siguiendo el recelo que animó aquél *desjesuitamiento*, el dictador también ve una amenaza política en ese *cuartel de sotana*.

En fin, es el sello antiaristocrático de un régimen, como esta constitucionalmente declarada *Dictadura Perpetua*, cuyo esfuerzo de afirmación nacional apela a cierta identidad popular que, más allá del discurso, cobija efectivamente algunas transformaciones sociales con ese carácter. Busca el apoyo de la plebe mestiza contra una reducida aristocracia blanca que, si no pierde por completo sus tierras, es la víctima principal de un desmantelamiento de los cultivos destinados a la exportación que amplía a la economía el aislamiento político. Aún así, las expropiaciones llevan la mayor parte de la propiedad territorial del país a manos del Estado⁶¹. Concede muchas parcelas a campesinos sin tierras o a aquellos que usufructuaban lotes de los antiguos terratenientes. En viejos latifundios se crean las famosas *Estancias de la Patria* donde, bajo directo control estatal, se cria ganado para abastecer a la población y el ejército y exportar sus cueros. Para urbanizar Asunción, el dictador demuele antiguas casas de latifundistas, y en su lugar levanta viviendas para grupos más humildes. Impulsa la laicización del Estado, expropia propiedades eclesiásticas y convierte a los campesinos arrendatarios de la Iglesia en propietarios libres. De ahí que, junto al nacionalismo popular que propala el discurso del poder, hay transformaciones sociales distintivamente radicales.

Si la caracterización más esparcida emana de la imagen del *Reino del Terror* que sus rivales aristocráticos divulgan desde la prisión, el exilio o a manos de cronistas extranjeros⁶², una línea opuesta remarca la transformación social acaecida. C. Rafael Rodríguez, intelectual y viejo comunista cubano, contraviniendo a José Martí, ve en esta experiencia una revolución social digna de alumbrar y emparentarse con las luchas populares contemporáneas⁶³. Más cauto, el marxismo soviético la retrata como una

⁶⁰ ¿Qué es esta mierda? -se indigna *El Supremo*-. En agosto de 1806 Miranda desembarca en La Vela. No encuentra a nadie. Los patriotas escapan de los libertadores, creyéndolos piratas. ¡En setiembre, los ingleses desembarcan en Buenos Aires, y aquí los piratas la saquean con aire de libertadores! Citado en Roa Bastos, *op. cit.*, p. 233.

⁶¹ Véase Guerra Vilaboy, *op. cit.*, pp.109-113.

⁶² Precisamente, el repetido rótulo del *Reino del Terror* se le atribuye a los doctores suizos Rengger y Longchamp, en su divulgado *Ensayo histórico de la Revolución del Paraguay* de 1827.

revolución *desde arriba* llamada a liquidar el orden feudal y a impulsar las transformaciones burguesas⁶⁴. La expresión local de esa vertiente define al del *Doctor Francia* como un *atenuado régimen feudal-patriarcal*⁶⁵. Para Díaz de Arce es una *dictadura nacional revolucionaria* defensora de la independencia del Paraguay ante la presión anexionista bonaerense, cuyo *pequeño jacobino paraguayo* que la preside, llega a la autarquía como un costo inevitable de su *hermosa utopía roussoniana*⁶⁶, popular y antiaristocrática. En la misma línea, Guerra Vilaboy va más lejos⁶⁷: el dictador es el *verdadero líder de la revolución independentista del Paraguay*, cabeza de una *dictadura revolucionaria*, que *expulsó del poder a la oligarquía exportadora criolla y a la burguesía peninsular, estableciendo un férreo control estatal sobre el comercio y la economía, impidiendo la libre penetración del capital y las manufacturas extranjeras y garantizando, por encima de todo, la soberanía nacional*. Su base social principal, en esta lectura, son los *chacrer* -por cuyo origen campesino considera como *pequeña burguesía*-, devenidos en *protagonistas principales* de dicha *república campesina*; lo que es ya tosca distorsión, pues ni esas franjas populares pueden ser *protagonistas principales* por su falta de independencia de acción y organización política, ni tal régimen político asimilado al formato republicano. Que esos sectores populares se cuenten entre los beneficiarios de esta peculiar experiencia no los convierte en un actor político. Al contrario, el reverso de tales beneficios es el paternalismo de un ejercicio autoritario del poder que les niega independencia de acción. Se obvia en esta lectura el carácter autoritario de este régimen, la ausencia de otros actores políticos más allá de la pugna que se dirime, en definitiva, en la cúspide de la pirámide social, aún cuando uno de los bandos apele a los sectores populares en dicha disputa.

⁶³ Ni Bolívar -afirma-, ni San Martín, ni Sucre, ni Artigas ni ninguna otra de las grandes figuras latinoamericanas de comienzos del siglo pasado, ninguno de los que adelantaron la Revolución, pudieron darnos con su actitud política una guía para nuestro presente. Tal vez encontraríamos algunas similitudes en el grupo de hombres que, con Mariano Moreno, participó en mayo de 1810 en el proceso revolucionario de Buenos Aires; o en figuras calumniadas por la mala Historia, como José Gaspar Rodríguez de Francia, a quien el mismo José Martí -llevado erróneamente por los juicios ya hechos sobre su figura- no supo ver en realidad como lo que era, como una representación jacobina, revolucionaria, en el Sur americano. Por ello nos habló erróneamente -también los grandes tienen sus errores de apreciación inevitables- de 'el Paraguay lúgubre de Francia', sin darse cuenta de quienes habían creado la leyenda negra del Paraguay 'lúgubre' de Francia eran los mismos que hablaban de la Francia lúgubre de Robespierre y de los jacobinos. Véase Rodríguez, Carlos Rafael, José Martí, contemporáneo y compañero, en Revista Universidad de La Habana, No. 196-197, La Habana, 1972, p. 6, citado en Guerra Vilaboy, op. cit, p. 91.

⁶⁴ Así lo aprecia M. S. Alperovich, un latinoamericanólogo soviético que, pese a las rigideces que muestra, sus trabajos destacan en su ámbito por adentrarse en los procesos latinoamericanos más complejos de abordar -como la revolución mexicana del siglo XX- por esa dogmática versión de Marx. Véase Alperovich, M. S., *Revolución y dictadura en el Paraguay (1810-1840)*, en Kossok, Manfred, *La sal de la Revolución. El jacobinismo en Latinoamérica*, en la revista *Historia y Sociedad*, No. 13, México D. F., 1977.

⁶⁵ Véase Cueva, Agustín, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, Ed. Siglo XXI, 3a. ed., México D.F., 1988, p.20.

⁶⁶ Díaz de Arce, Omar, op. cit, pp. 329-330.

⁶⁷ Guerra Vilaboy, op. cit, p.119 y siguientes.

Estos enfoques no asumen la peculiaridad de este temprano populismo ubicado en una sociedad agraria. Absortas en la pretensión de encajar tal experiencia en fórmulas teóricas que desconocen estas realidades, como la versión estalinista del marxismo, no reparan en sus similitudes con aquellos populismos nacionalistas posteriores, que a mediados del siglo XX campean por América Latina bajo una emigración rural que ensancha, en forma abrupta y desbocada, las principales urbes del continente. No se trata aquí, como en los autoritarismos de tipo nacional-popular del siglo XX, de un populismo principalmente obrero, sino campesino, propio de un siglo XIX latinoamericano sesgado por la centralidad de la tierra. Como en aquellos, hay aquí cierta incorporación social de sectores populares, sobre todo franjas campesinas, también rígidamente concebido y dirigido desde arriba, que acompaña un enfrentamiento a la vieja aristocracia en nombre de una afirmación nacional que apela al pueblo como identidad de la nación. Es, pues, un despotismo antiaristocrático de carácter nacional-popular. Las propias crónicas de los escasos visitantes extranjeros reafirman que *las principales miras de su régimen despótico se dirigían sobre la clase acomodada* ⁶⁸.

Como en otros cursos venideros, el paternalismo preside las transformaciones sociales. El dictador que ve a la nación como una *estancia patria*, no considera *maduro* este continente *para las instituciones liberales y burguesas* ⁶⁹. Es la forma autoritaria la que cobija una de las mayores transformaciones sociales siguientes a la independencia capaces de ubicarla en la senda más radical del movimiento emancipador criollo. Un autoritarismo cuya rudeza no puede desconocerse bajo el efecto de esas transformaciones, porque históricamente forma parte de ellas. Si éste se debate como necesario o no, llegándose -en otros casos- a alabar la figura del *gendarme necesario*, lo cierto es que la represión de la disidencia se distingue en el Paraguay por su dureza en un tiempo no precisamente blando en ese sentido, haciendo tristemente célebre el uso de la tortura y su cámara principal, el *Aposento de la Verdad* del *Perpetuo Dictador*.

⁶⁸ Así lo consignan Bergger y Longchamp en su mencionado *Ensayo*, citado en Roa Bastos, *op. cit.*, p.129.

⁶⁹ Sin entrar en la discusión sobre si este continente está maduro para las instituciones liberales y burguesas (pienso que no), es la confesión que le atribuye J. Parish Robertson en sus *Cartas sobre el Paraguay*, en una entrevista suya con *El Supremo*, citada en Roa Bastos, *op. cit.*, p.328.

7. ¿Revolución burguesa y camino hacia la modernidad?

Al final, en todos lados surge un inestable orden conservador, con más o menos militares de por medio. Como se desprende de este repaso, las lecturas de los procesos independentistas del tipo de la *tradición inventada*, del enfoque episódico o del análisis sobreideologizado, conducen –muchas veces bajo intereses políticos concretos- a visiones distorsionadas como que ahora se inaugura una *patria para todos* en cada país o bien de su asimilación como revoluciones burguesas, tan irreales unas como otras dada la imposición incontrarrestable y por doquier del sello conservador que llega de la mano de las fuerzas de origen agrario. Valga desmitificar, en este sentido y a guisa de conclusiones sobre esta etapa, la transformación que aparentemente significa el proceso independentista.

El hecho que el proceso de ruptura del orden colonial tenga lugar en un sistema económico en el que impera -como se dijo- un modo mercantil de la relación económica, basado en la capacidad del poder político de constituir monopolios y ventajas económicas, y no principalmente en una capacidad empresarial de acrecentar el capital a través del mercado, influye en el hecho que en América Latina los procesos independentistas acaben fortaleciendo el poder de los hacendados, lo que representa un camino inverso al de la constitución del mundo burgués. Lo que de paso pone en entredicho la asociación a veces hecha entre estos procesos y algo que se parezca a unas revoluciones burguesas, e incluso a un simple ascenso en esta etapa de las

burguesías en América Latina. Al haber operado el capitalismo español como un capitalismo comercial-colonial, con una relación entre el poder económico y el poder político dada a través del favor político, produjo una situación en la que ciertos grupos criollos adquieren un enorme poder económico, pero con un nulo poder político. En ese marco se formaron originariamente estas oligarquías criollas, para luego entrar a disputar ese poder político; pero por eso mismo, sin pretensiones de alterar su modo de desenvolvimiento.

Es por esta razón que los procesos independentistas latinoamericanos no significan una revolución social como tal. No conducen a una transformación de importancia en la estructura social. Es más, como ha indicado ya Carmagnani en esta dirección, los *tipos sociales* fundamentales originados en la sociedad colonial van a permanecer prácticamente intactos hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX⁷⁰. Por todo cambio, la movilidad social habida estriba principalmente en la formación de las élites militares, no siendo posible distinguir una mencionada *democratización social* más allá de este aspecto.

El que miembros de los grupos étnicamente considerados *mezclados* fueran ocasionalmente incorporados al grupo dominante poscolonial, a partir de que se distinguen en la lucha por la independencia, no implica una superación de las barreras raciales heredadas. El legado colonial de la degradación social y el prejuicio racial aflora más adelantado el siglo XIX bajo la forma de un pesimismo racial, en la creencia de que sólo la inmigración de blancos europeos podría proporcionar la fuerza de trabajo industrial capaz de transformar América Latina efectivamente. Al contrario, más bien la rigidez de las barreras a la movilidad social permiten a la élite absorber un insignificante porcentaje de los grupos *mezclados* más agresivos, conservando la esencia de la estratificación social precedente. Tal absorción por parte de las oligarquías criollas de los personajes descollantes de los grupos *inferiores* relativiza la imagen suya como una clase obcecadamente cerrada. Sin por eso convertirse en una clase abierta, que desdeña el privilegio protector y pasa a la competencia abierta, se trata más bien de la puesta en práctica en esta etapa de un rasgo suyo que toma más fuerza con el devenir histórico, a saber, de una capacidad de sobrevivir en los nuevos escenarios políticos y socioculturales a partir de la absorción en su seno de las excepciones más descollantes que surgen fuera de ella, con miras no sólo a adaptarse, sino también a desarmar el impulso transformador que portan esos embates de ascenso y cambio. De ahí que muchas improntas de cambio se diluyan, dando paso a heterogéneos y contradictorios mejunjes adaptativos en donde la inestabilidad es la marca más distintiva. De ahí que la expresión de inquietudes sociales de los grupos *inferiores* brille brevemente en las luchas por la independencia, y sea suprimida posteriormente.

Es que, tanto a partir de la necesidad de la articulación de un orden tras las luchas independentistas como de la propia centralidad que adquieren en las *anárquicas* pugnas interoligárquicas señaladas, acaba siendo estimulada la formación de fuertes poderes militares, los que aparecen relativizando el poder del Estado desde su misma formación y continúan, de esta forma, con las limitaciones a su desarrollo que vienen de los tiempos

⁷⁰ Carmagnani, Marcello, *Estado y Sociedad en América Latina, 1850-1930*, Ed. Crítica, Barcelona, 1984.

coloniales. Aparecen defendiendo poderes locales e interviniendo constantemente en política. Son grupos que emergen a partir de los procesos de movilidad social, pero que de inmediato pasan a proteger el orden social y económico, evitando de esta forma la expansión de esa movilidad y, con ello, una transformación del orden social.

El caudillismo, de origen estrechamente ligado a los procesos de formación del poder local y regional, encuentra en estas etapas de *independencia* y *anarquía* una inmejorable oportunidad de potenciarse, para convertirse, desde entonces, en un gravitante elemento en la cultura política latinoamericana. A todas luces, más que elaboraciones ideológicas, predominan a lo largo de este curso unos pragmáticos juegos de alianzas entre los grupos locales de poder. Es aquí donde surge la militarización del mundo rural, debida fundamentalmente a las necesidades oligárquicas de control y disciplinamiento de la fuerza de trabajo. Los caudillos organizan y movilizan verdaderas fuerzas sociales populares, pero sin romper con la estructura social tradicional.

Los reiterados ejércitos irregulares, las dilatadas luchas de independencia y sus secuelas hacen surgir jefes de orígenes muy diversos, algunos muy modestos, formados por criollos, mestizos y mulatos. Luego algunos de ellos ocupan puestos locales o regionales más o menos importantes, y a veces de rango muy alto en la jerarquía del Estado, como es el caso de México, Venezuela o Argentina. Surgidos del vacío político y cercanos a las masas, e incluso salidos de ellas, devienen en intermediarios entre el pueblo marginado y las élites, o incluso, en algunos casos, toman directamente su lugar. Inspiran temor, gozan de fama como jefes valientes o estupendos jinetes o tiradores, y algunos muestran gran destreza para la política. El caudillo encarna así una forma unificada del espíritu nacional, poco asimilable al ideal republicano basado en instituciones impersonales. En muchos países, la inseguridad y la *anarquía* hacen que surjan los poderes de hecho –*fácticos*- o de derecho de esos caudillos, que se apoyan sobre el clientelismo personal para restablecer el orden o una apariencia de éste, con los modos más o menos autoritarios que exige dicha fórmula. Necesarios o no –existe su apologética al respecto, la de este *cesarismo democrático* y su *gerdarne necesario*-, y por lo general al alero de las nuevas ideas republicanas importadas, preparan las bases unitarias del tipo de nación política en América Latina⁷¹.

Cardoso, con cuya caracterización de la naturaleza social de los grupos emergentes en la colonia –como vimos- se puede coincidir, se contradice luego, al asignarles en los procesos de independencia y de afirmación posterior un papel eminentemente burgués, y con ello un signo progresivo en este sentido a la ruptura colonial⁷². ¿En qué recodo de la historia experimentan un cambio tan radical? Resulta que la naturaleza de las aspiraciones de estos grupos de poder no sufre mayores cambios en estos procesos. Acaso por el contrario, no sólo se conservan los rasgos que arrastran de su origen colonial, sino que se afirman con la nueva centralidad adquirida para mostrar una

⁷¹ Aporte que Chevalier cuestiona, atribuyéndole un origen más bien situado en la imagen antigua y popular de una gran familia o parentela, y el rol de éstos como *pater familias* dentro de estas nuevas naciones. Véase Chevalier, *op. cit.*, pp. 556-558, el acápite *¿Aportación de los caudillos populares al Estado-nación?*

⁷² Cardoso, F. H., *op. cit.*

inmutable continuidad a lo largo del resto del siglo XIX, viéndose apenas alterados parcialmente ante las insoslayables necesidades adaptativas que, sobre su impronta oligárquica, plantean tanto el desarrollo y la pujanza de otros grupos sociales dentro de las sociedades latinoamericanas como los cambios y exigencias que impone desde afuera la dinámica de las potencias capitalistas mundiales.

La idea de que los procesos de independencia latinoamericanos se corresponden a algo parecido a unas revoluciones burguesas parece más bien surgida de los deseos que de la realidad, tal como otras tantas que el propio Cardoso critica por ese mismo motivo. Del limitante determinismo al que llegó aquella prolífica discusión de los años sesenta y setenta del recién extinto siglo XX, entrapando así su potencialidad, es que aparece este forzado intento por contraponerse a ello, creyendo atisbar el temprano asomo de una *burguesía nacional* de gran centralidad, en medio de una polémica que transcurre ante unas dudosas posibilidades de sobrevivencia de las alternativas *desarrollistas*. Sin embargo, contrariamente a ello, si algún cambio social es factible distinguir en la etapa que nos ocupa, éste reside en el hecho que el desarrollo de los procesos independentistas llevan precisamente a una pérdida de poder de las élites urbanas frente a los sectores rurales, lo que viene a consagrar, más bien, el ascenso de unos propietarios terratenientes que viene desde tiempos coloniales. Luego, se frustra con ello la posibilidad de que en esta etapa se forme una burguesía criolla robusta y predominante. La propia integración de las masas a la guerra les confiere mayor centralidad a estos grupos de poder de origen rural en una sociedad de muy reducida población urbana, pues son principalmente los latifundistas quienes aportan las masas para la guerra. Es el poder de los hacendados lo que se fortalece con los términos de resolución que definitivamente se imponen tras las luchas independentistas. De ese modo, el perfilamiento del orden oligárquico que sobreviene, transcurre entonces con herencias que son mucho más que simples *remanentes*, de nuestro *Ancien Régime* colonial.

Cierto es que del final de la guerra proviene un liberalismo que profesa una fe en el orden legal y en un modo de gobierno impersonal, organizado por una élite funcionaria. Pero a eso hay que añadir que tal embrionario liberalismo anida en esas debilitadas élites urbanas, cuya endeblez es su principal marca. Aunque a pesar de ello, con desigual peso según regiones, porfía lo suficiente como para que desde aquí emane uno de los posteriores focos de tensión entre conservadores y liberales, los dos campos ideológicos fundamentales que disputarán el delineamiento del orden nacional oligárquico. Con las luchas de independencia se desmorona, en definitiva, el prestigio y el poder del sistema institucional con el que las élites urbanas se identificaban, y que habría sido su premio de haber resultado las principales vencedoras; porque su subordinación es también la de la posibilidad de la formación de una burocracia originaria de un Estado burgués. Al contrario, los nuevos sectores dominantes colocan en las esferas del poder político a quienes les resultan leales, convirtiéndolos en espacios de vaga autonomía de los centros de poder *factico*. Con la Iglesia, incluido el alto clero, no ocurre algo muy distinto tras la depuración de obispos y párrocos.

Además de debilitadas económicamente, las élites urbanas quedan así despojadas de las bases institucionales de su prestigio social. Una transformación cultural, de sesgo

burgués, queda por ello sin oportunidad de ser en esta ocasión. Y si bien es cierto que a los sectores rurales les afecta el mismo problema, sobre todo lo primero, no lo es menos el hecho que éstos utilizan el poder político para recuperarse, lo cual dentro de la tradición del peculiar estilo de desarrollo del capitalismo que transcurre por estos lares no tiene nada de raro. Las élites urbanas tienen que aceptar una posición subordinada en un nuevo orden político, cuyo núcleo central reside en el poder militar. En lo que es posible advertir el embrión de una burguesía criolla, deben adaptarse entonces al ascenso del sector terrateniente, quedando así marginadas secundariamente en la administración del poder político y la riqueza.

Luego de las guerras, no sólo aquellas propias de las luchas independentistas sino también de las *anárquicas* pugnas interoligárquicas que le siguen, la impostergable necesidad de mantener un orden interno tolerable induce a conservar y difundir los poderes armados. La militarización es la nueva base del orden interno, sentándose con ello otro rasgo trascendente en el devenir latinoamericano. Sobre todo el orden rural pasa a depender de milicias organizadas por los terratenientes. Lo que indica una diferencia sustancial con la fuerza que mostraran los elementos de legitimación del orden colonial, que permitieron una América Latina prácticamente vacía de hombres armados. En el fondo, la gravitación de los cuerpos armados se prolonga tanto en razón de la evidente dificultad de desarmarlos, como por la urgencia ineludible de contener la movilidad y la democratización social que, como posibilidad, traía consigo el proceso de ruptura con el orden colonial.

El legado colonial, que tornaba imprescindible el apoyo del poder político-administrativo para alcanzar y conservar la riqueza, perdura en el orden *independiente*. Ahora, como antes, la tierra se obtiene no principalmente a través del dinero, sino por medio del favor político. De modo que las posiciones sociales –y con ello la desigualdad- no se explican a partir de *situaciones de mercado*, propias de la competencia y la modernidad asociadas al capitalismo, sino de los grados de determinación que mantiene la esfera del poder político sobre la constitución y reproducción de la estructura social. Pero esta relación entre el poder político y el poder económico cambia al menos en un aspecto no menor, a saber, que el poder social de los hacendados (y en menor medida el de sectores prestamistas), ahora expresable en términos de poder militar, los sitúa en una nueva posición frente a un Estado al que no le solicitan favores, sino que le imponen condiciones.

Lógicamente, la transformación económica más inmediata que acarrea el proceso independentista es el cambio de las estructuras mercantiles en una dirección aperturista. Pero, como se sabe, muy pronto el control inglés sobre los sistemas mercantiles en América Latina produce el desplazamiento de los sectores criollos de esas plazas, lo que viene a profundizar en definitiva el debilitamiento de las élites urbanas, cerrándoles aun más las disminuidas oportunidades que ofrece a estas embrionarias burguesías su subordinada posición interna. Por otro lado, la instalación de circuitos de circulante monetario por parte de los nuevos dueños del comercio -cuestión que sus predecesores en el control mercantil habían evitado- en lugar de abrir mayores oportunidades a las debilitadas burguesías urbanas, impulsa a su vez la emancipación del productor rural frente al mercader y al prestamista urbano, reforzando lo anterior. De modo que, ambos

cambios, que pudiesen parecer orientados en la perspectiva de un avance en una dirección capitalista *típica* o *ideal*, destinados a hacer prevalecer una *lógica de mercado* y la formación o ascenso de una burguesía, terminan favoreciendo el desarrollo de unos poderes hacendales que limitan tal desarrollo no sólo en el ámbito de la economía, sino que en muchos otros aspectos de la política, la cultura y la sociedad.

En las décadas que siguen a la independencia no hay mayor inversión europea, inglesa incluida. Las nuevas metrópolis internacionales reclaman por el desorden posindependentista, lo que pone de relieve el hecho que ellas instalan condicionamientos ideológicos a los procesos de formación nacionales.

Insistiendo en la apertura de una nueva era con las movilizaciones anticoloniales, se recalcan a menudo discontinuidades, innovaciones, cambios respecto del pasado colonial. Se aprecia un molde colonial despedazado y como muestra de ello se arguye generalmente un catálogo de las corrientes opuestas que de ahora en adelante dinamizan las pugnas y edificaciones que tienen lugar: el cisma entre liberales y conservadores, clericalismo y anticlericalismo o, en una terminología diferente, ultramontanismo y tradicionalismo, la asimilación del positivismo y el darwinismo social. Estos choques ideológicos a menudo se incorporan a un marco de referencia cronológico y temático que supuestamente refuerza tal discontinuidad y ruptura con el molde colonial, o sea: primero es la búsqueda de un principio de autoridad luego del desplome de la vieja superestructura de obediencia; más tarde, el resurgimiento del conservadurismo, incorporado en las constituciones de los sistemas políticos centralistas; después, la ascendencia del liberalismo, minando las políticas borbónicas de la Restauración; y, por último, en la segunda mitad del siglo, la decadencia de la guerra interna y la aparente reconciliación de las diferencias ideológicas liberal-conservadoras en una suerte de compromiso. Empero, a lo largo del siglo XIX se descubren grandes resabios de la herencia colonial, síntomas de su supervivencia en condiciones favorables. En tal dilucidación de los grados de ruptura o continuidad existentes entre la América Latina colonial y aquella poscolonial del siglo XIX, no se considera mayormente el hecho que es el sector agrario, entre las élites criollas del tiempo colonial, el que consolida y domina el movimiento de independencia.

Este hecho, central para el seguimiento de la especificidad y la gran continuidad de las estructuras de poder y los grupos dominantes en América Latina, sugiere que la principal aspiración de esas élites fue alcanzada. Y para sobrevivir después de la independencia, e impedir que esta se convirtiese en una revolución social, el dilema principal al que se enfrenta esa élite criolla en las primeras décadas de la vida independiente es la reinstauración de las pautas coloniales de elitismo político y diferenciación social con el fin de contener las tensiones sociales en los sectores medios y bajos de la sociedad colonial. Dentro de la nueva constitución política republicana o, como en el Brasil, monarquía constitucional, han de insertarse mecanismos que restringen desigualmente las libertades para poder conservar una élite dirigente, incorporando algunos miembros destacados de otros grupos sociales por necesidades de orden, sobre todo para hacer políticamente pasiva la fuerza de trabajo de las economías agrarias de América Latina.

Durante el tiempo colonial los grupos *superiores* de peninsulares y criollos

invariablemente se unían ante las revueltas indígenas o negras, ya fueran en forma de revueltas campesinas o de motines urbanos. El temor a las rebeliones llevó a las élites criollas que buscaban primero la autonomía comercial, luego la independencia política, a reducir los llamamientos a la población indígena y negra, e incluso hasta donde fuera posible a los grupos medios. Pero donde las vicisitudes de la lucha por la independencia obligaron a dichas élites a apelar en su desesperación a las clases *inferiores* –a prometer la final emancipación de los esclavos y a los indígenas igualdad plena en la nueva sociedad- posteriormente redujeron y hasta eliminaron este compromiso de cambio. En tales condiciones, el arma criolla contra el *señor metropolitano* -concepto dieciochesco que convoca a todos los nacidos en América Latina, sin importar sus antecedentes raciales, sociales y económicos- demostró ser un arma de doble filo. Atizó tanto las aspiraciones criollas al monopolio del poder político como la búsqueda de un mejoramiento social y económico por parte de los grupos subalternos, convirtiéndose no pocas veces en una amenaza para lo primero.

Otra cosa es que el recuento centrado en la historia de las ideas a menudo exagera la incidencia de las ideologías europeas en la construcción de las sociedades latinoamericanas y, en este caso, en los procesos independentistas, despreciando con eso su dosis de peculiaridad irreductible a otras experiencias. Precisamente una cuestión que especifica la conformación de América Latina es que las formas en que se recepciona la cultura europea resultan casi tan importantes como la propia formación original de las ideologías recepcionadas, puesto que, la continua absorción de modas ideológicas europeas desemboca en un procesamiento singular de éstas al entrar en contacto con el contexto latinoamericano, al hacer que esas ideas ultramarinas resulten en no poca medida resignificadas. De modo que se establece una peculiar forma de relación entre ideología y realidad, bastante más compleja que lo que recoge un impreciso recuento absorto en una historia de las ideas que muchas veces, por atractivas que parezcan, no alcanzan mayor gravitación en la edificación de las sociedades latinoamericanas, sobre las cuales, en cambio, pesa desmedidamente el acentuado sesgo conservador bajo el cual sus élites actúan en la práctica, aun cuando muchas veces ésta se vista con ropajes liberales. Por esta razón, la comprensión del devenir latinoamericano, y en particular de los procesos independentistas, exige diferenciar la ideología formal que profesan estos grupos de poder -la que muchas veces lleva a confundirlos con auténticas burguesías- del poder real de esas ideologías adoptadas formalmente, diferencia que remite a relevar las ideas y los valores que efectivamente orientan su acción práctica. El productivo interés que se ha reavivado en el último tiempo acerca de la historia de las ideas conservadoras en América Latina, tiene mucho más posibilidades de contribuir a dilucidar los procesos de constitución de las sociedades latinoamericanas, especialmente en sus dimensiones políticas y socioculturales.

Más que perseguir por intrincados derroteros de la historia local la huella de las corrientes ideológicas europeas en sus estados puros, se requiere develar los procesos mediante los cuales se mezclan por este lado del Atlántico elementos suyos, los que muchas veces desde la perspectiva de dichas fuentes originarias resultan contradictorios y que, incluso, guardan una larga historia de enfrentamientos. En América Latina, sin hacerse mayores problemas por sus raíces antagónicas ni por su epopéyico encono, las élites criollas mezclan profusamente dichos antecedentes ideológicos, articulando su

propio y peculiar mejunje. De tal manera, lo que hay en América Latina es una asimilación parcial y adaptada de las ideas de la *Ilustración*, que las mezcla con ideas conservadoras inclinadas a la mantención del esquema de poder social y en cierta medida político imperante en la etapa colonial. Lo cual representa algo más complejo que una simple *hibridación*, puesto que lo relevante no reside tanto en su condición de amalgama de ideas de naturaleza contradictoria, como en el sentido histórico que adquiere este peculiar amasijo, la precisa orientación que asume en América Latina como ideología del poder, cuestión que aparece hartamente menos contradictoria si se examina desde la perspectiva histórico-concreta de la formación de estos grupos de poder latinoamericanos, atrapados en la doble condición de dependencia de los *centros* capitalistas, entonces europeos, y las formas de control social que en las condiciones locales pueden desplegar para insertarse bajo tal naturaleza subordinada en el concierto del capitalismo mundial.

Visto así, difícilmente podría ser otro el camino de constitución de la ideología del poder en América Latina que no fuese el de una singular incorporación de ideales liberales bajo el sello dominante de preceptos conservadores. A la primacía de éstos últimos remitían, irremediabilmente, las necesidades y formas de control social de unos ascendentes grupos de poder agrario que no portaban mayores aspiraciones de transformación de la situación heredada más allá de la libertad para insertarse directamente en el comercio y el orden económico internacional. El anacronismo se produciría más bien en la dirección que una perspectiva centrada en la historia de las ideas como fin en sí misma crearía *normal* en América Latina, es decir, si estos grupos de poder criollos, sujetos sociales de naturaleza muy distinta a la de aquellos que erigieron en Europa dichas ideologías, terminaran trasladándolas mecánicamente hacia una realidad local en la cual no habría mayor correspondencia entre dichas ideologías y los sujetos y procesos sociales reales. En torno a la comprensión de este problema, lo que pesa como limitante es más bien otra cuestión: el hecho que los *corpus* teóricos predominantes han sido contruidos para escrutar una realidad social que sigue un curso histórico de constitución diferente en muchos aspectos del que es posible relevar por estas tierras, lo que remite a la exigencia de ajustar dichos enfoques de la teoría social a los requerimientos que plantea la construcción de un conocimiento sobre las especificidades de las sociedades latinoamericanas, de manera tal que éstas no aparezcan regularmente reducidas a la condición de *distorsiones* respecto de un patrón central y único de constitución histórica y de desarrollo social.

Vista así las cosas, no resulta tan paradójica la combinación que se da a lo largo de las contiendas independentistas, en el sentido de que a pesar de enarbolarse muchas de las más *avanzadas* ideas europeas, al resignificarse éstas en el contexto latinoamericano, operen realmente al interior de una pugna cuyo eje central es el afianzamiento de unas bisoñas, pero ya claramente conservadoras oligarquías criollas, con lo que, en definitiva, lo que se fortalece es el poder de los hacendados en detrimento de las posibilidades de las élites urbanas.

No obstante, casi todos los países nacidos de las guerras de independencia adoptan desde el principio la estructura del Estado nacional republicano, lo que no significa la creación de un espacio y una sociedad cultural y económicamente integrada. No se trata

de la existencia de verdaderas sociedades nacionales, dirigidas por grupos dominantes en cada país, portadores de proyectos de sociedad. Al contrario, prima -como se ha dicho- la fragmentación y, especialmente en coyunturas de dificultad económica, prima el repliegue sobre las instancias locales. Incluso, a pesar de haberse superado la *anarquía*, esos grupos dominantes carecen de medios y de fuerza para integrar bajo un proyecto nacional a los grupos sociales comprendidos en los espacios geográficos de las nuevas naciones latinoamericanas. En estas condiciones parece imposible hablar de Estado-nación, aunque puede afirmarse la existencia de un estado territorial, aun cuando durante largo tiempo las fronteras no pierdan ni su permeabilidad ni su inestabilidad⁷³.

Pronto se ve que, no obstante los proyectos o declaraciones de intención, en el denominado paso del *Antiguo Régimen* -con sus órdenes, fueros y modos de representación- al *Estado liberal*, la mayor parte de la población en realidad queda excluida de la ciudadanía. Claro que, como se ha pretendido presentar a veces, no fue ésta una exclusión estática: hubo ensayos de integración, de negociación, de pactos, de resistencias. Este curso se hace más difícil debido a la *frecuente confusión de las esferas pública y privada*⁷⁴, entre las que se manifiestan fuertes poderes locales y regionales, la debilidad del aparato administrativo y *grandes hombres*. Es, muchas veces, la Iglesia quien logra dar cierta cohesión a la sociedad. Como se sabe, ésta nunca resulta verdaderamente excluida de la trama política, y la independencia no significa, a fin de cuentas, una ruptura religiosa. De ahí una diferencia fundamental con la modernización y la laicización de la experiencia de la Francia revolucionaria.

Como ya se vió, proyectos ambiciosamente integradores, como el de Bolívar, fracasan porque las destrucciones y la atomización, además de la férrea oposición de una miríada de antiguos poderes locales reticentes a ceder espacio en la nueva estructuración, hacen que el poder recaiga en quienes, soldados inicialmente, pero a la postre hábiles políticos, saben integrarse a los grupos dominantes locales y asentar su poder, como un Páez en Venezuela, o un Flores en Ecuador. La lógica apunta, más bien, al *repliegue sobre la tierra*. En un continente desarticulado por las guerras, el comercio ya no es lo esencial. Lo más importante es la tierra, su posesión, el poder y prestigio que proporciona, los hombres que la trabajan y a quienes se puede controlar o movilizar. Con las minas agotadas y las manufacturas arruinadas, la tierra será todavía más central que antaño. De este modo, el poder que en el siglo XVIII se le había escamoteado a las aristocracias bajo el régimen monárquico que se reformaba, se recupera gracias a la República. Las relaciones sociales del *Antiguo Régimen* se fortalecen en la medida en que la población se refugia en torno a pequeñas unidades muy jerarquizadas de carácter agrario. Y al poco tiempo es claro que el poder político está en manos de los jefes de esas unidades. Es la alianza entre los caudillos de las guerras de independencia y los latifundistas.

⁷³ En estos términos lo plantea Chevalier para esta etapa, y así también lo ratifica y extiende hasta mucho más avanzado el siglo XIX Carmagnani. Véanse Chevalier, *América Latina. De la independencia a nuestros días*, op. cit., p. 596 y en general todo el acápite *Repúblicas formales*, así como Carmagnani, *Estado y Sociedad en América Latina. 1850 - 1930*, op. cit.

⁷⁴ Chevalier, op. cit., p. 597.

A corto andar se hace claro e inobjetable el fracaso del proyecto liberal. No aparecen los recursos esperados del libre cambio ni las inversiones extranjeras. El reinstalado *tributo* indígena constituye el único recurso con que efectivamente pueden contar aquellos Estados sin dinero. No obstante, sería un error ver en todo esto únicamente regímenes autoritarios, a la medida de los caudillos, sin más legitimidad que la fuerza, haciendo y deshaciendo constituciones a su antojo. El asunto es más complejo. La nueva metrópoli económica exige guardar ciertas proporciones políticas. De hecho, sin que el *injerto republicano* prenda a fondo, a falta de una sociedad civil permanente aparecen, aunque mediatizadas, algunas formas de vida democrática. Hay parlamentos, debates, periódicos (más bien folletos), elecciones.

Entonces, la veintena de Estados que surgen en la América Latina de inicios de su etapa decimonónica, ¿lo hacen efectivamente a partir de la *soberanía popular* y de la modernidad de la Ilustración, tal y como tradicionalmente se les asigna en términos de origen a los Estado-nación modernos y contemporáneos? De hecho, en esas *repúblicas formales* y en un imperio liberal, el *pueblo* y la *nación* se reducen, durante un largo tiempo, a grupos de *ciudadanos* convertidos en oligarquías cerradas, incluso en clanes familiares, esas *estructuras familísticas* de las que habla Medina Echavarría⁷⁵, que hasta pueden detentar un contradictorio o peculiar discurso liberal o en clientelas de caudillos ya ocasionales, ya más duraderos.

Ello es importante de considerarse ante el modelo de la modernidad liberal de ruptura con las legitimidades tradicionales, construido básicamente a partir de la Revolución Francesa, que se encuentra por doquier en el origen de las constituciones políticas de los nuevos Estados independientes latinoamericanos. Como ya se dijo, tampoco -llegando al otro extremo- debe verse en ello la pura falsedad de la manipulación ideológica de estas criollas oligarquías. Metidas en un entuerto más complejo y singular, éstas deben combinar la presión ideológica de las potencias europeas con formas de control y dominio interno que, en las condiciones locales, no pueden sino ser de origen agrario, neocolonial, tradicional, como las que sostienen los sectores que emergen como dominantes luego de las luchas de independencia y de la *anarquía* subsiguiente. De ahí que, contrario a lo que se busca presentar a menudo, los procesos latinoamericanos de independencia no pueden concebirse, bajo ninguna óptica ni en ninguna parte, como *revoluciones liberales* herederas de la Ilustración. La ruptura de las legitimidades tradicionales a partir de la independencia criolla es mucho menor y más acotada de lo que se ha postulado.

Más que tensionados entre una impronta conservadora y tradicional, por un lado, que busca seguridad aferrándose cerradamente a las viejas instituciones y actitudes, y, por otro lado, una impronta que impulsa realmente cambios sociales y políticos de gran hondura, las tensiones que cruzan los llamados cursos de independencia y *anarquía* no parecen definirse por estos extremos que prefigura la mirada determinada rígidamente por los *corpus teóricos* occidentales, insuficientes para dar cuenta de las dosis de

⁷⁵ Véase Medina Echavarría, José, *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico*, Ed. Solar - Hachette, Buenos Aires, 1964, en su análisis de los rasgos de la hacienda y su gravitación sobre la conformación histórica de la política y la cultura en América Latina.

especificidad de estos procesos. En otros términos, la acostumbrada dicotomía *tradición versus modernidad* no agota la cuestión. Parece operar, más bien, a través de una lógica de alianzas y juegos de fuerzas abierta por la inexistencia de un grupo o clase capaz de imponerse por sí sólo en forma plena, un tipo de reflexión pragmática que percibe la necesidad de conservar importantes elementos de la sociedad tradicional o colonial y sus valores, con miras a impedir un cambio social y con ello la pérdida de sus posiciones y privilegios. Por esta razón cobija el impulso, a menudo obviado, de una restauración de importantes mecanismos de control social y político de origen colonial; como es el caso del mítico *alumbrazo* conservador de Portales en Chile. Pero a su vez, junto a ese ímpetu restaurador, cobija también el reconocimiento del hecho que esas posiciones de privilegio y la propia tradición sólo pueden conservarse haciendo inevitables ajustes en la estructura de la sociedad y la política, es decir, modificando algunas partes para mantener lo esencial. Junto a la necesidad que los grupos locales de poder perciben de conservar y restaurar parte de las viejas jerarquías que los distinguen y privilegian, ven también, como se dijo, la necesidad de incorporación de algunos elementos sociales nuevos a la élite dominante. Y eso no es todo. Perciben asimismo el peligro de aislarse de la realidad europea aun a pesar de los incómodos requerimientos políticos e ideológicos que aquella establece sobre el proceso de formación nacional de los emergentes Estados independientes latinoamericanos.

Es así como, bajo una óptica más pragmática que doctrinaria, a menudo incluso resultante de los arreglos coyunturales que arrojan las inestables mediciones de fuerzas entre grupos de poder local, es que se va a considerar la cuestión de los modelos de organización nacional, bajo el principal objetivo de la conservación de sus privilegios. Las dos configuraciones políticas emergentes del crisol de la independencia, conservadores y liberales, no representan así mayor antagonismo, sino más bien, énfasis distintos en aspectos de esos modelos de organización nacional importados: la impronta oligárquica es común a ambos. De ahí que los énfasis más liberales o conservadores se ligan, a menudo, más que a *corpus* ideológicos y doctrinarios, a conveniencias de los grupos y alianzas en disputa.

Producto de la diversidad de necesidades de los distintos grupos que intervienen en la disputa por ocupar posiciones promisorias en el nuevo orden o bien por encabezarlo directamente existen, entonces, en pos de un mismo objetivo, énfasis y acentos distintos a la hora de examinar los modelos de organización nacional más influyentes hacia la segunda mitad de la década de 1820. Está la España prerrevolucionaria con su despotismo ilustrado, su eficiencia administrativa, su sociedad rígidamente estratificada y sus enclaves privilegiados. Está Inglaterra, donde la monarquía constitucional funde a la monarquía hereditaria y la representación política en cuerpos electos para los grupos o clases sociales más influyentes, una Inglaterra económicamente progresista y políticamente conservadora. Y además, los dos grandes productos de experiencias revolucionarias: los Estados Unidos después de 1776 y Francia después de 1815. El primero ofrece un impresionante ejemplo de una región ex-colonial que forja una estructura política combinando las necesidades de una unidad territorial y autonomía regional, eligiendo cuerpos ejecutivos y legislativos e incorporando a una armazón republicana a todos los residentes, ciudadanos y no ciudadanos, hombres libres y esclavos. En cuanto a la Francia de la restauración posterior a 1815, cobra influencia

acotada fundamentalmente a través de la aceptación de los modelos expresados en los códigos napoleónicos.

El absolutismo de España y Portugal se identifica demasiado con el colonialismo, como para poder seguirlo ampliamente como modelo. La opción ante la élite criolla, en la década de 1820 es, en consecuencia, entre monarquía constitucional y republicanismos. Una vez silenciadas las implicancias sociales de las luchas por la independencia, ya no hay mayor problema para restringir drásticamente el sufragio o, para el caso, para mantener la esclavitud dentro de las instituciones republicanas. Muy claro comienza a quedar en esta etapa el hecho de que no necesariamente las repúblicas son democracias. Por otro lado, la estructura constitucional tiene que permitir la participación de los numéricamente pequeños pero articulados elementos de clase media, no burgueses propiamente tales, que el crecimiento de la América Latina neocolonial requiere. Se tornan vitales para la economía latinoamericana del siglo XIX, llenando las burocracias regionales y nacionales, participando en empresas financieras y comerciales, desempeñando importantes funciones en el periodismo y la política. Son muchos de estos grupos medios, y no tanto *emergentes burguesías* (reducidas éstas últimas a grupos estamentales subordinados a las oligarquías), la real punta de lanza del liberalismo, confiando primero en que las estructuras políticas federales introduzcan los cambios, recurriendo después al autoritarismo republicano para imponerlos. No es sino hacia fines del siglo XIX que las incrementadas oportunidades económicas van a permitir en muchos países su absorción por parte de la élite que antes atacaran tan vehementemente y se conviertan, así, en *autócratas liberales* que racionalizarán el orden oligárquico, y con ello en una aristocracia liberal que no por eso deja de aceptar de los principios del *laissez-faire*. Y no son sino estos mismos grupos, engrosados en ese curso -y no, nuevamente, unas *emergentes burguesías* cuyo espejismo troca muy seguido deseos por realidades en los analistas- las que al frente de alianzas sociales más o menos amplias y radicales desatarán el fin de la hegemonía oligárquica en las primeras décadas del siglo XX.

Como se insistió, al principio de la lucha por la independencia en América Latina, la élite criolla como grupo prefiere las instituciones monárquicas, a condición que se modificara la política económica. La frecuencia con que en diversas regiones del continente durante la lucha anticolonial coquetearon con la idea de la monarquía -creando aun regímenes monárquicos posteriormente en México y Brasil- permite concluir que la década de 1820 la élite criolla seguía prefiriendo la monarquía constitucional.

Pero aunque con frecuencia se contempla la monarquía en América Latina, la mayoría de las nuevas naciones adoptan -y adaptan- las estructuras republicanas. Los conflictos internos, sin embargo, no son resueltos al acordarse una república. Siguen existiendo problemas capitales: ¿qué tipo de república, federal (descentralizada) o unitaria (centralizada), presidencial o parlamentaria, popular o elitista, democrática o aristocrática, liberal o conservadora? Esas brechas representan mucho más que diferencias formales o doctrinarias. En un sentido muy real los conflictos sobre las estructuras políticas reflejan agudas diferencias sobre la estructura existente y futura de la sociedad, sobre el acceso al poder y la distribución de éste, sobre el curso del reajuste económico. Es esto, en el fondo, lo que va a estar en juego tras las disputas en torno a

una organización unitaria y centralizada o un esquema federalista, la posibilidad o no de un Estado secular, de los límites sociales de un electorado, de unos sistemas educativos financiados por el Estado, de la conservación o eliminación de los resabios de las instituciones coloniales -las cortes militares y eclesiásticas con amplia jurisdicción, el despliegue de títulos y emblemas nobiliarios, los *mayorazgos*.

Al final, con énfasis más *conservadores* o *liberales*, según lo exigieran las necesidades de sus propias luchas de poder en la configuración del nuevo orden político, las élites criollas buscan, del modo más realista y adecuado a sus necesidades como grupos específicos de poder, la proyección de los privilegios que detentaban en la etapa colonial y su ampliación ahora que la Corona no ejerce sus limitantes políticas y económicas. De modo que, no es de extrañar que, más allá de la drasticidad de los conflictos, y del orden discursivo que ideológicamente enarbolan los grupos que se imponen, a menudo al frente de alianzas triunfantes, lo cierto es que, consideradas en conjunto, las estructuras políticas posteriores a la independencia, sean repúblicas liberal-conservadoras o una monarquía constitucional como en el Brasil, comparten elementos básicos hacia mediados del siglo XIX -considerado generalmente como el fin de la *anarquía*, a sabiendas que unos países lo hacen mucho antes y otros siguen todavía bajo ardientes pugnas interoligárquicas-, a saber: fuertes ejecutivos con amplios poderes discrecionales tales como la facultad de declarar unilateralmente un Estado de sitio o de nombrar a los ejecutivos provinciales o estatales (llámense presidentes, gobernadores o intendentes), lo que sumado a unos excluyentes requisitos para votar (que estipulan la posesión de propiedades, excluyendo a la gran mayoría de la sociedad) y a unas elecciones locales controladas por los grupos locales de poder, hacen a un *gobierno nacional* manejado por los grupos de *poder fáctico* en un contexto en el que el primero no tiene que rendirle cuentas a nadie, al menos en lo que a las sociedades latinoamericanas se refiere. La exclusión sistemática de los ciudadanos pobres desposeídos y pobres de la participación política es una constante que opera a lo largo de toda América Latina.

El ocaso de las revueltas regionales y en general de las pugnas interoligárquicas hacia 1850 se debe menos a las estipulaciones constitucionales que a la aceptación por la fuerza, luego de cruentas guerras y pugnas, por parte de las diversas élites locales y regionales de que el crecimiento económico y la distribución del poder sería desigual. A la aceptación por parte de éstas, del hecho que sólo ciertos sectores que lograron el control del aparato productivo exportador y de la relación externa, así como del aparato político, encabezando por eso mismo el nuevo acuerdo oligárquico, podrán esperar ser los beneficiarios principales de la respuesta latinoamericana a la demanda externa. Y a la aceptación, por parte de las oligarquías de las zonas más perjudicadas por dicha distribución, de una posición rezagada en cuanto a dichos beneficios. Las pruebas de fuerza que marcan la llamada *anarquía* es lo que está en la base de la *conciliación* o el *compromiso* que, en la mayor parte de los países, ya se asienta hacia mediados del siglo XIX.

Visto así el proceso, nada tiene de extraño entonces que hacia finales del siglo XIX las antiguas colonias ibéricas creen por todas partes estructuras de gobierno republicanas que por ningún motivo resultan democratizantes, mucho menos

democráticas. Los descendientes de la élite criolla de 1810 o de aquellos que resultan posteriormente absorbidos por esa élite ocupan los puestos claves en las estructuras de poder económico, social y político. En este sentido, monopolizan todos los sectores del gobierno: legislativo, judicial y ejecutivo, las fuerzas navales y, casi en la misma medida, el ejército. Estas élites, por una efectiva combinación de fuerza, constituciones sagazmente escritas y la oportuna asimilación de los más capaces o fuertes de las capas *inferiores*, logran controlar y encarrilar efectivamente las revoluciones de independencia, sentando un precedente que se repite en la historia de América Latina.

Como veremos más adelante, la estabilidad subyacente de las instituciones básicas de la América Latina del siglo XIX no contradice la observación de que la política resulta muy volátil, impredecible y destructora. Mejor dicho, tal conflicto es expresión del faccionalismo de la élite, un resultado de la herencia colonial de oligarquías regionales e intereses familiares. Dadas la estructura de la sociedad, la naturaleza de las paternalistas relaciones entre terratenientes y dependientes, y la estructura de la política, la violencia incluye en la etapa posterior a 1850 a acotados grupos en regiones locales mientras que en la maquinaria general del gobierno permanece intacta. Ningún ejemplo de violencia consumió tantas vidas, devastó una región tan grande y destruyó tanta propiedad en este período como la guerra civil en Estados Unidos. Así en América Latina los legados coloniales, reforzados por factores internos y externos, promueven un crecimiento económico sin apreciables cambios sociales y políticos durante el siglo XIX.

A fin de cuentas, con la ruptura del orden colonial, dado el modo en que esta se desarrolla así como por los términos de resolución de las pugnas interoligárquicas que le siguen, las oligarquías criollas dan un trascendental paso en su proceso de constitución en clases dominantes en América Latina, del que sigue, siempre bajo el alero de un capitalismo que se expande y no de sistemas ya dejados atrás por la historia universal, un orden político y unos modos de la dominación y del poder peculiares, muy distintos de aquellos a los que el propio desarrollo del capitalismo condujo en Europa.

Bibliografía

- Ansaldi, Waldo, *La forja de un dictador. El caso de Juan Manuel de Rosas*, en Labastida Martín del Campo, Julio (coord.), *Dictaduras y dictadores*, Ed. Siglo XXI - Instituto de Investigaciones Sociales UNAM, México D.F., 1986.
- Alperovich, M. S, *Revolución y dictadura en el Paraguay (1810-1840)*, en Kossok, Manfred, *La sal de la Revolución. El jacobinismo en Latinoamérica*, en revista *Historia y Sociedad*, No. 13, México D. F., 1977.
- Bloch, Marc, *Apología de la historia o el oficio de historiador*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1971.
- Braudel, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, México D.F, 1989.
- Brunner, J.J, *Sobre el crepúsculo de la sociología y el comienzo de otras narraciones*, *Revista de Crítica Cultural*, No. 15, noviembre, Santiago de Chile, 1997.
- Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo, *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*, 13a. ed., Ed Siglo XXI, México D.F., 1977.
- Cardoso, Fernando Henrique, *Clases sociales y crisis política en América Latina*, en Benítez Zenteno, Raúl (coord.), *Clases sociales y crisis política en América Latina (Seminario de Oaxaca)*, 5a. ed., Ed. Siglo XXI - Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, México D.F., 1988.

- Carmagnani, Marcello, *Estado y Sociedad en América Latina, 1850-1930*, Ed. Crítica, Barcelona, 1984.
- Cornblit, Oscar, *Levantamientos de masas en Perú y Bolivia*, en Di Tella, Torcuato (compilador), *Sociedad y Estado en América Latina*, Ed. Eudeba, 5a. ed, Buenos Aires, 1987.
- Cueva, Agustín, *El proceso de dominación política en el Ecuador*, Ed. Planeta, 4a. ed, Quito, 2000.
- El desarrollo del capitalismo en América Latina, Ed. Siglo XXI, 3a. ed., México D.F., 1988.
- Chevalier, François, *América Latina. De la independencia a nuestros días*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1999.
- Díaz de Arce, Omar, *El Paraguay contemporáneo (1925-1975)*, en González Casanova, Pablo (coord.), *América Latina: Historia de medio siglo*, Tomo I, América del Sur, 4a. ed., Ed. Siglo XXI - Instituto de Investigaciones Sociales UNAM, México D.F., 1984.
- Espinoza Soriano, Waldemar, *La sociedad colonial y republicana (siglos XVI a XIX)*, en Flores Galindo, Alberto et al., *Nueva Historia General del Perú*, Ed. Mosca Azul, 3a. ed, Lima, 1982.
- Faletto, Enzo, *Enzo Faletto rompe tres décadas de silencio: Necesitamos una nueva ética del comportamiento*, Revista Rocinante, Arte, Cultura y Sociedad, Año V, No.41, Santiago, marzo, 2002.
- Febvre, Lucien, *Combates por la historia*, Ed. Planeta-Agostini, Bs. As, 1993.
- Fernandes, Florestán, *La revolución burguesa en Brasil*, Ed. Siglo XXI, México D.F., 1978.
- Fernandes, Florestán, Problemas de conceptualización de las clases sociales en América Latina, en Benítez Zenteno, Raúl (coord.), *Las clases sociales en América Latina (Seminario de Mérida)*, 10a. ed., Ed. Siglo XXI - Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, México D. F., 1987.
- Flores Galindo, Alberto, *Buscando un inca: Identidad y utopía en los Andes*, Ed. Horizonte, Lima, 3a. ed, 1988.
- La ciudad sumergida. Aristocracia y plebe en Lima, 1760-1830, 2a. ed., Ed. Horizonte, Lima, 1991.
- El militarismo y la dominación británica (1825-1845), en Flores Galindo, Alberto et al., *Nueva Historia General del Perú*, Ed. Mosca Azul, 3a. ed, Lima, 1982.
- Frank, Waldo, *Bolívar. El nacimiento de un mundo*, Ediciones Huracán, Editorial de Arte y Literatura, 2a. ed, La Habana, 1974.
- García Márquez, Gabriel, *El general en su laberinto*, Ed. Arte y Literatura, La Habana, 1998.
- Guerra Vilaboy, Sergio, *El Paraguay del Doctor Francia*, en Labastida Martín del Campo, Julio (coord.), *Dictaduras y dictadores*, Ed. Siglo XXI - Instituto de Investigaciones Sociales UNAM, México D.F., 1986.
- Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Ed. Ciencias Sociales,

-
- La Habana, 1971.
- Halperín, Tulio, *Historia Contemporánea de América Latina*, 2a. ed., Alianza Editorial, México D. F., 1988.
- Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1972.
- Hobsbawm, Eric, *La era de los extremos. El corto siglo XX (1914-1991)*, Ed. Crítica, Barcelona, 1995.
- Hobsbawm, Eric, y Ranger, Terence (eds.), *La invención de la tradición*, Ed. Crítica, Barcelona, 2002.
- Jocelyn-Holt Letelier, Alfredo, *“El peso de la noche”. Nuestra frágil fortaleza histórica*, Ed. Planeta - Ariel, 2a. ed, Santiago de Chile, 1998.
- Ludwig, Emil, *Bolívar*, Editorial juventud, Barcelona, 1983.
- Lukács, Georg, *Historia y Conciencia de Clase*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1970.
- Lynch, John, *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, 7a. ed., Ed. Ariel, Barcelona, 1998.
- López Soria, José Ignacio, *La época del rompimiento (1780-1824)*, en Flores Galindo, Alberto et al., *Nueva Historia General del Perú*, Ed. Mosca Azul, 3a. ed, Lima, 1982.
- Malavé Mata, Héctor, *Formación histórica del antidesarrollo de Venezuela*, Ed. Casa de las Américas, Premio Ensayo 1974, La Habana, 1974.
- Marx, Karl, *El Capital*, Ed. Siglo XXI, 16a. ed, México D.F., 1978.
- Medina Echavarría, José, *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico*, Ed. Solar - Hachette, Buenos Aires, 1964.
- Mora, José María, *Los insurgentes mexicanos*, en Di Tella, Torcuato (compilador), *Sociedad y Estado en América Latina*, Ed. Eudeba, 5a. ed, Buenos Aires, 1987.
- Páez, José Antonio, *El general Páez y los llaneros*, en Di Tella, Torcuato (compilador), *Sociedad y Estado en América Latina*, Ed. Eudeba, 5a. ed, Buenos Aires, 1987, tomado de Páez, José Antonio, *Autobiografía*, 2 volúmenes, 1869, Nueva York.
- Palma, Ricardo, *Tradiciones peruanas*, Ediciones Huracán, La Habana, 1971.
- Roa Bastos, Augusto, *Yo el Supremo*, Ed. Sudamericana, 3a. ed., Buenos Aires, 1992.
- Vázquez, Josefina Zoraida, *Los primeros pasos*, en Cosío Villegas, Daniel, *Historia General de México. Versión 2000*, El Colegio de México, México D. F, 2000.
- Villoro, Luis, *La revolución de independencia*, en Cosío Villegas, Daniel, *Historia General de México. Versión 2000*, El Colegio de México, México D. F, 2000.
- Weber, Max, *Economía y sociedad*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1971.